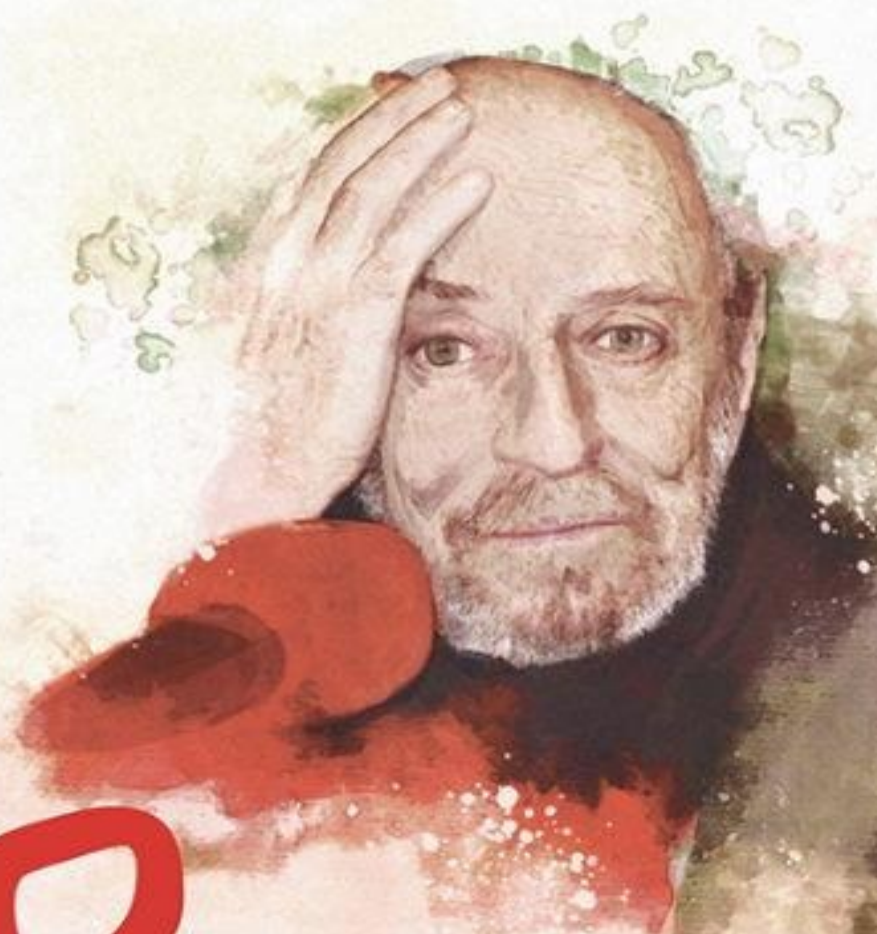


Andrés Aberasturi



Poesía de la vida

187 reflexiones sobre las grandes y pequeñas cosas



Lectulandia

«Ya va siendo hora de mirar con las gafas de cerca lo que tienes y aprender a olvidar lo que has perdido; que no es bueno, porque es inútil, recordar el pasado y sus heridas».

«El amor tiene un precio que se paga en lágrimas y en risas, en miradas de complicidad y en desengaños (...). Y a mí me gusta esa montaña rusa de sensaciones, ese ir y venir que desboca el corazón y lo incendia o lo hiela en un instante».

En las poesías de la vida aquí reunidas, Andrés Aberasturi reflexiona sobre las grandes y pequeñas cosas cotidianas: el amor, la soledad, los recuerdos, la naturaleza, el paso del tiempo...

Un libro emotivo escrito con esa hondura y melancolía que caracterizan a su autor.

Andrés Aberasturi

Poesía de la vida

ePub r1.0

Titivillus 28.01.2020

Título original: *Poesía de la vida*
Andrés Aberasturi, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Dedicatorias y agradecimientos

Manual de instrucciones

1. Escribir

2. Palabras (1)

3. Muertes

4. Náufragos

5. Puedo

6. Títulos

7. Olvido

8. Hoteles (1)

9. Apagón

10. Año nuevo (1)

11. Tarjetas

12. Hoteles (2)

13. Verano

14. Días negros

15. Ego

16. Inocencia

17. Vida

18. Ay

19. Pobres hombres
20. Plagio
21. Contenedores
22. La mosca
23. Instantánea
24. Tiempo
25. Frío
26. Las moscas
27. Protagonista
28. Septiembre
29. Carta (1)
30. Hoteles (3)
31. Desenamorados (1)
32. Dolorcillo
33. El mundo
34. Telón
35. Incertidumbre
36. Contradicciones (1)
37. Neuras
38. Carta (2)
39. Palabras (2)
40. Cine
41. Fechas

- 42. Nietos
- 43. Cometas
- 44. Grande
- 45. Gotas
- 46. Gesta
- 47. Pastillas
- 48. Civilización
- 49. Cajón (1)
- 50. Radiografía
- 51. Mujer (1)
- 52. Confort
- 53. Otoño (1)
- 54. Carta (3)
- 55. Primavera (1)
- 56. Recuerdos (1)
- 57. Carnaval
- 58. Lampedusa
- 59. Muertos
- 60. Niñas (1)
- 61. Sherpas
- 62. Padres
- 63. 22.44
- 64. Cajón (2)

- 65. Dedal
- 66. Astenia (1)
- 67. Mi yo
- 68. Último
- 69. Volver (1)
- 70. Hoy
- 71. Me acuso
- 72. Luchar
- 73. Pasado
- 74. Bocetos
- 75. Mi gato
- 76. Fantasmas
- 77. Espejo
- 78. Venecia
- 79. Folio
- 80. Esperando
- 81. No s/No c
- 82. Recuerdos (2)
- 83. Gris
- 84. La vida (1)
- 85. Fin de año
- 86. Destino
- 87. Soledades

88. Posit
89. Llanto
90. Grillo
91. Gripe (1)
92. Melancolía
93. Viento
94. Alvite
95. Propósitos
96. Predecible
97. El habitante
98. Juguetes
99. Vísperas
100. Noviembre
101. Mercados
102. Liturgias
103. Silencios
104. Discurso
105. Hora
106. Colegio
107. Días
108. Horror
109. Primavera (2)
110. Sin techo

- 111. Sobrevivir
- 112. No sirve
- 113. Hacen cosas
- 114. Regalo
- 115. Figura
- 116. Miradas
- 117. Niñas (2)
- 118. Inocentes
- 119. Sálvate
- 120. Salvi
- 121. Hambre
- 122. Ausencias
- 123. Pantalla
- 124. Abandono
- 125. Desenamorados (2)
- 126. Banco
- 127. Milagro
- 128. Sufrimiento
- 129. Mentiras
- 130. Islas
- 131. Fugacidad
- 132. Gripe (2)
- 133. Astenia (2)

- 134. Salir
- 135. Ciudad
- 136. Princesa
- 137. Despedida (1)
- 138. Huir
- 139. Cansado
- 140. Porvenir
- 141. Despedida (2)
- 142. Tango (1)
- 143. Volver (2)
- 144. El viento
- 145. Risa
- 146. Contenedor
- 147. Finales
- 148. Siniestro total
- 149. La vida (2)
- 150. Córdoba
- 151. Otoño (2)
- 152. El tiempo
- 153. Desengaño
- 154. Padre
- 155. Recuerdos (3)
- 156. España

- 157. Paz
- 158. Año nuevo (2)
- 159. Reyes Magos
- 160. Preposiciones
- 161. Contradicciones (2)
- 162. Tango (2)
- 163. A Forges
- 164. Monde cane
- 165. Mujer (2)
- 166. Niños
- 167. Horarios
- 168. A la de tres
- 169. Palabras (3)
- 170. Primavera (3)
- 171. Inventario
- 172. Luna llena
- 173. Tus ojos
- 174. Ojos
- 175. María Dolores Pradera
- 176. Fotografía
- 177. Cosas
- 178. Para ti
- 179. Tren

180. No es hastío ni tristeza

181. Siglo XXI

182. Contactos

183. Salas de espera

184. Nada nuevo

185. Alegre

186. Cierres

187. En blanco

Itinerarios

Sobre el autor

Dedicatorias y agradecimientos

Las dedicatorias y los agradecimientos en esta colección de reflexiones son la misma cosa y tendrían que llenar varias páginas para nombrar uno a uno todos los incluidos en mi corazón, una tarea imposible. Sin orden ni concierto (como el mismo libro), gracias y dedico este libro a:

Tantos oyentes de radio que me han aguantado desde hace un millón de años.

A los escuchantes sobre todo del espacio *No es un día cualquiera* (RNE).

A mis compañeros, en especial a José María Íñigo y Antonio Fraguas Forges.

A Pepa Fernández, que es la culpable de este último acto de vanidad.

A los que comparten conmigo comentarios en Twitter.

A los pinceles tiernos de Marta Ratti y la paciente insistencia de Mónica Liberman, dos argentinas a las que admiro/amo.

A mi gente.

A los que me quieren y a los otros.

A mis nietos que tal vez así puedan conocer algún día un poco mejor a su abuelo.

A Cris por encima de todas las cosas, aunque justo a la misma altura de A. y de L.

A mis médicos y enfermeras y a los suyos.

Al pruno y al membrillo del jardín.

A mis gallinas.

A quien no se dé por aludido en esta dedicatoria agradecida.

Manual de instrucciones

1. Asegúrese de que este objeto (en adelante «libro») es el que quería comprar y no otro.
2. Este libro carece de principio y de final, de forma que puede ser leído por la página que sea sin mayores problemas.
3. Como alternativa a un índice de lectura, que sería demasiado extenso y poco claro, se han buscado «itinerarios» en humilde homenaje a Julio Cortázar.
4. Las reflexiones que aquí se recogen son el fruto de una sección radiofónica en el programa *No es un día cualquiera* (RNE), destinadas a ser escuchadas más que leídas.
5. Abundan —por lo dicho en el punto 4— signos de puntuación que nunca han sido del agrado del autor, tales como los puntos suspensivos o los repetidos en exceso puntos y aparte. Se trata de claves para su lectura que, pese a todo, se han respetado a la hora de confeccionar el texto.
6. El lector se dará cuenta enseguida de algunas cosas sobre las que conviene advertir:
 - Se repiten con frecuencia varios temas tales como fechas (Navidades, cambios de estación o de horarios...), objetos (hoteles, contenedores, cajones...), frases o imágenes de las que se abusa y, naturalmente, sentimientos varios.
 - La coincidencia en las fechas es el fruto de las varias temporadas que lleva en antena la sección «Poesía de la vida».
 - La del resto (objetos, frases y sentimientos) solo son producto de las obsesiones del autor, que rozan en ocasiones lo neurótico.
7. Para un mejor resultado de la lectura de este libro, sería muy de agradecer que esta se hiciera en voz alta y naturalmente en soledad, ya que de otra forma se invadiría el espacio del entorno del lector.
8. El autor se siente en la obligación de reconocer que ha incluido en el libro algunas reflexiones que corresponden a programas de radio anteriores al citado en el punto 4, pero no cree que esto sea realmente importante.

9. Aparecen en el texto muchos entrecomillados y frases en cursiva que no son sino palabras de otros autores de mayor renombre o de tuiteros anónimos que han escrito cosas verdaderamente hermosas y que se toman prestadas
10. En esta ocasión se ha prescindido del obligado prólogo porque el autor entiende que siempre es un favor que se pide a los amigos — generalmente de forma inoportuna— y, por lo tanto, nunca va a ser objetivo. Parece más útil ofrecer un manual de instrucciones.
11. Si al final de la lectura está usted satisfecho con la compra realizada, por favor recomiéndelo a otras personas.

ESCRIBIR

A veces, solo a veces, escribir es una forma rara y dulce de drenar silencios y llenar de puentes las distancias; las palabras entonces corren por el papel buscando atajos, se acurrucan en las esquinas de los folios para salir volando y saben a manzana como algunas manos y como algunos besos.

Escribes del amor y de otras soledades y es como si todo te fuera ajeno pero íntimo, como si contaras recuerdos de mujeres que nunca has conocido pero a las que has amado con la mansedumbre de las nubes y la fiereza de las bestias.

A veces escribes con las manos ateridas de ese frío tan raro que se siente en las salas de espera y otras veces los dedos que sostienen el bolígrafo sudan sangre y la sangre emborrona lo que escribes.

A veces escribir es gritar en silencio y maldecir aunque cuando maldigo no es para desear el mal a nadie, es que realmente las palabras me salen mal dichas, mal escritas porque la vida deforma lo que debería ser hermoso y no lo es.

A veces, solo a veces, escribir es intentar sobrevivir, una pasión inútil. Pero es lo que sé hacer. Escribo y escribo y es muy raro este oficio de decidor de cosas y lo mismo que Silvio a veces me sorprende: «Cómo gasto papeles recordándote»... Y, como él, te doy un folio escrito y hago un discurso sobre mi derecho a hablar.

Mira... En realidad lo que quería decirte esta mañana fría de este enero tan cierto es que a veces, solo a veces, escribir es una forma disimulada y hermosa de llorar, un intento baldío de romper, entre letras, esta oscura cadena de desgarros.

PALABRAS (1)

Necesito con urgencia palabras que repelan los colores, palabras como de agua que ni sepan a nada ni huelan ni se puedan teñir de azul o rojo. Quiero inventar palabras transparentes para poder usarlas y decir la verdad sin que esas palabras hieran o acaricien.

Quiero poder decir «adiós» sencillamente y que ninguna lágrima resbale sin querer por las mejillas.

Quiero poder decir «te quiero» para que sepas que simplemente te quiero, así, sin más, sin que el corazón se nos desborde demasiado y nos duela.

Pero sobre todo me gustaría poder decirte «no te vayas» o «vuelve» sin que esas simples palabras se conviertan en un chantaje involuntario, en una orden o en un ruego. Solo se trata de que seas consciente de que mi puerta está abierta lo mismo para salir sin ruido que para volver sin estrépito.

Las palabras, claro, no son nada: un acuerdo, una combinación de letras y cuando se pronuncian, un sonido.

Pero cuando llega el «adiós», la palabra se hace asfalto y el tono al pronunciarla tiñe las cinco letras del color de las lágrimas lo mismo que cuando se dice «te quiero» el verbo se hace rojo posesivo, egoísta y hasta es posible que hermoso.

Y si en un momento de debilidad te pido que no te vayas o que vuelvas, ni me escuches; que sepas que estoy jugando sucio, envolviendo esas palabras en papel de regalo, en oración con indulgencias, en plegaria inaceptable.

Por eso necesito palabras solas, sin matices, ni tonos, ni colores. Palabras como de agua, como esa arena que se escapa entre los dedos sin que la playa se entere, ay, de que es un milímetro más grande.

MUERTES

No hablamos casi nunca de la muerte, de la muerte-muerte con mayúscula, el final de la vida y punto.

Pero copiándome a mí mismo, anoche pensaba en el hombre, en el hombre así sin más, en el hombre que lucha y muere tantas veces sin que nadie diga una palabra sobre tantas muertes como la vida exige para ser vivida.

No es lo mismo, lo sé; pero cuántas cosas se nos van muriendo, cuántas muertes son necesarias a lo largo de la vida para que esa misma vida continúe.

Se nos muere el día cada día desangrado en violetas; se nos mueren de puro cansancio las olas incapaces de remontar un poquito más de playa; se nos mueren los árboles, de pie, es cierto, pero se nos mueren y si nos dejamos de lirismos, nada más terrible en este siglo XXI que se nos muera sin avisar el teléfono o que se nos vaya a negro el ordenador, negro de luto, negro definitivo.

Ya sé que todo esto tiene algo de metáfora, pero debe latir un fondo de verdad cuando sin banalizar, porque es así, nos referimos al final de la inocencia, a un amor que se nos muere entre la manos recién nacido o comido por los años, al marchitamiento de un jardín que un día fue luz y que poco a poco se va llenando de maleza.

Para vivir hay que morir y ver morir demasiadas veces y demasiadas cosas para que la vida continúe.

Morimos cuando dejamos de ser niños y volvemos a morir cuando dejamos de ser jóvenes. Vamos sembrando nuestra vida de pequeñas muertes cada vez que nos mudamos de casa, cada vez que hacemos limpieza en los armarios, cada vez que abandonamos los paisajes que siempre fueron nuestros. Tantas y tantas veces...

La otra muerte, la muerte con mayúscula de la que hablamos poco, es, al fin y al cabo, la única certeza que tenemos, una mueca absurda que pone el punto final a eso que, pese a todo, puede ser hermoso y que llamamos vida.

NÁUFRAGOS

Acostumbrado más a la bendita noche, me cuesta este matutino desembarco de pequeñas intimidades al que han bautizado como «la poesía de la vida». Y así llego hasta tu isla siempre en son de paz, enarbolando la bandera blanca de los días sin fecha, ofreciéndote la tregua definitiva, dispuesto a firmar todos los armisticios sin condiciones.

Llego hasta tu isla cada mañana y nunca sé si estarás en la playa esperando con los brazos abiertos o te voy a encontrar en tu guarida cerrada a cal y canto.

No vengo a ofrecerte nada, por lo tanto no desconfíes. Tampoco vengo a pedirte nada porque nada tengo y a nada aspiro; solo quiero ser libre y no hay peor lastre que la riqueza; por lo tanto, no temas. Soy una voz que llega hasta tu isla y que, por no tener, no tiene ni preguntas ni respuestas. No soy un mercader que te cambie palabras por fidelidad, ni un predicador en busca de adeptos.

En todo caso un náutico. Apenas soy un náutico que arriba hasta tu playa para poder llevarte en mano los mensajes que antes —cuando entonces— te enviaba en botellas azules y noctámbulas. Los mensajes son papeles blancos en los que ni pido auxilio ni doy mis coordenadas para que al fin me encuentres. Quiero seguir así, me conformo con esto: navegar por el azul de los océanos en busca de islas a las que llegar en días como este.

Aquí estoy instalado en el paraíso de los inocentes, ese lugar y ese tiempo donde se citan todos los náuticos mientras los mirlos entonan efímeras baladas. Cuando llegue la noche cada cual tomará su camino y se irá. Sobre la playa solo quedan los restos de un millón de naufragios, un par de besos olvidados y cinco o seis caricias que no encontraron mejilla sobre la que posarse. Nada más. Nada menos.

PUEDO

No siempre, claro, pero la poesía, o lo que sea este minuto, es una vía abierta directa al corazón, y a estas edades uno anda ya —yo al menos— tirando del pobre corazón de un lado a otro para ponerlo a salvo del viento negro, del frío y las ausencias.

No quiero ponerme ni lírico ni dramático. Pero ¿qué hacer cuando no se quiere hablar de lo que realmente se quiere hablar? Puedo darle la razón a Joan Manuel, mirar al techo y pensar que no le iría nada mal una mano de pintura.

Puedo intentar ser por una vez la alegría de la huerta, pero en mi jardín el pruno está desnudo, los chopos ya no son mares verticales y las hojas caídas del otoño se refugian, como mi corazón, en las esquinas en busca de una paz tan siempre amenazada.

Puedo mirar hacia otro lado, disimular y, como escribía Alvite, descubrir que a veces la vida, con su mala letra, nos da buenas noticias.

Puedo cambiar el orden de las cosas y en lugar de pensar y pensar para escribir, dedicarme a escribir y a escribir justo para no pensar.

Puedo llenar mi agenda vacía con citas que me invente, imponerme obligaciones que no tengo, hasta puedo equivocarme adrede tan solo para poder maldecir y volver a empezar.

Cualquier cosa vale para no tener que hablar de lo que quiero hablar.

Ser tan solo una hoja que busca refugio del viento negro agazapada en un rincón y esperar a que escampe sereno y en silencio.

(He doblado la esquinita de esta historia, como se dobla la de una página que ni se quiere olvidar ni se debe volver a leer).

TÍTULOS

Alguna vez he dicho que hay títulos tan hermosos que no merece la pena pasar después al contenido. Cuando las editoriales me pedían que escribiera libros, yo les ofrecía títulos, títulos fantásticos y que dejaran luego las páginas en blanco para que cada lector de solo el título escribiera su propia historia, pintara su propio cuadro; no tuve ningún éxito pero al menos les hice sonreír con la ocurrencia. Y aún no entiendo por qué.

Nunca he leído la obra de Leguina *Tu nombre envenena mis sueños* porque me basta con el título para montarme yo mi propia historia. Tampoco he leído la de Juanjo Millás, *El desorden de tu nombre* y ni miro los lienzos de los pintores que titulan su cuadro bajo un lacónico «paisaje con figura».

Es que seguramente en mi vida, en la vida de todos, hay nombres que con solo pronunciarlos te desordenan por dentro, nombres cuyo solo recuerdo es capaz de envenenar los sueños de una noche de verano. Y también hay paisajes que carecen de sentido si no es por la figura —tal vez borrosa ya— que se difumina en el lienzo del recuerdo.

También tenemos asignaturas pendientes, que es más que un título de Garci, que es una metáfora recurrente de historias que se quedaron colgadas sin que nadie recuerde ya muy bien por qué y son como un borrón en la pequeña biografía sentimental de cada uno, lo mismo que un paréntesis, como una nube que empaña el paisaje y desdibuja la figura, esa figura cuyo nombre mil veces repetido, te desordena aún por dentro y envenena los sueños de este largo y cálido verano.

OLVIDO

Antes que la palabra fue el silencio y antes que el silencio, la nada o el caos o el desconcierto.

Hasta que de pronto se cruzan dos miradas y el caos encuentra un cierto orden y el desconcierto se convierte en armonía.

Entonces llegan las palabras, nacen primero tímidas, balbuceantes, tanteando el terreno sobre el que posarse para ver si es seguro, sin trampas y, en todo caso, si allí pudiera crecer algo.

Y en ocasiones, no siempre, la palabra germina, echa raíces, crece y va formando el gran entretejido del amor, ese que da cobijo en las lluvias del otoño, sombra en el verano y seguridad en las tormentas; el que aguanta el paso de los años porque aquellas primeras palabras que rompieron el silencio, ordenaron el caos y afinaron el desconcierto, se han hecho fuertes y son ya río caudaloso, torrente incontenible que inunda los sentidos y ahuyenta los miedos.

Hasta que un mal día, quién sabe por qué, se abre una fisura diminuta, un huequito pequeño, y las palabras empiezan a caerse de una en una primero, luego de dos en dos, y el hueco, la fisura diminuta se va haciendo cada vez más grande y las palabras que hasta entonces habían sido hermosas se convierten en reproches y se van derramando a borbotones hasta que solo queda una, la última, la que se llama ADIÓS y que tiembla en la punta de los labios antes de caer también, aunque a veces se rompe sin ni siquiera pronunciarla.

Y el concierto pierde entonces la armonía y ya solo es un ruido desafinado, incómodo, que el dolor termina enmudeciendo. El caos lo cubre todo y no sabes lo que pasa ni por qué ni cómo y quieres explicarte pero ya no hay palabras, las has usado todas, se han perdido dejando un reguero de espinas y el río se ha secado y solo queda un desierto de dolor y silencios.

Después llega la indiferencia y al final el olvido.

Me pregunto ahora qué hay después, qué queda más allá del olvido. Seguramente nada, un manojito de recuerdos que se van desdibujando y la tenue esperanza de un imposible ya nuevo cruce de miradas.

HOTELES (1)

Me preguntaba anoche, solo en la soledad de la habitación del hotel, qué cosas realmente me puedo preguntar a estas alturas.

Es lo que tienen las habitaciones de los hoteles: hacen que la soledad se multiplique y que en la otra parte de la cama enorme, las reflexiones trascendentes tomen al asalto el lugar que debería ocupar un cuerpo tibio, una respiración pausada, un olor —no un perfume— que nos dé confianza y hasta posiblemente un poquito de paz.

Pero las habitaciones de los hoteles no son el lugar más propicio para hacerse preguntas trascendentes. O sí. Porque allí todo tiene una cierta vocación de provisionalidad que se parece mucho a la vida. Llegas, tomas posesión, colocas de cualquier manera las camisas, vacías los bolsillos desperdigando las monedas, las gafas, unos folios en blanco, las llaves y, sobre todo, el billete de vuelta. Y es justamente eso, el billete de vuelta, lo más metafórico de todo. Porque el de ida, ya no sirve para nada, está usado, ya hemos llegado aquí y solo es válido ese otro trocito de papel que nos asegura el regreso a lo cotidiano, al pequeño círculo de confort mil veces conocido y que pone el punto final a tres días/dos noches. Esos tres días/dos noches que son lo más parecido a la vida.

Pero, pese a todo, la habitación del hotel resulta indispensable. Pocas cosas más desoladoras que estar en una ciudad sin un lugar en el que refugiarte, sin un sitio al que ir que puedas decir que es tuyo, aunque sean tres días/dos noches. Dejas el hotel por la mañana y esperas porque el regreso está previsto para casi la noche. Y entonces te conviertes en un paria, un sin techo, un hombre que camina sin sentido por unas calles que le son ajenas en una ciudad que ni conoces. Me pasó en Milán y ni siquiera sentado frente a un café en una terraza, me quitaba esa sensación de no pertenecer a aquel paisaje. ¿Dónde voy? ¿Quién me recoge? Faltan seis hora para regresar y estoy

cansado y solo. Soy un insecto abandonado y desconocido, un eremita sin cueva, un estilista sin columna, un japonés sin cámara. Cómo echo de menos la acogedora habitación del hotel con las camisas colocadas de cualquier manera. Aunque no esté allí, aunque ni piense volver a la habitación del hotel, quiero saber que existe. Quiero un techo a la espera de un regreso aunque nunca se vaya a producir, lo necesito, da igual que sea provisional, pero lo quiero no para mi cuerpo sino para mi alma.

APAGÓN

Ayer se fue la luz. Era de noche ya, sobre las once, y solo la luna grande ocupaba el jardín con una claridad llena de sombras. Se fue la luz de golpe, sin avisar como otras veces que se enciende y se apaga como si de una batalla se tratara. Esta vez se fue toda la luz, de golpe, y nos quedamos como absurdos mirando una pantalla que se fue a negro y en una casa que era toda negrura. Después de unos instantes de silencio afirmé lacónico y solemne:

—Se ha ido la luz.

—No me digas, no me había dado cuenta.

Sin hacer caso a la ironía me levanté y casi a tientas llegué hasta el cuadro —así se llama: «cuadro»— de las clavijas que rigen la electricidad por sectores de la casa. Todo estaba bien pero en la calle, como en la copla, los faroles no querían alumbrar.

—No somos nosotros, es general —grité desde el puente de mando del cuadro.

—Ya, pero ¿por qué gritas?

—Y yo qué sé, porque no veo.

Es absurdo, claro, pero cuando uno —no sé si uno, al menos yo— se queda entre tinieblas, le sale hablar más alto tal vez por un miedo ancestral, o vaya usted a saber y enciende y apaga los interruptores varias veces sin motivo aparente, sabiendo que es inútil.

—¿Y qué hacemos? —pregunté ya con un pelín de angustia.

—Yo me voy a dormir, tú haz lo que quieras.

—Pero si no hay luz —protesté.

Me senté abatido y me sentí trágico. Que se vaya la luz no es solo una avería sino más bien una tragedia, un estado de ánimo, algo que te devuelve de pronto a una infancia lóbrega —y solo los más viejos me entenderán—, recordando aquel tiempo en el que, por decreto, había restricciones y la luz de

la vida se cortaba de tal a tal hora y entonces solo la débil llamita de las velas insinuaba siluetas tras las ventanas de una ciudad a oscuras.

Sentado, absurdo, solo y a oscuras pedí como dicen que hizo Goethe, «luz, más luz...».

Amanecí en el sillón de mala forma con las claras del día, la tele puesta, media casa encendida y un espantoso dolor en la nuca.

Daba igual: la luz había vuelto.

AÑO NUEVO (1)

Esto va muy deprisa y según te vas haciendo mayor te das cuenta de que el tiempo —esa cosa— dura menos.

Cuando entonces, en el cole, una semana era una eternidad y ahora, ya ves, en esta destartalada edad que me persigue, los años duran pocos meses y los meses tienen pocos días.

Uno va huyendo ya de las multitudes y los ritos y las nuevas nocheviejas ya no tienen apenas liturgias más allá de los recuerdos y más acá de las ausencias.

Uno va huyendo ya de los propósitos porque sabe que son inútiles los proyectos de vida —siempre lo fueron— y lo son aún más a estas alturas, porque es la vida la que te va llevando, es la vida la que te proyecta a ti y hace lo que quiere y te engaña haciéndote creer que eres libre.

Uno sabe que se va haciendo viejo porque resulta que eres tú el que ocupa la cabecera de la mesa, porque lo más sofisticado que te queda es una bronquitis crónica, pero, sobre todo, porque ya estás en la memoria de los otros, porque se refieren a ti en pasado, en pretéritos perfectos o imperfectos o indefinidos —sobre todo indefinidos—, pero siempre en pasado.

Uno sabe que se va haciendo dignamente viejo porque ya ni busca excusas ni se pone retos, simplemente vive cada día y se acepta con gratitud ese lugar de casi estatua que los otros te asignan en su pequeño museo de experiencias.

Tú fuiste... tú has sido... Y tampoco está mal, no es nada trágico que te vayan instalando en su pasado; mucho peor que ni siquiera hubiera nadie, al margen de los tuyos, que te recuerde para bien o para mal.

Un año más y aquí seguimos preguntándonos otra vez la razón de las cosas porque las explicaciones de la madurez, cuando aún eras presente, ya no te sirven por convencionales y hasta frívolas.

Ya hemos llegado —al menos ya he llegado yo— a aquel hallazgo genial de Woody Allen cuando decía: «La respuesta es SÍ, pero ¿cuál es la pregunta?».

TARJETAS

Cada dos por tres recibo en el correo un mensaje que me envía una de esas redes sociales de la que no sé nada. De pronto suena una campanita, se abre una ventana en la pantalla y leo: «Andrés Aberasturi, tienes más amigos en Facebook de los que crees». Y me vengo arriba. Leer esa afirmación tan categórica mientras uno procede a la difícil tarea de ponerse el pantalón apoyado solo sobre un pie es como un chute de optimismo que deshace cualquier atisbo de soledad, cualquier sensación de aislamiento, esa extraña vocación de náufrago que arrastro desde la infancia.

Una vez escribí la historia de don José Miratú —Hernández de segundo—, un hombre inadvertido, humilde, que un día recibió la carta del director general para Europa de una multinacional de tarjetas de crédito. La carta estaba personalizada y el director general para Europa le preguntaba al bueno de don José cómo era posible que alguien como usted, don José, con la vida social que lleva, no fuera titular ya de su tarjeta de crédito.

A don José le abrumó la preocupación de todo un director general para Europa para con su persona y le faltó tiempo para rellenar el cuestionario. El día que llegó la tarjeta color oro, con su nombre en relieve, la guardó cuidadosamente y se sintió por primera vez importante.

A partir de ahí, recibió muchas más cartas de otros muchos directores generales para Europa de otras muchas tarjetas de crédito que le trataban con un respeto enorme y se dirigían a él por su nombre varias veces en la carta. «Don José, ¿cómo puede pasar sin nuestra tarjeta ese fin de semana de relax que tanto se merece?».

Y don José les iba contestando a todos los directores generales para Europa de todas las tarjetas de crédito, rellenando todos los datos que le pedían y agradeciéndoles de puño y letra la deferencia que habían tenido para

con su humilde persona y se despedía diciéndoles: «Dios guarde a usted muchos años».

Ahora don José Miratú —Hernández de segundo— tiene una cartera acordeón con todas las tarjetas de crédito y todas las cartas de los directores generales para Europa guardadas en un sobre marrón. Solo cuando la soledad le come por los pies y su realidad de inadvertido se le agarra al corazón, don José se esconde, abre el sobre marrón y lee muy despacio las respetuosas cartas de esos señores tan importantes. Y a veces, solo a veces, se le escapa un lagrimón, pero enseguida se le pasa.

HOTELES (2)

No me acostumbro. Y mira que la idea, en principio, resulta literaria y tiene historia; pero solo la idea porque no es lo mismo sacar una pluma estilográfica y ponerse a redactar el artículo o el poema sobre unos folios blancos en un salón con vidrieras y divanes, que abrir el ordenador y colocarlo sobre una mesa de diseño imposible o frente a un millón de japoneses.

Así que, cuando llego a un hotel, me encierro en la habitación y procuro encontrarme a mí mismo entre unas sábanas que no son las mías, junto a unas cortinas que me desconocen y sobre una mesa o demasiado alta o demasiado baja, pero en todo caso a una altura que nada tiene que ver con mi altura. Me miro en el espejo pero solo contemplo al otro lado a un tipo parecido a mí, desubicado e incómodo, un farsante que trata de ser él mismo y que seguramente lo es, pero no lo son sus circunstancias, todo cuanto le rodea.

Una habitación de hotel —da igual la mejor de todas que la más humilde— no puede ser otra cosa que la burda imitación de la intimidad de cada una; o más que una imitación, una híper realidad, un exceso: por ejemplo las camas de los hoteles no se hacen, yo creo que se amartillan, o se pegan, o se encolan las sábanas y más que un dulce abrigo, las mantas se convierten en una camisa de fuerza. En el llamado minibar, esa nevera como de los siete enanitos pero más falsa que nada, nunca hay restos de una ensalada *pansía*, ni un par de patatas cocidas envueltas en papel de plata, ni un bote a medio usar de leche condensada; no, no es una nevera humana. Las neveras de casa son un refugio de pasados inútiles y un proyecto con fecha de caducidad. Como nosotros, justo como nosotros.

Quiero decir con todo esto, que cuando te pones a pensar un texto, un comienzo de programa en una habitación de hotel, pues una de dos: o te sale lo que yo cuento hoy, la descripción misma del problema, o no te sale nada.

Porque en un hotel, aunque anuncien trato familiar y los empleados sean ejemplares, desengáñate, ni las camareras ni el recepcionista suben a darte un beso por la noche, a arroparte un poquito o a contarte cuentos hasta que te quedes dormido con la tele encendida. Es así.

VERANO

Se nos está acabando el verano y da igual que nos digan el día y la hora exacta los expertos o lo que marquen los termómetros.

Se nos está acabando el verano porque las sombrillas de las terrazas se van apagando poco a poco y solo las más valientes se convierten en cometas de colores en busca de otros soles lejanos; las hamacas de las playas empiezan a dormir el sueño de los justos y conservan aún el olor a limones salvajes del Caribe.

Se nos está acabando también este verano porque las hormigas, tan absurdamente disciplinadas, tan siempre con esa prisa sin sentido, ya van más a su aire, mientras las moscas de septiembre andan como resabiadas y vuelan cuando estás calculando la distancia con la pala y no hay forma de asestar el golpe definitivo.

Se no está acabando el verano porque uno vuelve a casa como derrotado y no por tener que volver a trabajar, qué va, sino porque te das cuenta de lo cansado que resulta descansar.

Yo sé que se me está acabando el verano cuando regreso a la ínfima verdad de cada día, a mi zona de confort y repaso con parsimonia cada esquina y abro la mesilla de noche y me doy cuenta de que allí siguen, junto a las pastillas del colesterol, todas las incertidumbres que dejé guardadas. Porque a los pies de la cama siguen doblados los sueños que aún me quedan por soñar y porque la vida es tan repulsivamente previsible que a veces estremecen estas liturgias mil veces repetidas.

Se nos está acabando el verano porque ese flautista de Hamelin llamado educación nos ha quitado a los niños de las calles y los ha escondido en guarderías y colegios y ahora andamos la ciudad como huérfanos de risas y cuando la añoranza de los críos nos pregunte por ellos, habrá que engañarla con científicos razonamientos que naturalmente el corazón ni cree ni entiende.

El tiempo nos arranca de las manos este último verano y mil canciones hablan de la melancolía de septiembre.

Antes, cuando entonces, teníamos amores juveniles de lunas y de playas y justo en la noche de la separación inevitable, le mandabas a ella frases como esta garabateadas en una servilleta del último café: «Búscame esta noche, amor, aunque sea en el olvido».

DÍAS NEGROS

Decía Blas de Otero que había días negros que crecen como en un charco de lágrimas. Y vaya si los hay. Días en los que esa pájara negra sobrevuela el corazón y la angustia trepa como una yedra mala por las piernas, se enreda entre las manos y hace que los ojos contemplen el mundo con un espanto que no nos merecemos.

Esas cosas pasan y lo más duro es seguir en el camino, saber que, pese a todo, «otros esperan que resistas, que les ayude tu alegría, tu canción entre sus canciones». Pero no es fácil salir así al escenario poniendo la profesión por fuera pero teniendo la procesión por dentro.

Lo bueno es que ese charco de lágrimas se acaba por secar al primer sol de esta esquiva primavera que es y que no es, y la pájara emigra en busca de otros corazones menos fuertes y el verano, ya verás, volverá antes de lo que te imaginas a calentar las madrugadas y a llenar de luz lo que solo parecía un agujero oscuro y sin salida.

Mientras eso pasa, cuando esos días negros crecen como agujas, es bueno tener a mano otra mano, sentir otra boca cerca de la nuestra, saber que el otro está ahí y que no se irá a pesar de los pesares.

EGO

Dice un tuitero que tengo un ego insoportable. Y aunque me duela reconocerlo, posiblemente tenga razón. De otra forma, por qué se empeñaría uno en ir contando su vida que a nadie importa.

Resulta demasiado tópica la primera respuesta que te viene a la cabeza: para que me quieran. Pero es verdad. Lo que pasa es que todos hacemos todo para que todos nos quieran, de forma que vamos cosechando fracasos y fracasos salpicados de vez en cuando por la excepción: alguien, alguna vez, decide quererte un poco.

¿Y por qué más cuento estas cosas por la radio? Porque es una forma de que me conozcan, porque resulta casi siempre divertido y distinto, pero, sobre todo, porque soy un impostor de sentimientos, un exhibicionista, un vanidoso, un vendedor de lo que sea, un charlatán venido a menos... un tipo con un ego más insoportable que la insoportable levedad del ser.

Quiero decir que seguramente hay mil razones y cualquiera podría ser válida. Mil razones para explicar cada una de estas líneas. Hay mil razones que podría enumerar una a una... pero también hay una razón que nunca contaría a nadie.

Imagínatela. Solo tú la conoces, solo tú deberías conocerla. O ni siquiera. Yo hago esto para enviar un servicio de socorro, un «se busca con urgencia», un «necesito encontrarte» o al menos saber que aún me escuchas.

Ya no sé dónde estás ni qué paisajes atraviesan tus caminos. No sé tu edad ni tu nombre ni podría identificarte en una fotografía. Pero es urgente que sepas que aquí todos, todos, hablamos sencillamente para ti.

INOCENCIA

Dice un villancico, con ese optimismo que caracteriza lo popular de esta España, que «La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va, y nosotros nos iremos y no volveremos más». Pues empezamos bien, animando.

Pero en medio, casi ya desapercibido porque ni los periódicos gastan bromas, mañana es el día de los Santos Inocentes y no sé por qué —o tal vez sí lo sé— para mí desde hace mucho tiempo no es un día lúdico para colgar muñequitos en la espalda del prójimo o escribir divertidos tuits dando falsas noticias.

¿Dónde encontrar ahora un rastro de inocencia, el eco de ese candor o sencillez que casi todos hemos perdido desde tan pronto a lo largo de la vida? La inocencia está en baja, no solo no cotiza en bolsa sino que puede resultar perjudicial para andar por la vida con un poco de soltura.

Pero a mí me sigue emocionando la inocencia, tendría que ser la gran fiesta de la humanidad, la fiesta que nos reconciliase a todos un poco, aunque fuera un poco; pero no es fácil.

¿Dónde habita la inocencia? Dónde buscarla en un mundo que calcula fríamente los daños colaterales de una guerra, que permite que ocurra todo lo que ocurre cada día sin ni siquiera estremecerse. Para qué sirve cuando te recriminan que eres demasiado inocente y así te va.

Venid conmigo en busca de la inocencia. Yo sé dónde la guardan, yo sé dónde la entierran, yo sé dónde reposa.

Reposa bajo el azul de ese mar que llamamos nuestro donde vuelcan las pateras tantas veces llenas de niños.

Entierran la inocencia en los desiertos del hambre y de la sed, en donde sobran guerras y faltan vacunas.

Yace destrozada en los campos de minas, en el fanatismo incrustado a golpe de amenaza y promesa falsa.

Y sé también dónde se esconde aún: en los ojos limpios de los menos capaces, en la mirada de esos niños, de esos seres humanos tantas veces deformes y cuya belleza solo está al alcance de unos pocos pero que cuando la descubres, cuando eres capaz de ir más allá del envoltorio físico, te quedas colgado de los ojos de agua de esos santos inocentes ya para siempre.

Solo ellos arrancan una sonrisa a los dioses buenos y solo ellos nos recuerdan, con apenas mirarlos, la sinrazón del mundo.

VIDA

En cada uno de los días del año cuelga el típico cartel de «No hay billetes»; no caben ya tantas celebraciones. Estoy casi seguro, que este invento de los «días de...» solo sirve para que tipos de dudoso oficio como yo tengan una disculpa para cubrir el expediente con hermosas palabras. No es el caso.

Te preguntarás a qué viene esta larga disquisición sobre los «días de...». Pues a que el pasado viernes le tocó el turno a la familia, esa cosa que no se elige pero que te acompaña siempre a lo largo de la vida. Ese infierno o ese paraíso. O, sobre todo, las dos cosas a la vez en el devenir que el paso de los años va moldeando según las circunstancias y que empieza a tener un sentido muy especial, distinto, cuando, de pronto, eres tú quien se sienta, aunque sea metafóricamente, en la presidencia de la mesa porque en las mesas —y yo creo que es bueno— ya apenas quedan ni solemnidades jerárquicas ni presidencias rancias.

Pero es curioso que uno llega al mundo, y quiero suponer que esa llegada es como una hermosa sacudida en la gran pirámide en la que empiezas a ser una piedrita más. La sacudida de tu nacimiento, la verdad, dura poco. Creces demasiado lentamente y asistes desolado, a veces incluso siendo aún niño, al desmoronamiento de quienes ocupaban la cúspide de esa tribu: los abuelos se van en busca de otros cielos y ves cómo lloran tus padres, quizás por primera vez, y empiezas a entender muchas cosas hasta entonces desconocidas: te das cuenta de que la muerte es cierta, de que los mayores, tan duros hasta entonces, son frágiles y lloran y que por debajo de ti hay ya muchas piedritas que ni siquiera entienden toda esa amalgama de sentimientos.

Luego te toca hacerte hombre y los papeles se invierten y un mal día te reconoces regañando con tanta seriedad como ternura a quien siempre te había regañado porque se empeña en no hacer caso al médico y pasa de tomar las medicinas. Luego, ellos también se mueren y entiendes que no hay

ninguna edad propicia para aceptar ser huérfano. Pesan la soledad y los recuerdos hasta que otra piedrita recién llegada a la pirámide te llama abuelo y miras hacia abajo y da vértigo y un poquito también de miedo porque, sin darte cuenta, eres tú quien ocupa la parte más cercana a cualquier cielo, la parte más estrecha de la pirámide, la más vulnerable a la que llegaste un día, como una sacudida.

AY

Era un dictado típico de los profesores de gramática para pillarnos en ortografía: ahí hay un hombre que dice ay.

Pues bien: «*Ecce homo*».

Medio siglo después podéis señalarme con el dedo y repetir con mi profesor de gramática; ahí hay un hombre que dice ay.

Me he dado cuenta de que el ay se me escapa demasiadas veces al día, de que más que una muletilla es casi un hábito que me acompaña en demasiados gestos y demasiadas veces. Mis ayes son de varios tipos, son ayes con matices, únicos y distintos:

Me levanto de la cama y me apoyo en un ay de ánimo aún medio dormido; voy al baño y veo esa mini-micción entrecortada, tímida y digo otra vez ay, pero este es un ay nostálgico en recuerdo de otros tiempos más vigoroso que no hace falta explicar.

Me dispongo a ponerme los pantalones de pie y a los poco segundos nace otro nuevo ay de bamboleo porque es difícil ya guardar el equilibrio. Ahí hay que sentarse para evitar un ay de bruces en el suelo.

Luego, antes de enfrentarme al primer café amigo de toda la vida, me estiro al estilo de Bartolo, mi gato, y me sale un largo ayyyyy felino y a gustito.

Aún sentado en la silla, hojeo los periódicos y es una sucesión de ayes dolorosos cada página; ay, ay, ay...

Hasta que me levanto para empezar la tarea de vivir y ese levantarse va siempre acompañado de un ay, un ay lumbalgial que explota suave mientras me sujeto con las dos manos los riñones.

Podría seguir, pero no merece la pena. Mondadori me acaba de mandar lo penúltimo de Salvador Pániker, maestro de tantas cosas: se titula *Diario del anciano averiado*. Pues eso. En eso estamos. Pero Salvador casi nunca decía

ay. Es lo que diferencia a un intelectual lúcido de un pobre charlatán venido a menos.

POBRES HOMBRES

El mismo profesor de gramática que descubrió mi futuro en un dictado («ahí hay un hombre que dice ay») nos hizo distinguir el valor de poner un adjetivo antes o después: no es lo mismo un hombre pobre que un pobre hombre.

Y es verdad; la mayoría de nosotros —no quiero exagerar— nacemos ya con vocación de pobres hombres. Pero tendría que explicarme porque no es nada malo. Al contrario.

Todo el mundo habla de san Luis y de sus cien mil hijos —que me parecen muchos—, pero no sabemos ni sus nombres ni sus historias, solo sabemos de san Luis lo mismo que sabemos de santa Úrsula, pero lo ignoramos todo de las once mil vírgenes —que también me parecen muchas—. Es así.

Los pobres hombres somos radicalmente indispensables para que el mundo funcione. No somos noticia habitual en los periódicos, no nos citan en los libros de historia y pasamos por la vida inadvertidos pero somos absolutamente necesarios.

Los pobres hombres son los que cada mañana, puntualmente, ponen a funcionar las máquinas, siembran el trigo, recogen el aceite, van y vienen por la ciudad o el campo haciendo los caminos.

Los grandes hombres diseñan edificios, grandiosos como ellos, que no serían más que papel pintado si los pobres hombres no pusieran los ladrillos, trepan por las fachadas y colocaran las ventanas que dan la vida.

Y así ha sido siempre.

Los pobres hombres somos la sal de la tierra, los verdaderamente necesarios, los que bajan a las entrañas de este mundo y suben el carbón, los que se sientan detrás de una mesa en la oficina y cumplen con creces la jornada laboral, los de la cola del paro con su drama auestas, los que tuvieron que partir en busca de un sueño, de una vida mejor.

Los pobres hombres y las pobres mujeres no cambiamos la historia porque somos nosotros los que la hacemos día a día.

PLAGIO

Esta es una historia de amor que no me pertenece; ni siquiera soy el autor del cuento que hoy quiero contaros, un cuento que, para variar, no tiene un final feliz. Pero no soy yo el responsable. Solo he ido recogiendo de aquí y de allá frases de otros que tenía subrayadas en libros, en tuits, en esquinas perdidas de folios que no crecieron, en cuadernos de anillas con el azul ya caducado...

Con todo eso tan disperso, y volviendo como siempre a la mágica coherencia de los contenedores, ha nacido esta historia que tomo prestada de aquí y de allá:

«Ellos, los dos, señalaban con el dedo cada esquina en la que querían besarse y eran tantas que la mayoría no estaban siquiera construidas.

Fue un domingo sacrificado entre silencios cuando se dieron cuenta de que solo ya les unía el olvido porque fueron muchas noches, demasiadas, abrazándose a recuerdos a falta de regazos.

Antes del final él le escribía a ella que lo más bonito que le había dicho después de tantos años, aún no lo había oído y ella le contestaba que solo tenía un puñado de palabras y que las quería utilizar para hacerle reír porque su risa era algo que ella se tomaba muy en serio.

Se preguntaban qué día caducaba el derecho a echarse de menos y vivían en un mundo donde los espejos mentían piadosamente, se veneraba el canto de los grillos y era posible navegar sobre el azul de los océanos pintados en los mapas.

Hasta que un día comenzó a sucederse una oscura cadena de desgarros y el amor se convirtió en un gesto tristemente en desuso. Devolvieron su deseo a la rutina y empezaron a necesitar de las palabras para salvar el milagro de sus vidas.

Hablaron tanto tantas veces que al final los adjetivos eran como cuchillos y hasta los pequeños signos más insignificantes desencadenaban tormentas de navajas.

Y con tanto ruido no escucharon el final.

Aprendieron que las despedidas no sabían a derrota y que él y ella no se debían nada, ni tan siquiera ya las cicatrices que dejaron los tatuajes de sus vidas».

CONTENEDORES

Es curiosa esta tierna intuición que va sintiendo uno de haberse convertido en objeto de contenedor, en trasto, si no viejo-viejo, sí un poco ya destartalado. No es pesimismo, no pasa nada. Es que me parecen tan hermosos los contenedores... contienen —como su nombre indica— tanta vida ya vivida...

Entre los cascotes que desbordan esos enormes ataúdes de hierro aparcados en las calles, solo queda la memoria cotidiana de las cosas pequeñas, ese colchón herido y destripado que aún conserva rastros de amor o muerte. ¿Ves esa silla? Apenas está rota, es casi un zombi, un casi cadáver víctima del aburrimiento o de la modernidad sin respeto; imagínala en su historia y piensa que ha sobrevivido a dos generaciones con humildad, en silencio, dejándose llevar de un lado a otro; sobre ella han llorado y han reído, sirvió para velar enfermos y acunó recién nacidos hasta que alguien decidió arrojarla con nocturnidad a esa fosa común y pública de intimidades que es un contenedor.

Sigue buscando; encontrarás espejos, cafeteras oxidadas, neveras silenciosas, paisajes rotos de un calendario sin fiestas y marcos de puertas repintados, picados por la viruela del yeso y de los años, orgullosos marcos de puerta como viejos gimnastas, dioses caídos con sus ángulos rectos dislocados, inútiles; maletas que ya no viajan, trozos de pared testigos de un millón de intimidades.

Los contenedores son los cementerios de lo cotidiano, de lo ínfimo, de todo aquello que un día ilusionó y hoy es solo desecho de vida que el ayuntamiento retira de forma gratuita después de las 20.30 horas.

Llebadme a mí también y dejadme junto a esa butaquita desencolada de estilo Hermanas Gilda, años cincuenta, y enchufad la Telefunken en blanco y negro de lámparas fundidas y pantalla más rota que algunas vanidades.

Esta noche en mi barrio toca limpieza de pasado y no sé muy bien por qué yo valgo más que ese aparador de espejo con bisel hecho añicos desde el que me contemplan cien rostros sonrientes e inservibles que tienen mi misma cara.

LA MOSCA

Ocurrió el pasado jueves en una de estas tardes raras, otoñales aún por nacimiento pero con una inequívoca vocación de invierno en las que la noche más que caer con suavidad se desploma de pronto sobre el jardín y sus rincones.

Ocurrió que al otro lado del cristal, en la parte de la ventana que da al mundo, vi una mosca, una de esas moscas que me parecen tan inútiles y que casi odio —bueno, sin el casi— desde que aparecen hiperactivas, pesadas e incansables con los primeros calores de la primavera.

Y allí estaba, vaya usted a saber por qué, apretada contra el cristal, aguantando incomprensiblemente el viento, la lluvia, el frío. La mosca sola, tal vez la última mosca que había logrado sobrevivir a mi ira con la pala certera, a los chuflos esos de espray que las atontan y las matan, a las trampas pegajosas, a su propio ciclo vital ya teóricamente concluido.

Pero allí estaba, al otro lado del cristal, inmóvil, inútilmente viva, la mosca sola, quizás la única superviviente en el jardín otoñal sobre el que se había desplomado la noche tan llena de misterios.

Y me dio como un ataque de ternura, no sé... quizás la Navidad, pero me dio. Cuando vivíamos en blanco y negro se decía por estas fechas aquello de «sienta un pobre a tu mesa». Yo hice algo parecido con la mosca: abrí la ventana despacio, muy despacio para no asustarla y entró primero el aire frío y luego, desconfiando, entró la pobre mosca, voló hasta la cortina como haciendo un esfuerzo y allí se quedó parada otra vez, pequeñita y negra, tan indefensa, tan sola, tan expuesta.

Ni la mosca ni yo sabíamos qué hacer ni qué decirnos. La situación era un poco confusa: yo dando cobijo a una mosca, sentando a una mosca en mi cortina y la mosca quieta, supongo que reflexionando sobre la brevedad de la

vida. Opté por dejarla allí, al abrigo caliente del interior, lejos del frío, tranquila y negra.

A la mañana siguiente la mosca había desaparecido sin dejar rastro. Cuando la noche se desplomó otra vez sobre la tarde, volví a la ventana por si acaso. ¿Y sabes lo que vi? Solo la negritud llenando el jardín y sus rincones. Ni rastro de la mosca.

INSTANTÁNEA

Te cuento lo que veo detrás de mi ventana: veo cómo se desparrama mansamente el gris sobre todas las cosas y una inquietante quietud lo inunda todo si no fuere por la lluvia que se rompe violenta en los charcos del invierno.

Veo el membrillo apuntalado igual que muchas vidas, para que el peso de los frutos no termine quebrando su belleza.

Veo, cobijados e inmóviles, a los tres gatos que han decidido tomar posesión del jardín como quien okupa —con k— un trozo de memoria y allí se instala en forma de recuerdo, que no se sabe bien si es pasado o presente, que no se sabe bien ni siquiera si es de verdad o se trata de un truco del corazón o del cerebro para hacer más cálida la vida.

Veo el ciprés que crece con desmesura junto al pozo y aún lo recuerdo recién plantado abarcable como algunas cinturas, sin que formara aún parte del paisaje. Es un árbol bello y orgulloso. No sé por qué a los crisantemos y a los cipreses les hemos asignado esa querencia por los muertos.

Veo el olor a humedad de la tierra y huelo el color gris que lo invade todo.

Hoy es uno de esos días en los que el cansancio se confunde con la paz y sabe a pan caliente.

Alguien me manda un poema muy triste que habla de soledad y de recuerdos:

Dime por favor por qué camino podré yo caminar sin ser tu huella.

Y no tengo respuesta para eso. Desde mi ventana, ni se ven ya las huellas que tantas lluvias de tantos inviernos han borrado de todos los caminos. Pero los caminos siguen y tal vez el secreto esté en caminarlos nuevamente, aunque sea a otro paso, aunque sea soñando otros finales.

Los tres gatos okupas me miran ahora a los ojos inmutables. Sigue lloviendo y yo bajo la persiana y camino hacia dentro de la casa a descansar la paz y oler el pan caliente.

TIEMPO

Ya sé que me pongo demasiado pesado con esto de los años, pero es que los años me pesan demasiado y el tiempo, de pronto, ha cogido una velocidad inusitada, como si tuviera prisa por llegar no se sabe a dónde. O sí.

Parece que fue ayer de casi todo, que todo fue solo hace unos días. La vida pasa ya demasiado rápida y no me resulta nada fácil ser plenamente consciente de los años que ya no tengo.

Nos pasamos la vida queriendo ser mayores: los críos te señalan con los dedos de una mano sus cinco años y te dicen: «Ya soy mayor». Los adolescentes sienten una rebeldía falsamente madura, necesaria, y los jóvenes han tomado el mundo por asalto.

¿Qué hacer a nuestra edad viendo pasar los años hollando lo que hoy somos: este museo de recuerdos? La vida nos ha gastado ya todas las novatadas, pero seguimos sin saber dónde está el truco.

Intento comprenderlo pero no termino de creerme los años que no tengo y hay como un abismo raro entre lo que siente y me dicta el corazón y la terca realidad con fecha y hora de la partida oficial de nacimiento. El documento nacional de identidad no miente, pero tampoco este dulce deseo de vivir que siento cada tarde, este asombro amargo de ver cómo no cambia el mundo, este alimento de besos y caricias que me colma, estas lágrimas que aún guardo en la reserva para llorar despacio el dolor de los otros.

Todo va muy deprisa y, aunque a estas alturas ya sé que el mundo nunca esperó grandes cosas de mí, yo vivo esperando pequeñas cosas del mundo ofreciendo mi rabia y mi ternura a los más indefensos. Es lo que puedo hacer, es lo que hago aún sin demasiadas esperanzas de que este intento último sirva para algo.

FRÍO

Hace frío: el caso es que hace frío, o al menos yo lo siento y no sé si es la temperatura y la borrasca o más bien es que uno va ya por la vida con el alma de par en par abierta, a la intemperie y, claro, se organizan fuertes corrientes interiores.

Según pasa el tiempo, ese paisaje íntimo se va pareciendo más y más a un escenario de vodevil. Supongo que para sobrevivir, más que nada, abres huecos, puertas, salidas en el alma por las que alguna vez hizo un mutis por el foro el dolor o la alegría. En los días más negros se intentan abrir ventanas y cuando por las ventanas que se abren no entra demasiado el sol, pues se abren otras nuevas que den a un sur más luminoso; y así pasan los años y, cuando te quieres dar cuenta, el alma es, ya lo he dicho, un escenario dispuesto para el vodevil con un millón de trampas, de entradas y salidas, de armarios gigantescos que un día nos sirvieron para colgar las penas, las camisas y los desengaños.

Entonces llega una ráfaga de viento y te coge con toda el alma de par en par abierta y, claro, te congelas. Buscas en los cajones bufandas que un día te sirvieron para entibiar otras soledades, otros fríos, pero están deslucidas, ajadas, deshilvanadas, inservibles. Incluso aquella gabardina sobre la que resbalaban sin calar todas las lluvias perdió su condición impermeable y ni se te ocurra caminar con ella bajo un simple sirimiri porque te chorrearán hasta los huesos.

Hace frío hoy; yo lo he sentido al menos y ningún jersey, ninguna manta podía con aquella sensación desagradable. Seguramente es que el frío, igual que las procesiones, va por dentro.

LAS MOSCAS

Han vuelto, como de golpe, las moscas. La nieve volaba desde la chopera, ese mar vertical que se enfurece con el viento fuerte y llenó el jardín de una blancura falsa; pero el paisaje, pese a todo, no era hermoso. Era una blancura asfixiante que lo cubría todo, que se metía en casa por las rendijas y se estancaba en el aire seco de una primavera contradictoria y que empezó especialmente calurosa. Y las moscas. Las moscas que llegaron como de golpe con aquellos calores y ahora buscan refugio en la tibieza soleada de los cristales de las ventanas.

No me gustan las moscas, lo he dicho muchas veces. No las entiendo y no hay tormento mayor que una mosca buscándote la cara de amanecida, tú aún dormido y la maldita mosca trepando pertinaz, sobre tu piel, pesada y leve, inútil, obsesiva.

En una obra de Camus hay un dialogo en el que conversan dos soldados y uno le comenta al otro: «Las moscas hoy parecen enloquecidas». Su compañero le responde: «Huelen a los muertos y eso las alegra».

Desde siempre he odiado a las moscas que asolan la pobreza, que se ceban en los cuerpitos de esos niños que nacieron en un lugar equivocado y en este tiempo infame.

Los niños de la miseria conviven con las moscas sin sentir las, no las espantan ni las ahuyentan. Los niños de la miseria miran la cámara de los hombres blancos que les graban o les fotografían y su gesto es una mezcla de absoluta indiferencia y de dolorosa fatalidad. Están en cuclillas. Son pobres y lejanos; nunca sabremos sus nombres ni su historia, solo que las moscas juegan en sus cuerpos. Carne de documental para que lo contemple el primer mundo ya casi sin horror ni vergüenza.

Luego se va el cámara al hotel y solo se queda el niño solo y las moscas. El niño indiferente y solo mientras las moscas recorren su cabeza, sus bracitos

delgados, la comisura de sus labios. Pero el niño sigue en cuclillas jugando con un palito sobre la tierra seca y no hay ni paz ni felicidad en su rostro. Solo están las moscas que buscan su miseria y sus ojos que ni reclaman ni odian ni desprecian.

No me gustan las moscas porque huelen a los muertos aún vivos y eso las alegra.

PROTAGONISTA

Hay días en los que te levantas con los sueños aún pesándote en los párpados y vacilante llegas hasta el baño y lo que hay al otro lado del espejo te mira como si fueras una caricatura de ti mismo, un tipo que, pese a todo, todavía se atreve a sostener su mirada aunque de los párpados se le van cayendo los sueños como lágrimas.

Eres tú —quién lo iba a decir— aquel chaval que prometía tanto, el que creía que llegar a lo más alto no era más que una escalada y que hacer cumbre estaba al alcance de cualquiera si se lo proponía seriamente.

Eres tú, aquel chaval decidido a comerse el mundo, a beberse la vida a grandes tragos.

El tipo que te mira al otro lado del espejo, eres tú, aquel joven que tenía respuestas para todas las preguntas, solución para todos los problemas.

Mírate, mira cómo se desparraman aún los sueños por las mejillas rayadas por los años. No hay ni cicatrices porque la vida ni siquiera te dio la ocasión para probar el sabor ocre oscuro de la derrota, la punzada del fracaso ni el dulce vino del éxito.

Solo eres tú sin más, inadvertidamente tú, contribuyendo con tu humilde silencio a mejorar el mundo, con tu trabajo rutinario, con el cuidado compartido de unos hijos que llegaron muy pronto; ni tiempo te dejaron para aspirar a más, no ya para hacer cumbre, ni siquiera para llegar al campamento base: los plazos de la casa, los colegios, aquel día de fiesta cuando estrenaste el coche, nada del otro mundo, pero olía a tan nuevo...

Y los años pasaban y caían los sueños como esperanzas rotas sobre la almohada.

Pues pese a todo, yo te digo que no eres ninguna caricatura de aquel chaval que prometía tanto. Yo te aseguro que eres un héroe y tu paso

inadvertido para el mundo ha sido absolutamente necesario para completar la gráfica del pueblo.

Hubiéramos notado tu ausencia humilde, hubiera faltado tu respiración en el pulmón de todos.

Aunque te resbalen los sueños por los párpados, mírate con orgullo porque has sido —aunque la gran Historia no te nombre— protagonista necesario de esta obra siempre inacabada que es el mundo.

SEPTIEMBRE

Lo llevo predicando desde que tengo uso de razón. Pero el caso es que todo el follón de las doce uvas, las campanadas, y el cava, debería trasladarse a cualquier día de septiembre. Porque la vida, si cambia un poco, siempre lo hace en estas épocas.

Los críos pasan de curso y eso debe ser aterrador aunque nosotros no nos demos cuenta: los críos que no levantan tres palmos del suelo tienen que aprobar un millón de asignaturas y encima unas asignaturas rarísimas donde nada es ni se llama como toda la vida ha sido y se ha llamado. Yo estoy seguro de que si me hicieran ahora mismo un examen de esos, no aprobaba ni el primero de guardería.

Pero no solo son los críos; empieza lo que hemos llamado «curso político» y con él un más que previsible otoño caliente y se reúne el Congreso y los periódicos dejan de ser hojas parroquiales y aumentan las páginas y han vuelto ya o están a punto de volver la mayoría de esos exiliados que han podido permitirse el lujo de unos días de playa, montaña o pueblo. Y se vuelve distinto.

Lo que Hacienda llama la «unidad familiar» ha convivido de pronto veinticuatro horas cada día bajo el mismo techo y a saber lo que ha pasado. En la primera semana casi se presentaban educadamente: buenos días, soy tu padre; buenas noches, soy tu pareja; hola, soy tu hijo. Cuál ¿el mayor? Pues no sé, creo que no, que yo soy el segundo... Ah, pues encantado, segundo hijo...

Esto es una parodia, claro, una exageración, pero me pregunto cuánta gente vive once meses al año en la misma casa y apenas se conocen. Se dejan en la nevera telegramas o se encargan las cosas por guasap, pero conocerse, lo que se dice conocerse...

Dicen que tras los veraneos aumentan los divorcios pero seguramente también —eso quiero pensar— se incrementa nueve meses después la natalidad. Habrá de todo, habrá quien se dará cuenta de que duerme con el enemigo lo mismo que otros descubrirán que es posible reverdecer un amor que parecía agostado de puro aburrimiento.

Por eso la vuelta es lo que es: un comienzo lleno de encuentros y de olvidos, promesas, planes, decisiones, recuerdos... tantas cosas que luego el otoño irá diluyendo entre amarillos y ocre hasta desnudarnos del todo el corazón y esperar que vuelva a asomar la primavera.

CARTA (1)

Querido Andrés:

Hoy te escribo esta carta de corazón a corazón porque si alguien te conoce de verdad, ese debo ser yo que he sufrido contigo —y he gozado también— esta cantidad de años de tu vida.

Te escribo para decirte que ya va siendo hora de perder el miedo al viento y las tormentas, de contemplar la vida con afecto y desapego y de saber que aunque te sientas solo, no lo estás. Que ya va siendo hora de mirar con las gafas de cerca lo que tienes y aprender a olvidar lo que has perdido; que no es bueno, porque es inútil, recordar el pasado y sus heridas porque el tiempo lo desdibuja todo y si no te empeñas en hurgar, las heridas se cierran y la vida solo se conjuga en presente y futuro, no sé si perfecto, pero en futuro.

Te escribo para decirte que dejes de hacer trampas, que las cosas son como son y que dar los buenos días a la gente que te ama no puede ser una costumbre sino un deseo sincero de que así sea y si no, lo mejor es callarse.

Te escribo para decirte que esto de juntar palabras no es más que un juego que te has montado para intentar sobrevivirte, para restañar con adjetivos lo que muchas veces no te atreves a decirte a la cara.

Te escribo, Andrés, porque me sé tus trucos de memoria, porque me has hecho cómplice de tus afectos y tus odios, porque he levantado la voz cuando me lo has pedido y he guardado silencio obedeciendo un gesto tuyo.

Te escribo para decirte que, me creas o no, estoy hartándome de ti y que no estoy dispuesto a convertirme en charco de melancolía, en un saco de nostalgias, en el cajón ese del que tanto has hablado donde guardas inútiles pasados.

O firmamos un pacto de futuro —ahora que está eso tan de moda— o yo me largo de ti y a ver cómo te apañas, Andrés, sintigo mismo.

No, no es un error, he dicho «sintigo» y no sin ti porque me gusta más y me venía bien para la frase.

¿Ves? Ese es nuestro problema; yo busco lo que quiero, lo recojan o no los diccionarios, mientras tú sigues aferrado a las reglas y a las rejas. Tú verás lo que haces, Andrés, pero lo nuestro tiene poco futuro.

Un abrazo cordial,

Firmado: Andrés Aberasturi

HOTELES (3)

El penúltimo tuit que escribí, antes de cerrar definitivamente mi cuenta, lo hice hace una semana y decía algo así como: «Y esta rara soledad de los hoteles...». No es la primera vez que hablo de ellos; me gusta más escribir de los hoteles que escribir en los hoteles, esos hogares de quita y pon que se montan para tres días/dos noches y a los que uno llega y toma posesión de la plaza tras una rápida inspección del cuarto de baño, el armario, la tele y algunos, no es mi caso, el minibar.

Ya he hablado de esto y no voy a repetirme, pero me pareció una hermosa idea la de acabar con mi cuenta de tuit en esa rara soledad de un hotel porque algo tienen en común.

Los hoteles y los tuiters son como dos abismos ajenos por los que pasa el mundo, la vida, y unos se quedan más y otros se van apresuradamente pero siempre conservan esa vocación, que ya he hecho mía, de provisionalidad, la vocación de efímero, el deseo humilde de pisar sin dejar la huella grosera de tu paso.

La habitación del hotel, como tuit, no es más que un espacio alquilado, temporal, en el que uno puede ser feliz una noche lo mismo que se puede acertar en la diana con un pensamiento de unos pocos caracteres. Pero en los dos casos el secreto está en lo efímero: es la felicidad de una noche en un decorado que tendrá otros protagonistas mañana mismo después de que las señoras de la limpieza hayan borrado eficazmente los resquicios que dejaste, da igual que sean lágrimas, besos o soledades.

Y escribes un tuit que es como una botella de naufrago dirigida a nadie — a todos— y a los cinco segundos, en hora punta, tu sentimiento lleno de gracia, de dolor o de esperanza comprimido todo en esos contados caracteres, se ve aplastado por otras decenas de mensajes de otros que te van hundiendo en las profundidades de la red hasta que ni tú mismo te encuentras.

Los largos pasillos de un hotel, la pantalla brillante de un móvil, da igual.
En los dos laten cientos de corazones reunidos un instante tan solo por una
extraña vocación de efímera soledad.

DESENAMORADOS (1)

Iba hoy a hacer un panfleto contra este día de los enamorados, contra este San Valentín que todo lo viste de corazones rojos y es como un empalagoso azúcar de algodón que nos persigue por los escaparates y se clava al final en la cartera.

Lo iba a hacer pero me he preguntado por qué, con qué derecho. Al margen de lo comercial, en un mundo en el que hay días para todo, no está nada mal que haya uno dedicado a los enamorados, a esos personajes que de pronto descubren el amor y se sorprenden al saber que otra vida es posible y cuentan los segundos que llevan de felicidad compartida y que tienen siempre vocación de infinito y nada parece cotidiano porque el mundo todo es él y todo es ella.

Benditos sean; cualquier edad es buena para que ocurra ese milagro y mantenerlo vivo debería ser el supremo deber de cada uno.

Pero ya puestos, por qué no dedicar también un día a todo lo contrario; no me refiero al odio, claro, sino al desamor, al olvido. Debería instaurarse el día de los desenamorados, el día del que de pronto se despierta solo del lado del vacío y pide sin darse cuenta en la cafetería dos cafés en lugar de uno, que es lo que debería, y el camarero le mira y no dice nada, sabio cómplice de su abandono. El desenamorado escucha sobre todo el silencio del teléfono y abre mil veces el correo y siempre está vacío y se empeña en mil cosas absurdas para que pase el tiempo y se restañen de una vez las cicatrices.

Me pega mucho, lo sé, pedir precisamente un 14 de febrero que también exista un día de los desenamorados, porque, como alguien dijo, el olvido no es más que una herida que se vuelve de espaldas. Y es verdad y habría que celebrar también el abandono.

Pero hasta que el santoral o la UNESCO o quien sea me haga caso y les dedique un día, no maldigamos, por muy comercial que sea, este de hoy que

es el de los que se aman, el de los que han encontrado, da igual dónde o cuándo, el tibio sol de un amor que llena de luz sus vidas casi por sorpresa y da paz y sosiego.

Que los dioses bendigan —y yo lo hago con ellos— a quienes se toman de la mano y se regalan corazones rojos o se mandan flores que se marchitarán mucho antes que su amor compartido.

DOLORCILLO

¿Y cómo acostumbrese a convivir, doctores, con ese dolorcillo que se va haciendo crónico en el alma, que empieza como una punzada puntual por cualquier cosa que creías superada pero se queda ahí, medio escondido en un pliegue de la conciencia y pasa un día y piensas, mañana estaré bien...? Y lo estás, hasta que ese dolorcillo repunta suavemente y toca como con timidez en tus adentros, sin estrépito, sin convulsiones, apenas nada; solo te avisa de que sigue ahí, escondido, sin llamar la atención. Y duele, duele todo el rato.

Pero duele lo suficientemente poco para que no cambien los hábitos de tu vida, para que sigas sonriendo y saludando a los vecinos, gastando bromas y poniendo cara de interés cuando alguien te cuenta algo intrascendente. Sí, todo es normal, pero esa punzada se hace crónica y es como una desazón y no hay radiografía, ni análisis de nada capaz de detectarla.

No sé si es que yo soy raro o más o menos todos hemos vivido esas punzadas interiores, esas pocas líneas negras en el gran libro de la vida que has intentado borrar muchas veces y solo has conseguido desgarrar aún más el trocito del alma donde estaban escritas.

No es verdad que la vida sea necesariamente bella, porque la belleza sin interrupción nos cansaría pronto. Tampoco es tan amarga como dicen algunos.

La vida es lo que es y hay renglones hermosos y otros que no lo son. Incluso hay capítulos que empiezan de una forma luminosa y de pronto se cubren de una niebla tenue, tal vez hasta previsible, pero niebla al final.

Y esa niebla se hace carne de recuerdo y ensombrece una parte de tu memoria sentimental y allí se instala definitivamente para recordarte que tan solo eres un pobre hombre vulnerable, un folio tan lleno de borrones como de páginas más o menos hermosas, una contradicción, un tipo que, llegado a cierta edad, ha aprendido ya a perdonar y a perdonarse incluso lo que hace

tiempo hubiera sido claramente imperdonable. Y es eso, el tiempo de bálsamo y vinagre, el tiempo de restañar las grietas y aprender a convivir con esa punzada crónica que hasta puede que un día sea capaz de hacerte sonreír con paz y con ternura. Sí, a sonreír... aunque siga doliendo, muy poco, apenas nada... pero doliendo.

EL MUNDO

Pese a todo, hijo, este mundo es hermoso y la gente es buena. Ya sé que no va a ser fácil convencerte, que lo que ves cada día en los informativos es mucho peor que lo que aparece en las películas de miedo pero piensa en todo lo que no aparece, piensa en todo lo que no es noticia y que es lo que realmente llena la vida.

Piensa que por cada terrorista armado hay cientos, miles de hombres y mujeres pacíficos que intentan vivir pidiendo y ofreciendo paz. No todo es terrible e injusto.

Pero si te confieso esto, si te aseguro que esta tierra es hermosa y que la gente es buena, no lo hago ni para tranquilizar tu dolor ni para que entierres la rabia que te habita.

No debes conformarte con lo que hay ni levantar los hombros y esperar que otros carguen con la tarea de mejorar el mundo. En eso estamos todos, en eso deberíamos estar todos y no solo cuando la sangre tiñe de rojo unos trenes de cercanías, la redacción de una revista o una sala de fiestas.

Tampoco creas que solo los fanáticos son los culpables. Lo son, claro que lo son, pero tienen cómplices que trafican con su fe engañada, con su pobreza, que les venden las armas, que les prometen paraísos que no existen, que desde despachos impolutos delimitan fronteras entre pueblos expoliados y para mantener el equilibrio de los mercados no dudan en proteger gobiernos que exhiben impudicamente su riqueza mal repartida mientras todos miramos a otro lado.

Pues, a pesar de todo, es necesario convencerse de que este mundo es hermoso, es urgente creer que la inmensa mayoría de los hombres y mujeres que lo habitan solo quieren el pan de cada día y la bendita paz que algunos ni conocen.

Debes creerme, hijo, porque si no fuera así, no te dolería la injusticia y te acomodarías en tu bienestar y abandonarías la rabia que ahora sientes. Si eso pasara, les estarías dando la razón a los que matan y porque no la tienen, llénate de ira ante el horror y únete a los hombres y mujeres que no piden venganza sino justicia.

TELÓN

Tal vez sin motivo, hace ya mucho, escribí una madrugada lo siguiente: «Te lo advertí, te dije: es malo acostumbrarse a ser feliz».

Me imagino que cuando escribía esa autoadvertencia era feliz y en realidad solo quería prevenirme contra la otra cara de la felicidad que no es necesariamente la tristeza, aunque se le parece un poco.

Han pasado muchos años desde entonces, desde aquella madrugada en la que me advertía a mí mismo que no era bueno acostumbrarse a ser feliz; han pasado tantos años desde entonces que ya puedo corroborar lo que en aquel tiempo no era más que una frase supongo que poética y anticipada.

Lo malo del fatalismo de la juventud es que en la juventud resulta muy pedante, pero luego se va haciendo más o menos verdad al paso de los años.

Hoy os puedo decir que no es bueno acostumbrarse a ser feliz porque de pronto un día pintan bastos y se te pone la cara como de acelga y no sabes muy bien qué está pasando pero sabes que algo pasa y sabes que lo que pasa, tal vez, no te gusta demasiado o te ha pillado a traición mirando hacia otro sitio.

No sé cómo explicarlo porque ya te dije que no es exactamente la tristeza sino más bien un algo parecido a la consternación o quizás al asombro. Es... como si tú estuvieras actuando cara al mundo y alguien te cambiara, sin que te dieras cuenta, el decorado.

Tú sigues con tu guion, pero la réplica es otra que nada tiene que ver con tu discurso. Y el público sonrío compasivo y tú miras a la concha del apuntador pidiendo ayuda, pero hace siglos que alguien la quitó del escenario. La situación es un poco ridícula, un poco incomprensible.

Entre cajas alguien te susurra: «Tú lo escribiste: es malo acostumbrarse a ser feliz, así que no vengas ahora haciéndote de nuevas». Y es verdad.

Ya solo queda saludar al respetable y hacer un mutis digno por el foro.

La obra ha terminado.

Da igual que el telón baje despacio o se desplome.

INCERTIDUMBRE

Me gustan cada vez más las historias de amor extremo. Alguien me habló de unos amantes que se escribían cosas tan hermosas que no dejaban apenas sitio para el sosiego. Se escribían por ejemplo: «¿A cuántos amaneceres estoy de ti y cuánto más durará este naufragio?».

Y el otro respondía: «Si algún día ordenara mi cabeza, seguramente encontraría un millón de huecos vacíos, todos en los que me faltas».

Y ella le confesaba la cruda realidad de cada día: «Ahora abro los ojos y solo veo recuerdos manchados por los sueños, recuerdos inútiles como los paréntesis en mitad de un silencio».

Cuando llegó el final de la aventura, uno de los dos, no sé muy bien quién, resumió aquel imposible: «La vida unió nuestros caminos pero nuestras llaves siguen abriendo puertas diferentes».

Recuerdo estos cuentitos de lo que hoy llaman con desprecio «amor romántico» porque me he instalado en ese lugar que, al parecer, era el único que los clásicos ignoraban: la dulce incertidumbre.

De casi nada estoy seguro ya y solo me apasiona la certeza engañosa de los que se aman sin remedio y de los que se duelen del olvido: el ser humano en estado puro. El resto es educación, cultura, buenos modos.

Imposible responder con certidumbre a tantas preguntas ciertas: ¿cuántos amaneceres nos separan? ¿Y quién lo sabe? ¿Cómo llenar ese millón de huecos en los que me faltas? Tampoco lo sé. Como tampoco sé por qué los sueños a veces manchan los recuerdos.

Todo ya tiene un aire incierto, un final que no llega y que ni siquiera se vislumbra. Vivir en esa cuerda floja de la incertidumbre, vivir sin angustia, a la espera tan solo de lo que tenga que ser, es para mí lo más parecido a eso que llamamos paz, a la armonía necesaria entre el desencanto y la esperanza.

CONTRADICCIONES (1)

En ocasiones buceo entre montañas y escalo con cuidado mares altísimos. Busco desesperadamente en todos los rincones de la casa cosas que nunca he tenido o marco números de teléfonos sin dueño.

De vez en cuando grito como una bestia en celo silencios que retumban entre valles que no existen, o me quedo callado y me estremece el atroz sonido de mi propio silencio.

Hay veces que arribo en islas que solo son bruma o visito museos de cenizas. Desescombro desiertos, intento sujetar las olas en las playas clavando escarpas en la espuma, llevo de un lado a otro equipajes vacíos, maletas de nada.

En ocasiones leo y releo cartas de amor que nunca recibí y echo de menos, casi hasta el dolor, historias que nunca sucedieron. De vez en cuando añoro unas caricias que no me pertenecen y me recreo en imágenes que fui incapaz de arrebatarse a nadie, y recuerdo el lugar al que me llevaron tus manos aún antes incluso de saberte.

En ocasiones las luces de mis palacios se apagan con apenas un ademán de olvido y entonces solo hay que saber esperar a que la noche descubra el verdadero camino de regreso.

No, yo nunca he visto muertos, pero empiezan a preocuparme estas contradicciones que vivo como propias. No es fácil controlar todo esto, conjugar —como dije un día— el pretérito imperfecto y un futuro tan condicional, dudoso y nublado.

No sé. Como decía Sabina —para variar—, «solo espero que te acuerdes de mí cuando me olvides».

NEURAS

Lo sé, soy carne de diván; no sé si nací ya para paciente de psiquiatra o es una habilidad que fui adquiriendo a lo largo de los años. Pero aquí estoy, llevando de una mano a mis nietos y de la otra a mis neuras.

Soy el pararrayos de todas las pequeñas desventuras que cuentan los suplementos de salud de los periódicos: en primavera, me ataca la famosa astenia y la vivo con una intensidad casi elegante. Luego llega el verano y el calorazo me aplana como una cuchillada en plena estupidez sentimental.

El otoño se me anuncia porque me tira la cicatriz de la apendicitis y esa lluvia de hojas secas y de colores ocres aterriza en mi alma y voy de aquí para allá y siento cómo me crujen por mis adentros las pisadas. La metáfora tristona que es siempre el otoño se hace carne y habita en mis costados.

Del invierno, ya ni os cuento. La desnudez, el frío, la intemperie. Yo quisiera hibernar como los osos, acostarme con los primeros fríos y que la astenia primaveral me despertara suavemente entre colores nuevos.

Bueno, vale; he exagerado un poco; no creáis que llevo tan mal lo de mis neuras. Me visto como todos se visten, desayuno, como y ceno algo sano para el colesterol que casi todos tienen.

Comparto con medio mundo la hipertensión, los triglicéridos disparados, cuarto y mitad de artritis y como soy población de riesgo, hago cola en la vacuna de la gripe.

Esto resultaría casi orwelliano: somos como robots, seres humanos fabricados en serie a medida de la Organización Mundial de la Salud y sus negocios.

Por eso yo no sería yo sin mis pequeñas neuras de andar por casa que pueden ser parecidas a las de otros —no somos nunca del todo originales—, pero que solo son mías porque yo las vivo a mi manera y no se pueden medir

exactamente como la tensión arterial ni analizarlas como la sangre hasta sus últimas consecuencias.

Solo nos quedan propias nuestras pequeñas neuras —y por Dios, insisto en lo de pequeñas— para hacer de cada ser humano un ejemplar distinto y único. Ser sano sin fronteras no tiene gracia; ser del todo feliz roza la grosería.

CARTA (2)

Querido primer amor:

No te puedo escribir en el tono de esa hermosa canción de Celtas Cortos fechada un 20 de abril del noventa para decirte: «Hola, chica, cómo estás, lo mismo hasta tienes críos...». No, son muchos años, tantos que ya sé que tus críos han tenido críos y ya sé que a los dos, a ti y a mí — parece mentira— nos une esta condición de abuelos que entonces ni siquiera podíamos imaginar.

Entonces. ¿Te acuerdas de entonces? Cuántas veces releendo a Neruda me llega tu imagen: la chica de la boina gris y el corazón en calma. Me imagino que con el paso del tiempo he ido mitificando tu recuerdo, ese acoso, políticamente correcto, al que te sometí durante meses —qué pesado debí ser— y que estalló con éxito una tarde cuando al fin me confesaste en un susurro mientras bailábamos en un guateque algo así como: «Vale, yo también te quiero».

Terminó la música, pero nosotros seguimos cogidos de la mano y volvimos en un taxi y seguíamos cogidos de la mano dentro del taxi y tan solo ese roce, esa unión, aquellos primeros besos, saber que nos teníamos y que mañana me ibas a seguir queriendo y podríamos pasear las calles otra vez, las calles de siempre pero ya cogidos de la mano, pintó la noche mágica con todos los colores del mundo y comprendí sin más, así, de golpe, lo que realmente era la felicidad a manos llenas.

Pero también la felicidad se hace cotidiana y prepotente y aquel «Vale, yo también te quiero», esa frase que cambió mi vida aquella noche, se fue desdibujando. Primero fue el tiempo y luego vino la distancia. Y el mundo que se me ofrecía cada día nuevo y tentador y seguramente mi estúpida vanidad adolescente.

Supongo que sería hermoso encontrarnos ahora, re-conocernos y abrazarnos con esa ternura que solo dan la edad y los recuerdos. Podríamos cogernos de las manos y con la complicidad y el respeto de los que ahora son nuestra gente, podría confesarte una pequeña verdad que siempre ha estado ahí escondida y que ni siquiera pretendo ya que tú compartas: deberías saber que nunca, nunca, he dejado de quererte.

PALABRAS (2)

Hoy no tengo nada que escribir; no me quedan más que los silencios que he ido acumulando en estos años en los que las palabras se compraban al peso en los supermercados.

Y yo he sido un caso patológico, he tenido ese síndrome acaparador que llaman de Diógenes cuando el bueno de Diógenes, feliz en su tonel, carecía de todo y solo atesoraba sabiduría cínica.

Yo he tenido ese síndrome pero solo con las palabras y los silencios. He ido a los mercadillos de cualquier palabra a un euro y he pujado en las salas de subastas por silencios que eran verdaderos tesoros.

Tengo palabras compradas en los saldos y silencios descubiertos en desguaces clandestinos.

Barro mi casa y debajo de la alfombra se acumulan silencios, hay silencios por todos los rincones mientras del techo cuelgan palabras que tejen frases como las arañas tejen trampas y ha habido épocas en las que me he quedado atrapado entre esas redes.

En mi jardín brotan palabras de colores, llueven enormes aguaceros de silencios y hago cometas con letras que se hilvanan para formar palabras.

Yo sé palabras que nadie ha pronunciado, palabras que nacieron con vocación de muertas y que nunca han crecido en ningún diccionario.

Palabras que no existen. Palabras que me invento. Y tengo también silencios clandestinos, grandes silencios que nunca debieron serlo.

Para ti tallo palabras que tienen el tamaño justo de tu boca y esperan tu respuesta.

Por eso también para ti me tuve que inventar silencios, para que tú los llenes de sonidos y me los mandes a vuelta de correo.

Quién sabe si llenando mis silencios con tus sonidos, explota en el aire algo así como un «te quiero».

CINE

La única verdad que se ha dicho sobre la vida es que realmente es una tómbola y cada uno vive su papel como mejor puede.

Yo asistí a la muerte de un viajante.

Volé sobre el nido del cuco.

Soy el pianista que tocaba en medio de una ciudad en ruinas.

El ladrón que robó la bicicleta.

El que nunca voló con un teléfono rojo hacia Moscú.

Al que no invitaron, ni por equivocación, a aquel guateque.

Y luego estás tú, siempre estás tú.

Al final de la escapada, estás tú.

Tú esperando al este del edén.

En el esplendor de la hierba, creces tú.

Sobre el puente del acorazado Potemkin, tú eres quien vigila.

Con bálsamo para los cuatrocientos golpes, siempre llegas tú.

Tú, valiente y sola ante el peligro.

Cuando comienza ese otro idioma sin sonidos, cuando hablan los ojos y las manos recorren la piel en busca de paisajes imposibles, estás tú rodeando los confines del alma y el roce es una música infinita.

Siempre estás tú de guardia, día y noche.

Siempre tú dispuesta a perdonar lo imperdonable.

Tú con tus cosas que no entiendo.

Tú como una patria abierta, sin fronteras ni muros.

Quiero decirte que sigues siendo ese milagro que una vez me tomó de la mano y me dijo «sígueme», y los dos cruzamos la frontera que deja atrás los trucos baratos de la vida para entrar en el mundo de la magia.

FECHAS

Me preguntan —a propósito del cumpleaños de la Constitución— cosas que ignoro por completo: ¿qué hacía aquel 78? ¿Cómo era la televisión? ¿Qué programas triunfaban en la radio? ¡Y yo qué sé!

Han pasado cuarenta años y la única respuesta válida es que mi hijo era un renacuajo al que dormía en las altas madrugadas cantándole el «Perdona a tu pueblo, Señor». El resto es un desierto en blanco salpicado de cosas concretas pero sin calendario donde fijarlas.

Siempre he sido así. Supongo que he ido viviendo a trompicones, dejándome llevar, mirando la carretera pero sin fijarme en los kilómetros. He cruzado autopistas pero no sé cuándo. Me he perdido entre calles de ciudades imposibles, pero no sé en qué fecha. Crucé bosques de mucho miedo y playas serenísimas pero ignoro si entonces era joven o ya empezaba a apuntar esta vejez incierta.

Siempre me han fascinado esas películas de abogados en las que pregunta el juez al sospechoso: «¿Dónde estaba usted el 12 de septiembre del año 91?». Yo solo tendría una respuesta válida: haciendo por la vida, señor juez, pero vaya usted a saber dónde estaba la vida y qué hacía exactamente ella por mí.

Tampoco es algo que me preocupe mucho. Da igual. Al fin y al cabo el tiempo no deja de ser una convención para contar trienios. Lo que importa es lo otro: esas imágenes que permanecen revoloteando en la memoria, punzadas en el corazón, sonrisas que aún nos duran, un revoltijo ingrátido.

¿A qué poner a todo fecha, día, hora? ¿Por qué nos preocupa tanto etiquetar da igual un yogur que la belleza de un relámpago? ¿Por qué adjuntar a un amor o a un olvido una ficha que derrumba el milagro dando nota de todos los detalles accesorios? Es inútil aprender en un libro de autoayuda cómo se da el primer beso, lo mismo que es cruel archivar en un cuaderno gris el vuelo aún por volar de una paloma.

Vivir es un continuo presente; tal vez por eso, cuando he intentado escribir mis memorias, solo me ha salido un breve currículum y, encima, equivocado.

NIETOS

Lo saben en la farmacia y en el bar de abajo. Lo sabe el chino del todo a cien y Marisa, nuestra amiga del pelo blanquísimo. Lo sabe todo el barrio, incluso lo supieron —porque le vieron— los de las mesas electorales del domingo de votaciones: todo el mundo sabe que mi nieto tiene superpoderes, que unas veces se levanta Spiderman y otras Batman. Pero hay días, pocos, es verdad, que le preguntas —más que nada para saber cómo llamarle— y te contesta que no, que hoy va de Andrés Aberasturi.

Bueno, esta es una historia de abuelo, claro, pero pensándola después, me parece fascinante la idea de disfrazarse de uno mismo, la posibilidad de abandonar de vez en cuando esos superpoderes que tantas veces la sociedad nos obliga a fingir que tenemos y ponernos el disfraz de nuestra piel limitada, de nuestra humilde condición de seres humanos vulnerables, de ser durante un rato la mujer imperfecta, la madre que se equivoca, la compañera a la que no le sale poner buena cara y no la pone, la enfermera que no quiere curar, la directora harta de dar órdenes, la economista que renuncia a calcular el coste del carrito de la compra.

Ser nosotros mismos, sin superpoderes, ser el hombre que ha aprendido a llorar sin coartadas, el padre que no entiende —que no quiere entender— que los hijos han crecido demasiado pronto y demasiado rápido, que la mujer con la que comparte la vida nada tiene que ver ya con aquella chiquilla que un día fue y en la que lleva descargando las tres cuartas partes de su propia responsabilidad con esas frases tan socorridas como impresentables: «Eso, lo que diga tu madre», o «Verás cuando tu madre se entere...».

No; hay que disfrazarse de uno mismo y aprender a salir a la calle sin otros poderes que nuestra propia limitación, coger el autobús, entrar en el trabajo y darse cuenta de que los otros ni son el infierno ni son el paraíso; que solo son hombres y mujeres que seguramente también tienen ganas de dejar

de ser superhéroes y disfrazarse de ellos mismos y no competir si no es para ganar una sonrisa, una mirada de complicidad, un «cómo estás» que sea más que un mero trámite, que de verdad te interese si está bien o el día le ha amanecido de costado.

No sé qué le toca hoy a mi nieto, si ser Batman o Spider, pero es genial cuando va disfrazado de Andrés y te da un beso largo de pajarito.

COMETAS

No sé de qué escribir en esta noche tan llena de ruidos y silencios. Sé algunas cosas, pocas, y no doy ya para mucho más.

Pero hoy no sé qué deciros. No se me ocurre nada más hermoso que pronunciar su nombre despacito y dejarlo que vuele libre por los aires de este domingo que se presenta azul y caluroso. Me he impuesto a mí mismo el compromiso de no contagiar a nadie mi presunta tristeza, de no levantar a estas deshoras la copa del vino agrio que a veces es la vida, el cansancio de siglos con el que amanezco algunos días.

Por eso tal vez lo más prudente hoy sería saludaros solamente y dejar que siguiera la música sonando lo mismo que la inútil y servil suicida orquesta del *Titanic*.

Tampoco es para tanto; es verdad que navego en aguas turbulentas y también es verdad que, como decía Neruda, hay días que sucede que uno se cansa de ser hombre, de mantener el tipo y sonreír a la desgracia. Sucede que uno se harta de repetir y repetir aquel título de la Sagan y saludar por la mañana diciendo: «Buenos días, tristeza».

Pero nada de esto le debe importar a nadie más allá de las fronteras de mi viejo corazón y no sería justo contagiaros este desorden que me habita.

Por eso digo que hoy no se me ocurre nada. Nada. A no ser... a no ser que pronunciar su nombre despacito y dejarlo volar igual que una cometa libre y feliz por este cielo color azul domingo.

GRANDE

Todo es grande hoy, demasiado grande y/o demasiado importante. El mundo se derrumba y yo en mi casa donde lo más grande que hay es una foto de los nietos y lo más sorprendente y misterioso la gallina que me ha salido secesionista y se ha hecho fuerte con sus seis pollos bajo un madroño frondoso.

Hoy todo es tan grande que me tienta acercarme a la mesilla de noche para ver todas las pequeñísimas incertidumbres que atesoro, repasar palmo a palmo esta casa que habito y detenerme en lo minúsculo, hacer un recuento de mi vida separando las pequeñas grandes cosas que me han pasado —en la vida de un tipo como yo solo pasan pequeñas grandes cosas— y fijarme en los detalles, en los apenas percibidos detalles, en la mano de mi madre cuando mi madre me llevaba de la mano y en la mano de mi madre cuando fui yo quien la llevaba a ella.

Cada rincón de una casa tiene siempre un historia, cada adorno tiene un porqué y en la piel del alma conservamos pequeñas cicatrices olvidadas de pequeños desengaños lo mismo que tenemos en los ojos chispitas pequeñísimas de momentos en los que fuimos felices por algo que ya no recordamos.

Me gustan las cosas pequeñas porque son ellas las que nos han conformado en lo más íntimo. Una palabra, un gesto de ternura, un beso que dimos o nos dieron y que no fue ni el primero ni el último, pero fue un beso, un beso más que aún guardamos quién sabe en qué lugar exacto, en una arruga del corazón, en el dobladillo del alma, en el charquito pequeño de la memoria en el que hasta la lluvia hace pie.

GOTAS

Qué raro ha sido esto, ¿no? Empezó el otoño con buen pie y de pronto resucitó el sol caliente y grande sin aviso previo durante unos días. Nos cogió descolocados y fue como si al verano se le hubiera quedado una bala en la recámara y la disparó como solo disparaba Clint Eastwood, acertando entre los ojos de un agonizante octubre y un noviembre que nacía con vocación de difuntos tiñendo los crisantemos nocturnales y poniendo color sobre las lápidas.

Quería decirte que tras el disparo de sol y de calor llegó, otra vez como solía, el viejo otoño, el otoño de la balada de Serrat, el otoño de la lluvia tras los cristales, el de la boina gris y el corazón en calma; pero es una estación que, pese a todo, no tiene buena prensa porque desnuda al mundo y tal vez lo entristece. El verano es la piel y la aventura bajo una luz que se hace casi eterna y cuando se acaba parece que ya no existe ningún pasado al que regresar y nos quedamos mudos por dentro, y nuestros silencios son solo notas de una sonata rota.

Ayer un nubarrón negro descargó estrepitosamente sobre mi casa y las ventanas se llenaron de goterones necesarios y huidizos. Recordé a Cortázar y me quedé mirando el ir y venir de aquellas gotas en los cristales. Y fue apasionante, te lo juro, aunque no sea fácil de entender. Era un ballet de agua y cristal; era la vida que se deslizaba de arriba abajo titubeante. Había gotas que caían como heridas de muerte, verticales, con prisa. Otras se paraban de pronto como cansadas o tristes y entonces la última en caer se acercaba a ella y se abrazaban y se hacían una, se fundían en una gota grande que serpenteaba feliz y exploraba caminos nuevos abriendo rutas en aquel cristal que poco a poco se iba empeñando. Había gotas enormes y otras pequeñas, casi huérfanas. Y el viento las empujaba hasta mi casa y las sentí mías y

algunas se quedaban colgadas allí arriba, en fila, como un adorno traslúcido de esa Navidad que ya amenaza.

Uno ya no está para dar consejos, pero si alguien se anima, que se quede un buen rato mirando cómo bailan las benditas gotas de lluvia en los cristales. Después, si quieres, ya habrá tiempo para recordar cómo eras en el último otoño: ya sabes, la boina gris y el corazón en calma.

GESTA

La atleta Hyvon Ngetich cruzó la meta en tercera posición en la maratón de Austin. Muchos metros antes había dejado de ser una corredora para convertirse en una máquina rota que seguía moviéndose sin conciencia, ausente de sí misma, con su hermosa negritud keniana desvencijada por completo, la mirada perdida en ningún sitio, desorientada y exhausta.

Unos metros antes de llegar al final, el cuerpo se rindió y dejó de correr y cubrió el último tramo a gatas, arrastrando estrictamente su felina figura destartalada y dolorida. La seguía alguien con un carro de ruedas y un alma cándida de la Cruz Roja se acercó para ayudarla pero le dijeron que no, que no la tocara o sería descalificada. Hyvon se arrastraba por el asfalto y le salía espuma por la boca. Cuando apenas le quedaban diez metros se paró y apoyo la cabeza contra el suelo. Fueron unos segundos de desconcierto y de silencio.

Levantó entonces un poco su mirada profunda y volvió a gatear hacia la meta entre el clamor de un público entusiasta. Al fin llegó. La levantaron y entonces perdió el conocimiento. Cuando después se repuso pudo decir: «No me acuerdo de los dos últimos kilómetros. ¿La línea de meta? No tenía ni idea dónde estaba». Las imágenes han dado la vuelta al mundo y se pueden ver en internet.

Cuento esta historia tal cual fue porque no comparto la grandeza de la gesta, porque no me emociona el sufrimiento y porque la muchacha ni siquiera era consciente del espectáculo que estaba dando al mundo. Seguía hacia la meta porque estaba programada para eso y en los dos últimos kilómetros la mujer desapareció y el ser humano, perdida la conciencia, se convirtió en una máquina descontrolada que continuaba cubriendo metros. Al final se rompió, y rota, con la dignidad arrastrándose por el asfalto, solo ofreció un triste espectáculo sin siquiera ser consciente de nada.

¿Dónde está la grandeza? Alguien, no sé quién, debió de retirarla mucho antes; por su propio bien y por la escasa dignidad que le va quedando ya al deporte.

PASTILLAS

Investigadores en el Instituto Salk, en Estados Unidos, claro, han logrado reparar corazones dañados en ratones mediante la reactivación de no sé qué moléculas. Esto, para un hipocondríaco como yo, es una gran noticia. Seguramente los investigadores del Instituto Salk no me van a pillar a tiempo. Se empieza reparando ratones y se tardan años en arreglar un poco a los humanos.

Pero lo que me gusta de la noticia es la frase: «Han logrado reparar corazones dañados».

Ay si alguien realmente pudiera reparar alguna vez un corazón dañado, un corazón cansado de latir que diría el Sabina. Ay, si alguien alguna vez supiera reactivar lo que metafóricamente muere en los corazones de cada uno... En eso soy aristotélico y como el maestro creo que es el corazón y no el cerebro el que ocupa el centro rector de los sentimientos, debe ser en el corazón donde recibimos la información sobre el mundo que nos rodea y de donde nacen todas las respuestas a ese universo que se estremece al otro lado de nuestra piel, en la frontera que nos contiene.

Ya sé que no, ya sé que somos química, que el amor y su cruz, el dolor, vienen y van por unos neurotransmisores de nombres difícilísimos y que un chute enviado a tiempo desde el cerebro de dopamina, por ejemplo, o de una anfetamina natural que segrega nuestro propio cuerpo, nos llevan al enamoramiento como en volandas y me imagino que otros neurotransmisores nos inundan a su vez de dolor y desconsuelo cuando nos abandonan. Somos química.

Así están las cosas de forma que no se descarta que, citando otra vez a Sabina, terminen en las farmacias vendiéndonos pastillas para no soñar, píldoras para acelerar el olvido, cápsulas contra el desengaño, vacunas contra el amor no correspondido.

De lo que no estoy muy seguro es de que ese pueda ser un mundo mejor que el que ahora tenemos. El amor tiene precio, un precio que se paga en lágrimas y en risas, en miradas de complicidad y en desengaños, en palabras tan dulces como las uvas y en silencios de vértigo angustioso. Y a mí, al menos, me gusta esa montaña rusa de sensaciones, ese ir y venir que desboca el corazón y lo incendia o lo hiela en un instante.

Si descubrimos todos los remedios, si terminamos por repararlo todo con pastillas, el amor se convertiría en solo un gesto tristemente en desuso. Y no compensa.

CIVILIZACIÓN

Hemos dibujado tantas rayas dividiendo el mundo en continentes, países, pueblos... hemos levantado tantas barreras y tantos muros para que unos no salgan de su gueto y otros no entren en los falsos paraísos, hemos llegado incluso a esa enorme estupidez impúdica de llamar «tercer mundo» al mundo de los pobres para dejar claro que nosotros somos nosotros y el resto ya veremos.

Hemos hecho tantas cosas injustas, inmorales, que al final aquel magnífico pensamiento de un personaje del latino Publio Terencio «Hombre soy; nada humano me es ajeno» se nos ha quedado ahí colgado como un ejemplo a seguir que casi nadie sigue.

Y lo cierto es que aquí andamos todos —nos guste o no— compartiendo este pequeño planeta que podría ser hermoso si no pusiéramos tanto interés en estropearlo cada día.

Ya sabes que no soy especialmente optimista, pero si aún creo en algo es en la inocencia, en esos críos a los que vamos a dejar como herencia un mundo injusto y que nos miran con sus ojos de agua de abajo arriba y nos abruman y nos confunden con sus abrazos, con sus besos, con esa esperanza confiada que depositan en nosotros, los mayores, como si nosotros —hablo de ti y de mí, de ese nosotros que somos mayoría inútil— pudiéramos cambiarles por decreto el hambre por la ilusión, el dolor por la salud, el fusil de verdad —el que mata y que los desalmados ponen en sus manos— por un pupitre en una escuela que nunca podría ser bombardeada.

Llevamos siglos de civilización; hemos hecho cosas increíbles; hemos llegado a la luna, proyectamos viajes a Marte, el espacio y el tiempo ya no tienen secretos pero no hemos sido capaces de ofrecer un futuro a todos los inocentes que habitan esta injusta aldea global.

Ningún dios va a perdonar este crimen y sobre nuestras conciencias debería pesar este desastre. Hoy venimos con un juguete que no es más que una tirita que no cierra la herida. Pero bendita sea esa tirita, bendita la sonrisa que les arranca, la ilusión que les colma y que nos llega a nosotros tan adentro. Si de verdad todos, todos, pusiéramos una simple tirita, igual la herida empezaba a curarse poco a poco y el mundo podría, poco a poco también, aprender a sonreír sin avergonzarse.

CAJÓN (1)

Uno pierde el tren o el avión y es como si el mundo se abriera bajo los pies: todos los planes de un día, citas, compromisos, reuniones, todo, tan perfectamente planificado hasta el detalle, todo se desbarata por cincuenta estúpidos segundos que nos dejan atónitos e incrédulos, absurdos con una maleta en la mano y solos en medio del andén, frente a la puerta de embarque, contemplando cómo se aleja el tren o cómo el avión se eleva por los aires ajeno a nuestro drama.

Y uno pierde la fe, la fe en la gente, en las cosas, en la vida y el proceso resulta tan escasamente llamativo, que ni te das cuenta del asunto hasta que alguna realidad te enfrenta con algún hecho concreto y entonces, tranquilamente, te rascas el cogote como si tal cosa y pronuncias un «¡Ya ves, qué bobada!» y te quedas igual porque, precisamente, lo que has perdido es esa capacidad de asombro, de reacción.

¿Por qué siempre nos preocupa mucho más perder las cosas accesorias y apenas nos damos cuenta cuando estamos a punto de perder —o ya hemos perdido— lo que realmente importa?

Uno pierde las llaves o, sobre todo, el móvil y se lleva un disgusto de muerte y anda como de los nervios y la vida se convierte en un calvario y vuelves loco a todo el mundo preguntando una y otra vez si ha visto el móvil o las llaves y repites tus últimos movimientos y echas cuenta de lo que hiciste en las últimas doce horas y pones patas arriba la casa y terminas abriendo todos los cajones en busca del dichoso móvil o las dichas llaves.

Pero uno pierde la esperanza y apenas si se entera; lo va notando poco a poco, tan lentamente, que ni siquiera supone una tragedia ni de lejos comparable con no encontrar el móvil y/o las llaves.

Y es curioso porque cuando pierdes las llaves, por ejemplo, y en pleno ataque de nervios te da por buscar contrarreloj en los sitios más inverosímiles,

al final es probable que no solo no encuentres las llaves sino que pierdas la tarde entera redescubriendo tu propia historia gracias a los objetos más absurdos y maravillosos que estaban enterrados en los rincones que abres ferozmente rezando a san Antonio.

Abres ese cajón/cementerio —el cajón de los monos que llamo yo— casi con rabia y desde el fondo te mira tiernamente una figurita degollada que dejaste allí con la firme intención de pegarla más tarde. Junto a la figurita hay dos entradas de cine —¿de qué cine?— y un botón de algún traje que ya ni tienes y una aspirina huérfana y una bolsita de azúcar y una tirita y una cremallera y dos encendedores que no funcionan y unas cuantas monedas de diez céntimos y un recorte de periódico que por más vueltas que le das no terminas de entender qué tiene que ver contigo, por qué lo recortaste un día y lo guardaste. Pero sobre todo, en el cajón, siempre suele haber papelitos sueltos, papelitos con direcciones incompletas, con teléfonos garabateados junto a misteriosas iniciales; ¿quién estaba al otro lado de ese número? ¿Qué tremenda, hermosa o triste historia se fraguó alguna vez entre ese alguien y tú, que ya ni la recuerdas?

Pero eras tú el que anotó el número, eras ese tú que ya ni reconoces, ese tú al que le importaba un bledo perder las llaves, los trenes, las agendas porque nada, absolutamente nada, era tan urgente que no pudiera esperar hasta llamar al número misterioso. Entre perder un examen o un amor, no había dudas: se perdía el examen para llegar a tiempo al amor. Cuántas cosas se podían perder cuando la vida solo era una broma de buen gusto sin que pasara nada y qué maravilloso era perderlas.

No sé, yo creo que todo deja de tener sentido cuando ya no se tienen convocatorias de septiembre; cuando suspender una asignatura no es dejarla pendiente sino definitivamente colgada en el armario sucio de un pasado que no volverás a abrir ya nunca, ni siquiera cuando pongas la casa patas arriba porque has perdido las llaves o el dichoso móvil. Ese armario no tiene cerradura, solo espejos y el rostro desenchajado que allí se refleja buscando desesperadamente unas simples llaves o el miserable móvil, la verdad, no es como para extasiarse contemplándolo.

RADIOGRAFÍA

Llegó sin sorprender la primavera, de forma un poco aparatosa, eso es verdad, llegó haciéndose anunciar con un eclipse que es una forma llamativa de llegar. A mí estas cosas raras me ponen de los nervios y en el campo los bichos no saben de qué va ese disparate.

Imagino a mis gallinas preguntándose dónde está el viejo sol, dónde su tibieza y el gallo que duda altivamente si ponerse a cantar o volver al palo de la escoba que es su cama y echar una cabezadita hasta que el universo se aclare de una vez.

Creo que no resulta científico del todo. Incluso creo que hago mal, pero pillé para ver el fenómeno una radiografía, que dicen que eso vale. No sé yo. El caso es que no vi apenas el sol tapado por la luna pero, a cambio, me quedé fascinado de verme el interior: una lámina en negro y allí estampado mi cuello al descubierto, mis pobres cervicales, esas dos esponjitas maltratadas y este entrañable y viejo corazón.

¿Te has dado cuenta de que nadie contempla con ternura una radiografía? Primero es el temor a lo que salga y luego una mirada rara, como ajena; el médico confirma su diagnóstico y te señala un punto que a ti te parece que no te corresponde, que no es tuyo.

Pero ahí estás, despojado de todo, tú sin más, tu verdad interior más allá del desnudo. Tendríamos que hacer un álbum con radiografías, ponerlas en un marco de los chinos y que el cráneo, enmarcado en dorado, presidiera el salón.

Vale. Exagero. Un día me pasó: me pidieron una foto para una revista y les mande una radiografía; no lo entendieron y lo acepto. Pero ¿por qué no un poquito más de calor, una pizca de amor egoísta? Somos nosotros pero del revés. ¿Por qué una tibia no despierta ternuras y por qué se teme más que se ama a ese músculo llamado corazón?

Lo que la piel esconde es un milagro, un invento genial, un equilibrio tan perfecto que solo es comparable a ese inmenso sol al que la humilde luna tapa unos segundos y con eso le basta para poner al mundo del revés.

Da igual. Ya sé que no me entendéis.

MUJER (1)

Hoy quiero dedicarte a ti, mujer, aunque sean unas líneas tan solo en este día azul. Pero no creas que es fácil porque cuando los hombres queremos hablar de vosotras, siempre estamos en la cuerda floja del machismo que se nos puede escapar en un posesivo absurdo, del paternalismo heredado de siglos, de eso tan antipático ya y tan pesado que es lo políticamente correcto.

Me gustaría hablar de ti, mujer, de tu fragilidad que es igual que la mía, y de tu fuerza que en algunas cosas es la más poderosa de la tierra. Me gustaría decirte que es hermoso que existas, que seas como eres, y que todo esto que puedo decir de ti, mujer, me gustaría que lo pudieras tú decir también de mí, hombre, sin que ninguno de los dos mintiéramos ni nos avergonzara mirarnos a los ojos y vernos tan diferentes y a la vez tan idénticos.

Hace un millón de años, escribí en un periódico sobre tantas cosas que se juntan en una sola vida: hablaba de ella y decía que disfrutaba igual comprando antigüedades que en un chino que entonces se llamaban un todo a cien y deducía que por esa ambivalencia había salido indemne y lúcida en tiempos de esplendor y de miseria —que de todo ha tocado vivir— con la elegancia austera de quien sabe que lo importante es ser y lo accesorio estar.

Decía que le gustaba la lectura, el cine y la pintura y que se iba de exposiciones con la misma tranquilidad que se iba de rebajas. Decía que era vulnerable a la ternura igual que a su carencia y aseguraba que jamás la había visto rota frente a la vida, ni siquiera cuando la vida puso tantísimo empeño en mordernos el alma.

Es verdad que muchas veces intentáis resultar del todo insoportables, pero hasta ahora solo habéis conseguido ser imprescindibles.

Y yo creo que estas cosas no las pienso solo yo, pasan con mucha más frecuencia de lo que parece, con mucha más frecuencia de la que lo decimos porque nos da cosa, porque no nos han enseñado; pero si rascas un poco en el

corazón de casi cualquier hombre, enseguida encontrarás ese cóctel tan raro que se llama mujer a base de complicidad, un poquito de miedo, una admiración disimulada, esa necesidad de ser tiernos que queremos ocultar y esa urgencia por saber que sigue ahí, tan libre para acariciarnos como para despedirnos.

En fin, que sigo sin saber si compartir la vida con una mujer es un peligro o es un milagro.

CONFORT

Hace tiempo que manejo una expresión fantástica que nuestra sicóloga desmontaría en un pispás pese a mis protestas. Es lo que ahora se llama la zona de confort y que la Wikipedia define como el conjunto de límites que, sutilmente, una persona acaba por confundir con el marco de su íntima existencia. Hasta ahí la cosa va bien, todos defendemos nuestra intimidad; pero el problema viene después porque dice la Wiki que lo de la zona de confort define muy gráficamente el acomodo de aquellas personas que han renunciado a tomar iniciativas que les permitan gobernar sus vidas y que el *coaching* —esa cosa— resulta muy eficaz para alcanzar nuevos horizontes. Y claro, por ahí ya no.

Ay, la psicología... debería ser como en la Renfe, darte la tarjeta dorada a una determinada edad y entender que llega un momento en el que uno solo pretende devolver sus deseos a la rutina porque el mundo se va haciendo cada vez más grande y más inhóspito o al menos más incómodo y ya solo se trata de asistir como espectador con cierta dignidad, algo de desapego y un poco de elegancia, al espectáculo que, más allá de uno mismo, libra la vida.

Naturalmente, hablo de mí que es lo que mejor conozco y tengo más a mano. Y yo ya no quiero guías ni maestros, no quiero gurús ni predicadores, no quiero que ningún *couchin* de esos me abra nuevos horizontes porque, a estas alturas, bastante tengo con los horizontes que en su momento abrí y aún tengo que cerrar.

Reclamo como un bien protegido mi zona de confort, patrimonio de mi humanidad, que debería empezar por este cuerpo que habito y que me engaña con falsas taquicardias o vértigos de mentira. Y alrededor de mí, los míos y mis cosas, mis liturgias de andar por casa, mi ordenado desorden, los besos de pajarito de mis nietos, la injusticia del mundo, la vergüenza que siento cuando abro la nevera y hay tanta comida, esta contradicción permanente en la que

vivo y que me lleva, como decía Lorca, de la cocina a la alcoba, mi zona de confort. Tengo un palomar que es donde escribo, una cocina grande y un cuarto que no es de estar sino de ser. Más allá están los grillos desordenando la noche y más acá ese gesto mío de cansado del mundo. No me saquéis mucho de aquí; me encuentro bien en mi zona de confort pero no por eso creáis que ya no soy peligroso: igual que a Blas de Otero, me queda la palabra.

OTOÑO (1)

A ver. Habíamos formado parsimoniosamente una palabra con letras de imán en la nevera. Por la tarde el nieto decidió que era necesario despegarlas con urgencia y llevarlas a la cuna de su hermano. Me dijo: «Abuelo, es que las letras se cansan de estar en las palabras y tienen que dormir».

Los nietos de ahora —como los de siempre— pasan de superhéroes a poetas con la misma tranquilidad que la primavera ha dado paso al otoño. Pero la idea de que las letras se cansen de estar en las palabras me parece un hallazgo. Lo dije aquí un día: me gustaría escribir un libro efímero, un libro en el que las palabras se fueran desdibujando con el tiempo hasta que todas sus páginas volvieran a ser blancas para que otro pudiera escribir sobre ellas otra historia efímera mientras la vida continuaba ajena a sus autores. ¿A qué esa vanidad de permanecer en el tiempo, de que tu obra te sobreviva?

Pero no te quería hablar de eso sino de las letras que se cansan de estar en las palabras como las hojas, al final, se cansan de estar presas en los árboles. Mi nieto me ha explicado el secreto del otoño, de este otoño que me ha cogido a contrapié porque la chopera sigue plena como si no supiera que sus hojas están cansadas y solo las últimas moscas se arremolinan junto a las ventanas en busca de un calor de hogar que no pienso compartir con ellas.

No tiene buena prensa el otoño; hasta Juaristi describió en versos fantásticos todo el dolor de esta estación en tránsito:

*Aquí llega el otoño, con su voz de ceniza,
desalentando sueños, cubriendo de hojarasca
las imágenes rotas que el corazón conoce.
Ante mi casa lloran las cañas azotadas
por el viento nocturno, y asciende hasta mi cuarto
el olor inquietante de la tierra mojada (...)*

Pero no tienes razón, Jon Juaristi, maestro. El viejo otoño es sobre todo una forma de ser más que de estar, una filosofía, un paisaje íntimo más allá de chopos y hojarascas; un paisaje íntimo que se descuelga de pronto vertical por el alma cuando el corazón necesita un poquito de gris, porque se cansa ya de tanta luz como se cansan las letras de estar prisioneras en las palabras.

CARTA (3)

Queridos Reyes Magos:

Hace unos años, demasiados tal vez, cuando yo les escribía a ustedes con absoluta fe, comenzaba mis cartas con una fórmula que a mí me parecía entonces muy fina y de lo más elegante; les decía que esperaba «que al pasar por esta, su casa...».

Después de lo de «su casa» recuerdo que ponderaba, sin excesos y con una humildad algo cobarde, mi comportamiento de aquel año; les contaba que había estudiado, que me había portado en general bien y que, por supuesto, el año que viene sería todo mucho mejor.

Pero, majestades, ya no tenemos edad, ni ustedes ni yo, para andarnos con milongas: este año he sido un desastre. Sí, ya sé que no me he enfadado con nadie, ni he montado ningún pollo, pero en eso no hay mérito. Es que esas cosas no me salen. Y como sus majestades lo ven todo, ¿para qué negarles que juro en arameo por los adentros, aunque no se me ocurra levantar la voz a nada ni a nadie? Me parece tan cansado y tan tonto eso de enfadarse, que ser más o menos buena gente, en mi caso, no tiene ningún mérito.

De lo que estoy orgulloso es de mis mentiras. He dicho tantas que por ahí sí que espero algún detalle por su parte. Me refiero a esa colección de mentiras que hay que decir para no herir a nadie, para aumentar un poco su autoestima, para evitar esa tremenda grosería tan de moda ahora que es «ser muy sincero». Odio la sinceridad, lo reconozco. Prefiero mil veces sonreír a decir la verdad y hacer daño. Por preferir, me encanta que me engañen y me digan que soy magnífico, que lo hago muy bien, que les gusta lo que escribo. Ya sé que no es verdad del todo ¿pero qué importa? Es tan bonito oírlo.

Comprendo que parezco demasiado pasota, y no es así, lo juro. Lo intentaba explicar el otro día: nací para corredor de fondo pero nada más empezar la carrera me dio el flato. ¿Y qué iba a hacer? Pues lo que hice, salir del pelotón y animar desde el arcén a los que aún sueñan con el triunfo. Eso no es pasotismo, Majestades, es algo tan grosero como el flato, pero es que desde el arcén la vida se ve de otra manera. Les aseguro que me gustan mucho los que ganan y les aplaudo sin rencor ni envidia, aunque, para terminar de ser sinceros, me siento mucho más cercano de los que pierden.

PRIMAVERA (1)

Comprendo que los científicos tienen razón, pero a ver quién les explica a los gorriones, quién le hace comprender a mi gallo, quién convence al magnolio de que desde ayer a las doce horas cincuenta y un minutos estamos en verano.

Se nos acabó la primavera como de golpe, apenas advertida y eso que, como casi todas las primaveras, esta también venía tan llena de mañanas, tan abarrotada de promesas, de misterios, de luz y de imposibles. Y no me refiero a las grandes noticias que abren los informativos.

Hablo de ti y de mí, de nosotros en minúscula, de esas historias que se van entretejiendo humildemente a pie de calle y que al final son las que de verdad sostienen aún el mundo.

Hemos perdido esta primavera como Neruda se lamentaba de haber perdido algún crepúsculo. Nada cambió realmente ayer entre las doce cincuenta y las doce cincuenta y tres, pero todos tenemos una primavera menos que contar en nuestra vida o una primavera más para apuntarla en el extraño jardín de los recuerdos.

Claro que todo esto no es más que literatura al por mayor, metáforas de saldo. La primavera está sobrevalorada igual que el fin de año. Es en verano donde surgen los amores imposibles, las despedidas tristes de septiembre para que cada noche haya que tirar de recuerdos a falta de regazos. Y es en octubre cuando de verdad empieza el año, cuando se abren los cuadernos en blanco, esos cuadernos donde escribir la vida entre borrones y tachaduras.

Y poco más. Te dejo, a ver si convengo al gallo, a los gorriones y al magnolio de que ya no es primavera, de que ha empezado el verano y hace un calor amenazante sobre el que vuelan ya las moscas, pertinaces, resabiadas e inútiles.

RECUERDOS (1)

Solo nos queda ya la inevitable Nochevieja con todas sus liturgias y esperar a que los Reyes Magos nos visiten cargados de regalos y misterios. El resto ya ha pasado.

Los villancicos que aún suenan en algunas esquinas no son sino reliquias envejecidas en solo veinticuatro horas. Y encima con esa carga de discutible optimismo: «La Nochebuena ha venido, la Nochebuena se va y nosotros nos iremos y no volveremos más». Y, hombre, tampoco es eso, la verdad. Siempre hay una abuela o un tío, alguien que en plena Nochebuena suelta el augurio trágico mientras devora un langostino: «Esta va a ser mi última Navidad». Y a coro, el resto de la familia le recuerda entre risas que eso mismo lo lleva diciendo desde hace diez años.

Y el abuelo sonríe porque seguramente lo dice para que le digan justo eso, que aún le queda mucho, que lo lleva diciendo ni se sabe cuántos años y que allí sigue dándole a la ternera y a la ternura por partes iguales. Es lo que necesita oír, lo que le da fuerzas y le inyecta vida. Tuvo un bajón cuando la silla de la abuela se quedó vacía de pronto, sin avisar; pero todos tenían guardados en la hondura del amor puñados de palabras para hacerle reír porque la risa del abuelo era una cosa que todos se tomaban muy en serio.

Esto es muy raro. Porque uno habla de los recuerdos, del pasado, de la dulzura de la abuela y de la bondad inocente del abuelo sin darse cuenta de que uno ya ha dejado de ser el narrador de esas historias antiguas para convertirse en el protagonista, en el personaje que ocupa la cabecera en esa mesa navideña que reúne a todas las edades, que preside la reunión familiar sencillamente porque es el más viejo.

No pasa nada, pero a partir del próximo año, la Nochebuena en casa será tipo «sírvasse usted mismo», cada cual a su aire y que presida la reunión, si quiere, un angelote bueno del *Cortinglés*, sin sexo y sin edad.

CARNAVAL

Se vende estos días, con gran éxito, una especie de cosa que contiene en una sola pieza unas gafas de mentira exageradas, una nariz descomunal y un bigote falso.

Bueno, confieso que a mí siempre me ha venido pequeña la enorme nariz de semejante máscara y eso, quieras que no, acompleja. Quizás sea esa la razón, pero no soy yo mucho de disfraces, no termino de entender el carnaval, los carnavales y por más que escriban sobre la importancia de subvertir el orden en estos días, de dejar salir al verdadero yo que llevamos oculto y demás zarandajas, a mí la cosa no me llama la atención.

Será que mi yo oculto es aún más muermo que el que paseo todos los días o quizás es que yo carezca incluso de otro yo, pero no me veo vestido de mujer, de cura párroco o de Pierrot con lágrima incluida. Ni tan siquiera de Pierrot (la lágrima no la tengo que pintar, me sale sola).

No estoy muy seguro de que la vida, al final, sea un libreto absurdo escrito por un loco. No; todo debe tener sentido y es posible que haya niños que al nacer la comadrona exclame alborozada a la madre: ya está, ha tenido usted un ministro de Asuntos Exteriores o un payaso o una *prima donna* o un pendón o un pobre hombre.

Luego, claro, viene la vida haciendo esos zigzags que nos despistan y el que había nacido para ministro de Exteriores termina de payaso, el payaso de director ejecutivo, la *prima donna* toma los hábitos muy joven y el que iba para pendón escribe un documentado trabajo sobre la objetividad y la subjetividad en la dialéctica de Hegel. Nunca se sabe, aunque los que nacemos para pobres hombres sin más, en general cumplimos las expectativas.

O sea que no; no se trata de que uno se ponga máscaras tristes con lágrimas plateadas o caretas con nariz y bigote de mentira. Es la vida, ese

puzle tan raro, la vida que se pone chungueta o seria o te hace muecas de mucha risa o camina a tu lado sin más, tristemente indiferente. Pero es ella, la vida y no nosotros, la que pone gritos o susurros en el alma, lágrimas en las mejillas o caricias tenues en el corazón, ese músculo tan necesitado siempre de bálsamo y dulzuras. Es la vida la que nos disfraza y nosotros, pobres, los que nos creemos el personaje que nos ha tocado.

LAMPEDUSA

Después del drama atroz de Lampedusa, cada vez con mayor fuerza me siento uno más en esa gráfica terrible de gentes hacinadas en una barcaza frente a una costa, uno más en esa caravana humillada y humillante que atraviesa los paisajes y cruza los mares en busca de un paraíso que no existe.

Ahora han sido subsaharianos lo mismo que hace unos años se llamaban hutus o tutsis huyendo de la atrocidad, somalíes huyendo de la sequía, desconocidos pueblos indígenas expulsados por las grandes multinacionales, campesinos de Chiapas, niños de Colombia o de Brasil jugándose la vida y perdiendo el juego tantas veces.

Según avanzamos en la civilización y en la moneda única, yo me siento más y más desplazado dentro de mi propia sociedad que ya no sabe si las imágenes del drama de Lampedusa son un documental manipulado o el anuncio de un próximo *reality* de mucho éxito.

La alcaldesa de esa isla que es ya más un cementerio de vivos y de muertos sin nombre, se quejaba a los que mandan en la Unión Europea. Pero no son solo ellos: somos todos los que contemplamos el mar lleno de muertos mientras seguimos con nuestra vida como si nada. Yo me siento cada vez más desplazado, pero también me siento cada vez más responsable de esas vidas perdidas. ¿Cuántos de los que tanto hablamos y escribimos —y me incluyo— nos hemos echado a la calle para gritar que esto no puede ser así, que hay que hacer algo, que el cadáver de un niño ahogado es un crimen de todos contra la humanidad?

Ya sé que puedo justificarme ante mí mismo. Ya sé que el hecho de decir lo que ahora digo podría parecer suficiente para anestesiar mi mala conciencia. Pero también sé —y ese empieza a ser mi drama— que ya no me creo que juntar cuatro palabritas sea suficiente. Puedo justificarme, pero no voy a ser tan hipócrita como para, además, creerme. Ya no.

MUERTOS

*H*alloween, esa importación reciente, está desplazando lo que venía siendo el viejo y tradicional día de difuntos. Se trata de banalizar el miedo, ese miedo que sentimos todos a algo tan serio y tan absurdo como la muerte.

Se trata de sustituir las amargas caravanas del luto en aquella España tan siempre de negro riguroso por una calabaza hueca y un disfraz de todo a cien. Y entre la tentación casi morbosa de convertir la muerte en una forma de vida, algo tan español, y la bobada del truco o trato, hay un punto intermedio que lo acabamos de vivir, contagiados por el dolor, en el pozo de una mina leonesa.

La muerte de un minero, de dos, de seis, es algo que nos conmueve a todos, que nos rompe por dentro. Hay una épica desgarrada y desgarradora en todas estas tragedias de las minas que se repiten, siempre distintas pero siempre iguales, en nuestra memoria sentimental.

Porque las imágenes que nos llegan son siempre en blanco y negro: el negro del carbón y el fondo blanco en la mirada dura y abatida de esos hombres que viven bajo tierra y que suben los cuerpos de sus compañeros muertos después de que el grisú sembrara de silencio eterno la negra galería.

La España de mi infancia estaba llena de muertos, siempre los muertos, injustamente muertos, vilmente asesinados, gloriosamente caídos, ejecutados en juicios de vergüenza; muertos en las entrañas de la tierra, el carbón allí bajo o el hambre en el valle, pescadores del alba que una mar arbolada arrebató de pronto sin aviso. Viudas del mar y de la mina, madres de mineros y pescadores.

Ninguna calabaza disfrazada podrá nunca borrar esta historia de lutos y respeto —tal vez también de injusticia— que la mar y la mina se empeñan en escribir, machaconamente, en nuestra historia.

NIÑAS (1)

Juro que cada semana rebusco en este entramado abrumador llamado mundo una noticia hermosa y optimista para dejarla aquí, para que vuele sobre todos nosotros y nos llene el corazón con una brizna de paz.

Y hay cosas hermosas y optimistas, muchas. Pero de pronto llega el olor del vertedero y me resulta inmoral mirar hacia otro lado cuando alguien en el nombre sagrado de Alá que estos facinerosos denigran, cobijando su bajeza en una religión hermosa, secuestra a casi trescientas niñas para venderlas después a doce dólares la pieza.

Y son niñas, solo son niñas condenadas ya desde el inicio por haber nacido mujeres en un país como Nigeria y asistir a un colegio. No es la primera vez que pasa ni será la última. Las violan o las matan o en el mejor de los casos las venden —ya digo, a doce dólares la pieza— para casarlas a la fuerza con nueve o diez o doce años. Esposas sin derechos, esclavas en países que comparten creencias con otros con los que negociamos y a los que Occidente condena con la mano derecha mientras les venden armas con la izquierda.

Son muchachas en flor a las que se les ha negado el tiempo de la niñez, son niñas a las que les han arrancado brutalmente la inocencia y muchas veces la vida.

Las pocas que logran escapar vagan sin rumbo, camino de ninguna parte, repudiadas por sus familias, perseguidas, aterradas.

No puede ser que estas cosas solo provoquen airadas condenas de palabras y negocios fabulosos.

Diálogo de civilizaciones, ¿qué broma es esta? Yo no tengo nada que dialogar con gente así ni con quien les protege, justifica o comparte desde hoteles de siete estrellas contruidos por esclavos sin derechos.

En un par de días, las casi trescientas niñas robadas por estas bandas de extremistas islámicos dejarán de ser noticia y las habremos olvidado. Pero ellas, las que sobrevivan, seguirán, para vergüenza nuestra, siendo mercancía humana a la venta en un mercado que debía ser imposible en este siglo XXI.

SHERPAS

Lo habrás leído estos días; la noticia no ocupaba un lugar destacado ni abrió ningún informativo de televisión, pero han muerto trece sherpas bajo un alud en el inmenso y sagrado Everest.

Los sherpas son un poco el reflejo de este mundo raro en el que vivimos porque puedo decir el número de muertos bajo la nieve pero no sus nombres, porque solo han sido noticia precisamente por ser trece —demasiados— y no por ser sherpas. Ya sé que los montañeros de verdad respetan y valoran a estos hombres necesarios; pero para nosotros, los ajenos, un sherpa es tan solo un porteador, un tipo raro que corona el Everest sin pena ni gloria a cambio de un salario que en el Nepal puede ser mucho pero que para las expediciones occidentales es casi calderilla: unos cinco mil dólares al año, alrededor de tres mil seiscientos euros. A cambio abren las rutas, preparan los caminos, suben y bajan la cumbre más alta no sé cuántas veces y muy de tarde en tarde salen en la foto junto a los héroes.

Los sherpas son como los negros que acompañan a los blancos ricos en los safaris, los encargados del trabajo duro, los porteadores, los que conocen las huellas y traducen los sonidos de las selvas y protegen al occidental y pagan incluso con su vida.

Que esto sea así y lo aceptemos no quiere decir que sea justo. Pero tampoco voy a juzgar. Solo digo que después de leer la noticia en un rincón de los periódicos, se me ha puesto mal el alma y sería muy fácil hacer la traslación de este desequilibrio tan lejano y acercarlo a nuestro mundo.

A nuestro mundo he dicho, como si de verdad fuera cierta esa triste mentira que hemos asumido, la del primer, el tercer mundo... Y no.

Aquí no hay más cera que la que arde ni más injusticia que la que estemos dispuestos a tolerar. Y mientras la noticia de la muerte de trece sherpas lo sea

por el número y no por trece vidas perdidas en un alud del Everest, parece que estamos dispuestos a tolerar demasiado.

PADRES

Me da igual que sea puro *marketing*. Me da igual el frasco de colonia, la *tablet* o sencillamente nada. Me gusta lo del día del padre. Basta con que desde todos lados me recuerden mi condición de hijo, mi vocación de padre y a estas alturas ya esa armonía de afectos que es ser abuelo.

Porque yo creo que nunca hemos tenido claro nuestro papel los padres. Desde el pobre san José, que menuda papeleta la suya, hasta esta misma mañana, o nos subían al lejanísimo y nada deseable respeto del usted temeroso o no éramos más que un paréntesis necesario —pero paréntesis— en ese idilio de por vida de la madre y sus hijos.

Tengo la impresión de que siempre hemos sido como los invitados a la fiesta, los obligados a representar un guion que casi nunca nos gustaba porque todo estaba escrito según los dictados de la época y se nos ha prohibido demasiado la ternura o se nos ha subido a un pedestal absurdo en el que no queríamos estar.

Por eso hoy me vas a dejar que rinda desde aquí un pequeño homenaje a un hombre insignificante de puro bueno al que nunca le dije en vida, tal vez porque los dos éramos hombres, toda la admiración que por él sentía:

*... y mi padre releendo el periódico
con sus ojos de agua y sus humildes ritos,
sus idas y venidas por la casa
pisando levemente,
como si no existiera
y llenándolo todo,
con aquella negación de su existencia,
con aquella vocación
de pasar apenas percibido
que le hacía del todo indispensable
mientras mi madre
se enfrentaba a la vida,
cubriendo de raíces cuanto la rodeaba.*

Que me perdonen todos esta impúdica confesión, pero hay días que uno quiere escuchar simplemente eso, que te digan que te quieren, así, sin más, aunque sea porque el *Cortinglés* te lo recuerda a cada rato.

22.44

Será a las 22.44 de hoy domingo. Una hora que suena a parada de viejo ferrocarril en una estación sin nombre camino a ninguna parte.

Será a las 22.44 de hoy domingo, una hora que suena a certificado de defunción redactado por un médico escrupuloso.

Pero es lo que tienen los astrónomos: son exactos y pulcros, precisos en sus cálculos al margen de cualquier tentación más o menos romántica.

Será a las 22.44, ni siquiera a las once menos cuarto de esta noche. Me he citado a esa hora con un colega eterno en un jardín cualquiera; que nadie piense mal: a esa hora se levanta el otoño de este año tan confuso y tan torpe.

Pero aún no sé siquiera si acudiré a la cita. Si yo fuera alameda, temblaría solo de pensarlo y sé de buena tinta que las acacias urbanas intentan cada año firmar con el otoño un acuerdo de mínimos para evitar el desahucio anunciado de sus hojas. Pero no soy acacia ni alameda y definitivamente no sé qué escribir sobre el otoño, salvo anunciar su hora de llegada.

Y es que cualquier explicación sonaría inevitablemente a resignada biografía porque yo soy ya el otoño hecho carne, el otoño hecho hombre y cada mañana, al levantarme, suena el crujido de mi cuerpo como suenan las hojas secas de un jardín cuando se pisan.

Esto no es triste: es el dulce crujido de la vida, de una vida vivida a hermosos tropicónes y que ahora, ya de vuelta, gira suavemente como un derviche loco alrededor de un otoño perenne sin tregua y amarillo.

CAJÓN (2)

Creo que algo he escrito sobre el cajón de los monos. Es, imagino, una expresión familiar con la que llamamos a ese cajón que suele haber en casi todas las casas y al que van a parar las cosas más inverosímiles del pequeño mundo cotidiano.

En el cajón de los monos hay enchufes cojos, bolis que ya ni pintan, cajas de cerillas, monedas de aquellas de dos reales con su agujerito en el centro, recibos descoloridos de compras viejas, unas asas de vaya usted a saber qué, tornillos sin vocación, incienso, dos cremalleras, papelitos con números de teléfonos que ya no existen, perdidos imperdibles, la patilla huérfana de unas gafas de sol, botones de varias clases, un lazo de raso verde, dos mecheros agotados...

Podría seguir minutos y minutos detallando la íntima cotidianidad de las mil cosas que se van guardando en el cajón de los monos. Pero ¿por qué se guardan? ¿Por qué ese contenedor desaliñado de tantas cosas menudas? Porque el cajón de los monos es un cementerio de buenas intenciones.

En el cajón de los monos viven los sin hogar del hogar, todo eso que de pronto se vuelve inútil pero que da pena tirar y como es menudo y humilde no estorba y lo dejas allí hasta que se te ocurra algo. Hay un sobrecito-costurero que te llevaste de un hotel, un misterioso cable gris, un folio primorosamente doblado con unas iniciales desdibujadas por el tiempo, el recorte apresurado de una receta de cocina, una caja vacía de chinchetas y papel celo que ya no encela y un cabo de vela y un chupete del nieto que estuvimos buscando horas y horas haces meses y meses.

En el cajón de los monos duerme la intrahistoria de la casa y lo que hay allí, por algo estará, alguna razón hubo en algún momento para salvar de la basura efímera aquel objeto y guardarlo en ese museo del recuerdo inútil.

¿Sabes? Muchas veces he pensado vaciarlo entero y sin mirar y hacer punto y aparte. Nunca he podido. El boli que ya no pinta es de un hotel en una noche de insomnio y con él escribí algo que me salió del alma. Y así todo. Alguna vez lo vaciaré sin más pero hoy todo eso me ata a mi pasado, me justifica con minúsculas y cuando abro el cajón de los monos, allí descansa en paz la parte menuda de mi vida vulgar, o sea, la parte que realmente más me importa.

DEDAL

Ya que estamos donde estamos, te voy a confesar que una reflexión de Teresa de Ávila ha sido fundamental en mi vida. Alguna vez dijo la Santa — con otras palabras, claro— que una tinaja enorme llena de agua estaba igual de realizada, de plena, de colmada que un pequeño dedal también lleno de agua.

Y esto, que para muchos puede parecer casi intrascendente, de alguna manera a mí me cambió la vida, la forma de entender la vida y seguramente de vivirla con una paz que hasta entonces no había encontrado.

Nos empeñamos en ser tinajas que en la mayoría de los casos no somos y el secreto está en reconocerte dedal y alegrarte de esa pequeñez que al final te engrandece. Recuerdo aún un verso que escribí de adolescente: a mí que me den pan, los buenos días y un pedazo de azul para morirme un poco.

Dejando aparte la cosa de la muerte —ya sabes cómo soy—, tenía razón aquel Aberasturi quinceañero, mucha más razón que el que vino después y que fue dando tumbos por la vida con una estúpida vocación de tinaja, de contener más y más agua porque creía que así iba a ser más y más feliz. Aquel Aberasturi, al que ahora desprecio de forma cariñosa y comprensiva, nunca llegó a rebosar, no hubo gota que colmara el contenido de la tinaja, ni siquiera llegó a estar nunca llena del todo.

De pronto un golpe seco de esos que da la vida alguna vez, un directo a la mandíbula sentimental del mismo corazón, le hizo comprender que basta con un poco de pan, los buenos días y un pedazo de azul para seguir en esto de la vida. Que el secreto de lo más parecido a la felicidad está en las cosas mínimas, en esas pequeñas cosas que cuando quieres ser tinaja, ni siquiera te das cuenta de que existen.

Hay veces que conquistar una sonrisa cuesta medio mundo y aunque parezca mentira, conseguir una lágrima, puede llegar a costar el otro medio.

Sentir el roce de una mano, cruzar una mirada, abrazarse en la noche cuando hace miedo... eso es la paz; y la paz debería ser el oficio de los hombres. Paz, tres letritas de nada que se perderían en una tinaja pero que llenan más que de sobra un humilde dedal.

ASTENIA (1)

Una de dos: o el fin del mundo está a punto de caramelo, o esto que yo tengo es astenia primaveral en estado puro. Me inclino más por lo segundo, pero no es normal este cansarse de estar cansado, este pasearse el alma por el cuerpo, un cuerpo que ya va siendo cada vez más alma, que mengua como los días del solsticio, al que le parece cada mañana que el suelo de la habitación es una playa en bajamar porque cada vez los calcetines están más abajo, más lejos.

Es esta contradicción entre el florecer de la vida, ese aturdimiento de pájaros y flores, frente a unos huesos que de milagro me sostienen erguido aún frente al mundo.

Es en estas épocas cuando se notan más los síntomas. Cuando uno empieza a tener más contradicciones que principios, más preguntas que respuestas, mucho más pasado que futuro; cuando puestas en la balanza las ilusiones y los recuerdos, el platillo de los recuerdos pesa demasiado y el fiel es infiel y todo es como si se desequilibrara de pronto de un zarpazo certero que vemos tan natural en los demás y tan raro en nosotros.

Pero descartado, al menos de momento, el fin del mundo; tiene que ser la astenia, esa pájara que a estas alturas ya ni altera la sangre ni acelera los pulsos. Es la astenia que emigrará cuando el verano se ponga insoportable y se anuncie el otoño, tan impúdico, desnudando hasta el fondo la verdad de cada uno.

Pero hoy dejadme que acaricie esta astenia primaveral tan mía, tan personal e intransferible que me convierte en una *baguette* de esas de gasolinera, curruscante y caliente pero que o te la comes ya o se engomina en diez minutos.

Lo sé, tengo conciencia de que soy un hombre-*baguette*, un tipo curruscante al que le cruje casi todo nada más despertarse; pero también sé

que ese crujido es la banda sonora de una vida vivida en armonía con pasión y alborozo. No quiero pastillas que silencien mis huesos. Dejadme que escuche esa dulce música y que siga sonando, digna y acompasada, como la orquesta del *Titanic*.

MI YO

Generalizar es algo que me tengo prohibido desde hace mucho tiempo, así que cuanto pueda decir solo me afecta a mí. Y lo que puedo decir hoy es que llevo una semana enfermo —nada serio pero sí cansado— y que la enfermedad me hace transitar por un eterno estado de crepúsculo en el que ni termina de caer la noche negra ni se alarga la tarde luminosa.

Mi yo enfermo es un bulto contradictorio que se ama y se odia al mismo tiempo, que se harta de mi pasividad y a la vez la reclama, que es hosco pero infinitamente vulnerable, que necesita de la soledad tan solo para echar de menos las caricias.

Mi yo enfermo es un bulto al que detesto y cuido parsimoniosamente; soy carne de farmacia y si pusiera en fila india todo cuanto tomo, me daría cuenta de la gloria de la química y de la miseria de este cuerpo que necesita cada vez más muletas en forma de comprimidos para seguir trampeando con la vida. He llegado a ese momento en el que ya entro a las farmacias como quien entra al súper preguntando directamente por las ofertas.

Pero también es cierto que a mi yo enfermo le sobra tiempo para reflexionar y caer en la cuenta de que casi nada es demasiado definitivo ni tan siquiera duradero en este sorprendente ajeteo que es la vida. Lo que ayer parecía imprescindible hoy solo es un oscuro rincón de olvido, lo que antes parecía urgente empieza incluso a resultar molesto y donde se acumulaban las palabras hoy es un pequeño desierto de silencios.

Tampoco me hagáis demasiado caso. Esta confesión de hoy la firmamos a medias mi yo enfermo, que deambula por la casa de la memoria y mi otro yo, el de siempre. Aunque no sé cuál de los dos tiene más peligro.

ÚLTIMO

Quiero decirles que al final llegó el final. Ahora es el turno del sol en los tejados del alma, de las nubes que se convierten en sombrillas y de las despedidas que se susurran en voz baja.

Decía el gran Ramón que las gaviotas nacieron de los pañuelos que dicen adiós en los puertos. Pero a mí no me gustan nada las gaviotas y aquí en Guadalajara hemos cambiado puertos por alcarrias.

No sé; a estas alturas no tendrían por qué dolerme esos silencios tan llenos de vacío que se quedan flotando tras cada despedida.

Uno aprende a decir adiós, a resignarse sin perder la compostura cuando el tópico último tren pasa por delante de tu puerta y ni siquiera se detiene.

Uno aprende que el último amor es justo eso: el último y tiene fecha de caducidad, como el primero, y que cuando se acaban, nada es ya igual que antes.

Uno sabe que ha escrito el último verso de su vida porque todo cuanto aún podrías escribir sería ya una pequeña estafa, más de lo mismo dicho de otra forma y tal vez te arrepientes de haber malgastado tantos adjetivos, de haber desperdiciado tantas palabras, pero es que la vida, la muy perra, ni te avisa de que estás escribiendo el último verso o te estás incendiando en el último amor. O sí, igual te avisa, pero prefieres no enterarte.

¿Veis? Por estas cosas que digo me llaman pesimista, exagerado y me aseguran que nunca se sabe si el final es el final.

Pero sí se sabe. Te das cuenta de que en los cuadernos de escribir la vida casi todo está en blanco, apenas hay renglones; igual que te das cuenta de cómo crecen las ausencias y se agrandan las distancias.

Es el final anunciado de un tiempo de cerezas y, pese a todo, aún te sorprende la soledad que amanece prendida del silencio cada día. Cuando entonces, todo estaba tan lleno de risas y de versos, de palabras encriptadas

como estrellas fugaces que se perdían de pronto tras unos segundos de esplendor. Tan solo unos segundos.

VOLVER (1)

Vuelvo a empezar, vuelvo con la frente tan marchita como siempre sin que las nieves del tiempo —en este sofocante verano— me hayan hecho mucho más viejo aún de lo que soy, aunque hay años raros, incluso meses, en los que te cae el viejazo como de golpe, cualquiera sabe por qué. O tal vez sí lo sabes o te lo imaginas. Da igual.

Al final siempre se acaba volviendo porque seguramente uno nunca se va del todo. Pero los regresos son siempre distintos. Se vuelve y te das cuenta de que las calles que caminas son las mismas pero tus pasos suenan diferentes.

Se vuelve pero las palabras que dejaste colgadas de las farolas, enredadas entre las acacias, en las esquinas oscuras de los aparcamientos lejanos, ya no suenan igual, han perdido su razón de ser, su sentido y se han convertido en sonidos absurdos que forman parte del paisaje de siempre pero esta vez sin figura.

Se vuelve, claro, siempre se vuelve, pero se vuelve con un recuerdo de menos, con un olvido de más.

Siempre volvemos, obstinadamente, como los asesinos dicen que vuelven siempre al lugar del crimen. Pero ¿quiénes son nuestras víctimas? Tan solo los recuerdos que se quemaron en los incendios interiores, un par de nombres quizás, algún paisaje que nunca será igual al que dejamos, alguien que amamos una vez y que a la vuelta nos habla de una forma tan correcta, tan convencional que da tristeza el educado abismo que nos separa.

Vaciamos las maletas que ya estaban vacías y las dejamos abiertas y dispuestas para un futuro incierto en el que casi todo es posible salvo un par de cosas que nos hemos prohibido para evitar nubarrones de tristezas.

Tatuada en los tejados toma ya la ciudad su luz anaranjada y el otoño se anuncia en forma de canción lenta y nostálgica.

Hoy toca volver, comenzar de nuevo, con un recuerdo de menos, con un olvido de más. Es lo que hay. Así es la vida y no está del todo mal.

HOY

Mirad, aunque a veces resulte complicado y hasta es posible que parezca que os maldigo con mi desdibujado pesimismo, no me culpéis del todo. Más que maldecir es que las palabras me salen desordenadas de la boca, me salen así, mal dichas y parecen una cosa pero tienen vocación de otra.

Solo intento explicaros, hoy por ejemplo, que hay ciudades que arden en el mundo, que hay negros aguaceros que harán estallar ventanas, que varias guerras galopan a lejos y si me apuráis y me pedís algo personal, algo más íntimo, os diré que también hay alfombras mágicas que en vuelo raso partirán hacia el edén sin mí, sin nosotros.

Solo intento explicaros que todo cuanto digo lo certifican cada día los periódicos, que no me invento nada y que este mundo es un enorme caos lleno de besos y cuchillos, de labios que silban canciones de amor y de bocas que sangran, de poderosos demasiado poderosos y de pobres inmensamente pobres y las dos cosas claman justicia.

Solo intento dejar testimonio de mi verdad —que no pretendo que sea la verdad de nadie— porque mi verdad es contradictoria, como yo mismo: mi verdad no es hermosa, pero sí creo que la vida, pese a todo, se puede vivir aún hermosamente.

Por eso es urgente hacer algo, porque parece que ahora llegan refuerzos para la barbarie y caballos desbocados nos acercan cada vez más al desconcierto.

Solo intento deciros que yo no pienso ceder; que detrás de mi cara de acelga, mi pelo roto y las rayas de mi rostro, más allá de mi tono de ocaso y mis heridas, aún creo en ese hombre anónimo y callado, en esa mujer que atraviesa la plaza del dolor con su alcuza rebosando esperanza.

Solo quiero deciros que hago míos y suscribo estos versos finales de Alfredo Zitarrosa: «He sabido, guitarra, que este otro perro que criaste,

ladrador, campesino, a veces manso o vigilante, que roe su propio hueso en la penumbra y gruñe... cual casi todo perro popular, vagará por tus anchas veredas, tus milongas sangrantes... hasta morir también... tal vez un día... de soledad y rabia... de ternura... o de algún violento amor; de amor... sin duda».

ME ACUSO

Me acuso de no acusar recibo y pido perdón por ello. Pero mi silencio frente a los envíos que me llegan no es sino una fórmula discreta para sobrevivir ignorado e ignorante en este destartalado mundo a rebosar de vanidades. Pero recibo y guardo cada mensaje vuestro, cada correo, cada libro, cada tuit, ese folio que alguien me escribe apresuradamente.

Todo está aquí. Todo lo recibo y lo guardo y me arropo cada día con un edredón de palabras, con ciento cuarenta caracteres mientras cuento emoticonos sonrientes como antes se contaban ovejas. Y espero así, caliente y acunado en tus palabras, a que el reloj marque mi hora. Yo salgo entonces al escenario por la puerta de atrás; miro a un lado y al otro y, humildemente, reconozco mi culpa pero no mi maldad cuando te confieso de corazón a corazón que me acuso de no acusar recibo. Es que no sé qué contestar a los halagos como tampoco sé interpretar muchos silencios.

Por eso me voy y ocupo las esquinas menos transitadas; me gusta ya ese viejo color que da ser sombra.

Quiero decirte que recibo y leo y hasta me aprendo de memoria los mensajes que me llegan, pero no es bueno que el mundo entero sepa lo que nos decimos, ni tan siquiera lo que nos callamos para evitar males mayores. Que la cosa quede entre nosotros. Aquí no hay nombres para airear el éxito sino seres humanos como tú que de vez en cuando escuchan lo que digo y te conmueves un poquito y tipos como yo que te sonrío desde el único exilio que me queda y que leo cada cosa que me escribes, que me arropo con tus palabras y que las grabo en la memoria fértil de un corazón cansado.

No puedo contestar, no me saldría; ya os lo he dicho: me gusta este viejo color que da ser sombra.

LUCHAR

Igual que un niño chico, sentado en las rodillas de este equívoco otoño, después de haber cambiado besos por heridas, olvidos por ofensas, palabras por silencios, ha llegado el momento de dejar que la vida me conduzca a su antojo.

Hablo desde mis ojos que ya no hospedan noches cayendo desoladas ni el desorden rabioso que un día fue vivir. Ya miro el horizonte y no aparece el mar arrojando el triste olvido de sus puertos sino un sendero abierto y transparente por el que va la vida caminando tranquila hacia quién sabe qué aventura más o menos previsible.

Para todo hay un tiempo y este mío de ahora va a lomos de un caballo sin riendas que vuelve cada tarde a su zona de confort.

No siempre fue así. Cuando entonces había que embridar una y otra vez a la bestia, sujetarla para que no se desbocara más de lo necesario y otras veces picar espuelas para acelerar la fiebre de las horas cuando el abatimiento parecía llenar de soledad y huecos las estancias.

La vida es una cosa rara que pasa a nuestro lado y donde siempre hay que elegir entre la dignidad de la lucha o la fácil entrega. Seguramente tú estás en ese trance. Pues bien, yo te animo a luchar, a no dejarte caer en las redes siempre oscuras de una tristeza cómoda y, porque he sido testigo y he visto muchas noches cayendo desoladas, déjame que te diga, sentado ya y tranquilo igual que un niño chico en las rodillas del otoño, que merece la pena levantarse cada día y mirarse al espejo sin esquivar los ojos.

Que merece la pena arriesgarse y caer si es necesario para volver a levantarse con el orgullo intacto por haberlo intentado.

Que merece la pena, aunque la pena duela y te sangren las manos, sujetar pese a todo las riendas de tu vida.

Ese es el juego mientras dure; así debe ser durante mucho tiempo; tanto que no se acaba hasta que un otoño de pronto te das cuenta de que cabalgas sin prisa y sin espuelas ya tranquilo de vuelta siempre a la tibieza azul de los recuerdos.

PASADO

Gracias a la optogenética algún día se podrán apagar y encender grupos de células del cerebro, activar y desactivar a voluntad circuitos neuronales. Es posible que sea la solución —no se sabe cuándo— al párkinson, al alzhéimer, a la depresión y de paso se podrán borrar los recuerdos malos y hasta implantarte en el cerebro recuerdos bonitos que en realidad nunca has tenido, falsos recuerdos.

Del lado bueno, nada que decir; del otro, de lo de manejar a voluntad lo que la mente guarda de nuestro pasado, mucho que temer. Porque si eso se hace realidad, habrá clínicas de recuerdos a la carta, clínicas de estética vital, de blanqueamiento de conciencias y hasta es posible que te ofrezcan una carta amplia de implantes de recuerdos: de hechos heroicos que nunca protagonizaste, de éxitos que nunca tuviste, de buenas obras que no hiciste nunca pero que tras la intervención llenarán tu conciencia de una paz comprada a plazos.

Y luego está lo otro, la posibilidad de borrarte los recuerdos malos, de hacer una especie de Photoshop con tu pasado, eliminando las arrugas de conductas que aún te duelen, haciendo desaparecer las manchas negras que te persiguen, quitándote todo eso que brota en los días grises pero que está ahí y para lo que no hay hasta ahora detergente válido.

Me pregunto si entonces seremos felices. Creo que no, yo no al menos. Mi vida —como la de todos, imagino— es un compendio de errores y de aciertos, de algunos éxitos y muchos fracasos, de patios luminosos y de rincones oscuros a los que aún da vértigo asomarse. Yo soy de los que reconocen que se arrepienten de muchas cosas, que no volvería a vivir partes de mi vida —si pudiera— como las he vivido. Pero una cosa es arrepentirse y reconocerlo y otra borrar de un certero chute de láser todo el equipaje de errores y hasta de horrores que viaja con nosotros.

Si alguna vez se llegara a eso, si alguna vez pudiéramos hacer nuestro pasado de diseño, seríamos zombis, felices claro, pero zombis, replicantes estúpidamente alegres de nosotros mismos y el dolor, ese bendito dolor —que no la culpa— con el que cada uno tiene dibujada su propia historia, desaparecería de golpe y con él buena parte de nuestra vida.

BOCETOS

Decía Alvite en un artículo que tuvo la ternura de dedicarme, que «al final, la vida de un hombre se reduce a amontonar recuerdos y tener a mano el teléfono de las ambulancias». Y seguramente es verdad. El pasado gana por goleada al futuro y que el futuro, tantos futuros, los encuentro difuntos y amortajados en sepia en cuadernos azules de espirales que de vez en cuando aparecen en cajones remotos, en las esquinas perdidas de mi espacio de confort.

Y es muy raro leer esos cuadernos y darte cuenta de todo lo que no has hecho; es como el no-currículum, una colección de olvidos que nunca llegaron a dar fruto y murieron en la cuadrícula perfecta de los cuadernos azules de espirales; son esos mil proyectos que se han quedado en el camino porque los proyectos muchas veces no son más que ilusiones perfectas, geniales hallazgos que caducan mucho antes que los yogures, que nacen con una fuerza inusitada una noche de insomnio creativo y por la mañana la realidad de la realidad les ha puesto la mortaja luminosa y un crespón negro por inviabiles, por imposibles, por inútiles.

En los cuadernos azules de espirales tengo versos partidos, sonetos troceados; argumentos que nunca crecieron y casi mejor; bocetos de pinturas que no encontraron lienzo, programas de televisión incluso minutados que yo mismo rechacé antes de que fueran rechazados para evitarles, a ellos más que a mí, esa pequeña humillación del silencio o de la frase hecha del que debe decidir: «Es bueno, pero ahora mismo no hay hueco en la parrilla».

Estas cosas pasan, o mejor dicho, estas cosas pasaban hasta que uno se da cuenta más pronto que tarde que no es digno poner en el mercado a bajo precio las ideas disparatadas o geniales, que no compensa ese chalaneo, que esto no puede ser un zoco de oscuros callejones para mercadear con el ingenio

y si lo es —que lo es—, casi mejor quedarse al margen, no entrar, sentarse en paz a esperar en la plaza cada lunes el tibio sol de mediodía.

Cuando abro esos cuadernos llenos de garabatos, de flechas, de dibujos, de escaletas convertidas en esquelas, de versos que cuelgan solitarios, de todo eso que pudo haber sido y que no fue, todo el pasado me señala acusador y no hace más que delatar mis pequeños fracasos a los que solo me unen ya la comprensión y la ternura.

MI GATO

En estos días tercos tan tontamente tristes, mi gato y yo buscamos los rincones más tibios para que el viento nos pase por encima sin apenas rozarnos. Es raro. Recuerdo algunas tardes junto a Gabriel Celaya y Amparitxu en su casa. Y envidio a aquel poeta que murió en la injusta miseria siendo un viejo tan joven.

Escribía Gabriel versos llenos de bondad y de rabia que luego cantaba con Paco Ibáñez: «Cuando ya nada se espera personalmente exaltante...»

Pues ahí estoy yo ahora, ahí estoy instalado de forma provisional, confío, en esa no espera de nada personalmente exaltante; pero yo, Gabriel, yo ya no tengo cuerpo para cantar tus verdades, esas bárbaras, terribles, amorosas crueldades.

Me prometí a mí mismo no escarbar más en las heridas del mundo, no hurgar en las mías; no ser un contenedor de nostalgias, incluso mentir un poco, nada grave, si fuera necesario para que todos mantuvieran su paz y la concordia. Bueno, más que mentir, callar, aunque no sé si callar es muchas veces una forma cobarde mentir.

Pero mejor así, Gabriel, poeta.

En estos días tristes tan tercamente grises —y da igual que luzca el sol o que no luzca—, mi gato y yo carecemos de interés combativo y nos hacemos uno con la quietud solitaria de Puerta de Alcalá, plantados los dos, Bartolo y yo, en un tibio rincón viendo pasar el tiempo. Bartolo —el gato que solo cuando él quiere jugar a ser mi gato— se pasea ya sin prisas por la casa y busca atajos para subir y bajar por los estantes. Antes lo hacía de un solo salto bellissimo, elegante, sin fisuras y, alcanzada la cima del sillón, miraba al mundo como el dios arrogante que adoraban los egipcios. Ahora pasea con dignidad su catarata en un ojo, pobre mío, lo mismo que yo acomodo mi dolor de riñones en una manta eléctrica.

Bartolo y yo envejecemos juntos y a ninguno de los dos parece preocuparnos el entorno. Él ya no caza tórtolas al vuelo y yo intento no romper la muy precaria felicidad de los que me rodean.

Los dos formamos parte de un paisaje sobre el que pasa el viento apenas sin rozarnos. Debe ser eso, Gabriel, que ni Bartolo ni yo esperamos ya, al menos por ahora, nada personalmente exaltante. Perdónanos, amigo, por habernos hecho viejos quizás antes de tiempo.

FANTASMAS

Todos estamos poblados de fantasmas. En una esquina del jardín, junto a la valla, hay dos o tres palmos de tierra removida. Quizás en primavera crezcan algunas flores o la parra cercana cubra de verde lo que hoy solo es un montículo pequeño y marrón. Es la tumba desnuda de Bartolo, nuestro gato, que se nos ha muerto de viejo sin un quejido, con la misma dignidad distante y amorosa con la que compartió sus quince años con nosotros.

Y os juro que no es fácil explicar cómo de triste suena ahora su silencio, cómo de llenos están sus rincones, los que ha dejado vacíos para siempre. O no. Porque los gatos son seres fantasmales aun en vida que cruzan la casa sin que te des cuenta y se pasean por estanterías repletas de pequeñas cosas y milagrosamente no tiran nada, y si desaparecen, es inútil buscarlos porque deben descansar en mundos que desconocemos.

Pero no quiero hablar de mi gato. He dicho que todos estamos poblados de fantasmas porque ¿qué son sino fantasmas los recuerdos que viven en alguna parte de nosotros? ¿Acaso no son formas fantasmales desdibujadas por el tiempo los labios que un día besamos, las manos que acariciaron nuestros miedos de niño, esas historias que a estas alturas ya no sabes si una vez fueron reales o sueños imposibles?

Ortega debió afirmar: «Yo soy yo y mis fantasmas», porque cada mujer, cada hombre camina por un sendero que habitan los fantasmas. No es fácil de explicar, pero cuanto nos rodea tiene siempre un aura fantasmal, una historia pasada, una razón, un porqué que ya no es pero que vive aún en ese objeto de alguna forma y allí seguirá mientras nos acompañe.

Caminamos por parques que anduvimos, por calles que recorrimos tomando de la mano a una muchacha, a un hijo, a la esperanza de un cita y allí sigue ese pasado colgado en las acacias, parapetado en las esquinas, sobre la mesa de una terraza en forma de dos tacitas de café y un beso inadvertido.

(Mientras te cuento todo esto noto el roce suave de mi gato muerto y un ronroneo tierno estremece el silencio).

ESPEJO

El hombre aquel que me miraba desde el fondo del espejo era un corredor de fondo que abandonó, agotado, en el primer kilómetro de la carrera; un Papá Noel que llegó a la tierra y se dio cuenta de que había olvidado los juguetes; un náufrago que en lugar de encallar junto a una isla desierta, llegó desierto a la gran ciudad y no pudo desempeñar su papel de robinsón, el único que realmente conocía. En el rostro del hombre aquel que me miraba desde el fondo del espejo no había ni una pizca de orgullo ni una brizna de reproche. Nada.

Eso ocurrió. Me quedé mirándome al espejo y levanté los hombros y me dije: «Bueno, amigo, esto es lo que hay, y tampoco es necesario montar una tragedia; al fin y al cabo aún no tienes que bajar los ojos ciegos de vergüenza y ser capaz de mantener tu propia mirada es casi una victoria pese a tanta y tantas derrotas. En el fondo solo ha sido un error, un pequeño y lamentable error, o un truco. Eso es todo».

Y apagué el espejo, me hice un café negro y encendí uno de esos cigarrillos que perjudican seriamente mi salud. La sirena de una ambulancia rompió entonces el silencio estrepitoso de aquella madrugada. Esperé unos segundos por si era yo el cliente, pero pasó de largo.

Bien; todo bien por ahora. En orden todo mi desorden.

VENECIA

Vengo de pasar cuatro días, tres noches en Venecia. Dos disparates se miren por donde se miren.

A tipos que, como yo, les resulta cada vez más complicado separarse de su zona de confort, lo de cuatro días, tres noches, es claramente un exceso. Un día lejos del seno materno del hogar, debería durar no más de dieciséis horas en horario de invierno y las noches no tendrían que desplomarse pasadas las cinco de la tarde. Porque uno, cuando hace estas cosas, se lleva su yo pero se deja sus circunstancias.

Y resulta que a las cinco de la tarde, ya de noche, has andado todos los caminos, has visto todos los escaparates y has tomado cafés en todas esas terrazas que están a bajo cero aunque los camareros se empeñen en encender hogueras modernas.

Y llega, claro, esa hora maldita de la tarde del día tres de los cuatro días tres noches, el hotel se te ofrece amable pero extraño, casi desafiante, como si te dijera «anda, cobarde, que ya te has rendido». Y es verdad. Uno ya no da más de sí y buscas el refugio de esa casa provisional que no es la tuya, porque tú tampoco perteneces a la ciudad y andas como deshorado y todo te resulta extraño.

El otro disparate es Venecia misma. Uno no sabe si extasiarse o llorar. Es, claro, un disparate bellísimo que se cae a trozos cada tarde empapada en agua y turistas.

Venecia es la decadencia hecha ciudad, un ocaso eterno que tiene la extraña vocación de inundarse de vez en cuando para emerger después como un milagro.

Venecia es una ciudad de ciencia ficción que hubieran tenido que describir Julio Verne o Italo Calvino si Venecia no llevara tantos siglos

asombrando al mundo, esa desmesura habitada y llena de góndolas que de pura elegancia negra parecen ataúdes.

Venecia era necesaria para cobijar a mercaderes, para que Thomas Mann divagara sobre la peste y Mahler y diera pie a Visconti, filmara la muerte más patética fruto de una decadencia que intenta esconder con polvos de arroz y un rímel que el sol del Lido termina diluyendo como la lágrima negra de un viejo pierrot.

FOLIO

Hay veces que un folio en blanco es como una esperanza interminable y otras, en cambio, se reduce como el cuadrito de la página de un cuaderno escolar y parece que no va a caber nada.

A veces un folio en blanco es una invitación, es una tentación y uno siente que no tiene nada más importante que hacer en este instante que llenarlo con palabras hermosas, con historias sentidas, con recuerdos de entonces.

Otras veces, en cambio, un folio en blanco es una acusación, una llamada al orden, un sentimiento de obligación inexcusable; en esos casos, empieza como a desgastarse, a hacerse viejo, imposible y se niega y hay que cambiarlo por otro. Y lo tiras porque aunque lo parezca, no está en blanco: está sucio de hastío y de fracaso.

A veces, un folio en blanco, sirve, simplemente para hacer pajaritas o para escribir en sus márgenes un TE QUIERO de mil formas distintas.

A veces un folio en blanco sirve para que Quino dibujara, hace ya tiempo, una historia pequeñita que una tuitera que nos sigue mucho, Bea Turquesa, subió a las redes con este sencillo comentario: «En días como los que estamos viviendo, en los que los lápices son sospechosos para algunos, la inocencia de una viñeta». Y se veía a Guille, el hermano pequeño de Mafalda, que había pintarrajeado todas las paredes de su casa y le decía a su madre que miraba horrorizada el estropicio: «¿No ez increíble todo lo que puede tener adentro un lápiz?».

Y casi no cabe añadir nada a esta genialidad del dibujante argentino y a la sensibilidad de la tuitera Bea para resucitarla sin más en estas horas de dolor y de sangre. Decía Celaya que la poesía es un arma cargada de futuro. Pero nadie ha muerto de un verso en plena frente y son demasiados los que han perdido la vida por contar la verdad que puede haber dentro de un lápiz.

ESPERANDO

Intento acomodar la voz a las palabras cuando charlo estas mañanas de recuerdos en derribo. Hablo y me salen trazos diminutos de murmullo que se pierden entre estas lluvias de ceniza y humo. No sé por qué todos tienen tanta prisa y vienen y van corriendo a todas partes mientras yo, acomodada ya la voz a las palabras, dejo que el tiempo pase acariciando siglos, inventando batallas de madera y cartón mientras suenan muy lejos tambores de hojalata.

He perdido el sentido de la prisa de forma que esperar, sencillamente eso, esperar, se ha convertido en la labor de cada día mientras al otro lado de la calle y de la fiesta las horas enrojecen y el sol se pone en las orillas de algún mar lejanísimo.

Y qué esperas, me preguntan algunos, y les respondo, sonriendo, la verdad: no lo sé, no tengo ni la menor idea de lo que espero; lo sabré cuando pase si es que pasa.

—¿Y si no pasa? —insisten.

Si no pasa seguiré esperando porque esperar tranquilo, acomodada la espalda y las palabras, es ya una forma de vivir, es una ciencia, es casi un arte en este tiempo donde todo cabalga desbocado y se refuerza la barbarie.

He perdido la conciencia de la prisa y camino despacio por la vida llevando de la mano, como quien no quiere la cosa, a estos últimos sesenta y ocho años de la historia del mundo.

Me sobra casi todo: cedo cuarto y mitad de mis recuerdos a caballero solvente sin pasado; cedo mis manos en forma de cuenco por si alguien necesita llorar dentro de ellas; os doy las palabras que aún me quedan para que escribáis un poema de amor violento con olor a tormenta.

Estoy en paz conmigo y con las cosas. Solo espero que pase lo que tiene que pasar, y si no pasa, sé que habrá merecido la pena esta espera final sonriente y sin prisa.

NO S/NO C

La princesa, vestida con traje de tafetán azul bordado y una diadema hecha con plumas de palomas exóticas, la princesa estaba triste.

De pronto un horrible sapo que andaba a trompicones y que llevaba varios meses sin atreverse a dar el salto, aquel día se lanzó y se puso sobre la cajita de música que la princesa contemplaba melancólica. Cuando se cercioró de que ella se había percatado de su presencia, se inclinó respetuosamente e improvisó un absurdo ballet sobre una sola anca. Pero la princesa —ay— seguía triste.

Como aquello no surtía efecto, el sapo decidió jugar su última baza: poner caras, hacer risas y volar besos. Contempló sus gestos la princesa y miró sus risas y los besos que le rozaban sus cabellos alborotados. Sonrió entonces por primera vez y acercó sus labios al sapo.

Su padre el rey, que había contemplado toda la escena, al ver que la niña iba a besar al sapo, advirtió:

—¡Cuidado, hija! Según la última encuesta del CIS, tan solo el 2 por ciento de los sapos besados por princesas se convierten en hermosos príncipes mientras que un 97 por ciento salen ranas.

La princesa se puso a sumar con los dedos. Cuando concluyó las operaciones matemáticas preguntó a su augusto padre:

—¿Y el 1 por ciento que falta, augusto padre?

—Ah —le respondió el rey—, el 1 por ciento, hija, no sabe/no contesta.

La princesa entonces besó al sapo cariñosamente y ¿qué creéis que apareció? De entre una nube de finísima ceniza dorada surgió un no-sabe/no-contesta nada apuesto, nada rico, incapaz incluso de montar a caballo y que miró a la princesa entre divertido y descarado y extendió sus brazos hasta que sus manos rozaron las mejillas reales y aquella caricia del ni apuesto ni rico no-sabe/no-contesta no fue el principio de nada porque el amor que les unió

entonces carece de pasado y de futuro, está fuera del tiempo, y los hombres que todo lo censuran, lo miden y lo juzgan son incapaces de reconocerlo.

(Ya habrás comprendido a estas alturas que yo soy una de esas poquísimas criaturas del mundo de los no-saben/no-contestan que aún habita este planeta vuestro descreído, tan falto de magia como sobrado de soberbia).

RECUERDOS (2)

Decía Félix Grande: «Donde fuiste feliz alguna vez, no deberías volver jamás». Y es cierto. La memoria, ese don prodigioso de los dioses, va moldeando los recuerdos a su gusto, elimina las aristas, oculta los desconchones y seguramente nada o casi nada de lo que recordamos como feliz o hermoso permanece igual, ni siquiera parecido, en la terca realidad de lo certero.

Yo voy y vengo como todos por este mundo incierto con la mochila al hombro en la que llevo revueltos y confusos los recuerdos. Es ahí donde debe reposar el primer beso, la luz de aquel ocaso en aquel parque, el desencanto que nace cuando dejas la infancia y que va creciendo a golpe de vida ya vivida, las despedidas con pañuelos y lágrimas, las llegadas a puertos en los que alguien te esperaba.

Todo eso es pasado, ya no te pertenece, y si fuiste feliz entre unos brazos no vuelvas a buscarlos, porque será otro cuerpo al que ahora arropen o habrán envejecido y ni siquiera, si te rodearan, reconocerían como tuyas tus fronteras.

En la objetiva realidad de los recuerdos tiritita mucha historia y por eso es mejor cargar con la mochila lo vivido y no volver jamás al lugar en el que alguna vez fuiste feliz.

Cuando te abrume el inmenso presente, cuando te desconcierte el silencio del mundo, su vacío, entonces siéntate en el borde del camino y abre la mochila de los recuerdos, de los recuerdos ya mitificados por el tiempo y contempla aquel primer beso que seguramente fue torpe pero ya no importa, el abrazo de tu madre que no fue tan perfecta como crees, pero ya no importa, el arco iris que se encendió de pronto entre tu mirada y la de alguien. Lo que pasó después, cuando el sol se escondió y vinieron los reproches, eso ya no importa, no está en la mochila. Quédate con el beso, con el abrazo, con los

siete colores del arco iris, pero no vuelvas nunca a intentar reconstruirlos; haz caso a Félix Grande: «Donde fuiste feliz alguna vez, no deberías volver jamás».

GRIS

Ocurre que de pronto un día todo se pone gris, todo pesa, la vida se llena de agujeros y el cuarto y mitad de la esperanza con la que aún te defendías se te escapa por los desagües y sientes que ya no queda nada. Nada.

Ocurre que de pronto el mundo como que se conjura contra ti y todo es un vacío inmenso y sales al escenario y no hay nadie en el patio de butacas; se enciende el foco pero la luz solo pone al descubierto la soledad. Y hablas, empiezas a contar tu historia, que es la única historia que de verdad conoces, el único texto que de verdad te sabes, pero no hay quien te escuche. Ni en los palcos ni en la platea hay nadie más que nadie. Actúas para nadie y es lo más parecido a una pesadilla.

Lo malo es que esto no es solo un sueño sino esa sensación que ocurre a veces: tú vas por una acera y te das cuenta de que la vida va por la otra y en dirección contraria y no sabes qué hacer, no sabes si eres tú o son todos los que equivocan el camino, ignoras si te encaminas al desastre del que huyen los otros o son los otros, todos, los que caminan hacia el desastre. La vida no puede equivocarse, debo ser yo.

Alguien lo dijo hace ya mucho tiempo: es inútil levantar una carpa en un pueblo sin niños.

LA VIDA (1)

De vez en cuando la vida se para frente a ti y te pregunta insolente a qué demonios juegas. La vida, impertinente, te pregunta a dónde se encaminan cada mañana tus dos piernas, en qué afanes gastas el tiempo que tienes asignado, dónde miran tus ojos.

Cuando la vida se te pone chula nunca te lo esperas, de forma que te coge a contrapié y casi siempre en una de esas horas que llamamos «bajas». Y tratas de responder a sus preguntas y balbuceas como un niño chico y quieres aprobar contando anécdotas, cosas puntuales:

—No, no —le dices muy poco convencido—, yo aprovecho mucho el tiempo, vida; cada mañana voy a la oficina, relleno los pedidos, tomo notas, atiando los teléfonos, luego veo la tele, oigo la radio y hace un par de meses acaricié de pasada la cabeza de un perro callejero. Respecto a eso que dices de mi capacidad de amar, pues mira, vida, yo... bueno, yo creo que he cumplido, pero, claro, ya a estas edades... y en cuanto al pozo de ternura, ya te digo: lo del otro día, la caricia al perro. La inteligencia sí que la trabajo, te lo juro: estoy aprendiendo a ser monitor de tiempo libre por correspondencia y por la noche voy a un curso de ofimática, más que nada por si acaso en la empresa se deciden; ya sabes, vida, pero es que tú tampoco has puesto mucho de tu parte, reconócelo, que cada día estás más cara y la mujer y los niños... bueno, los niños, ya me entiendes... yo es que les sigo llamando niños y no gana uno para disgustos.

Y la vida sonrío al otro lado y en su sonrisa te das cuenta de que la ofimática es una solemne tontería, de que malditas las ganas que tienes de ser monitor de tiempo libre y que a tu edad sigue siendo posible un amor desbocado.

De vez en cuando la vida se pone dulce y al oído te murmura que ya va siendo hora de que aprendas a perder el tiempo y que tus dedos y tus ojos y

tus oídos y tu corazón, tus piernas y todo tú eres más que un milagro, que todo tú, a pesar del traje gris o la faldita de tablas, eres un fabuloso prodigio del que el mundo y ella misma, la vida, espera grandes cosas, cosas tan grandes como un beso inesperado, un solo verso escrito en la esquina de un folio, o diez centímetros de piel capaces de incendiarse si tú los recorres con tu dedo índice.

FIN DE AÑO

A punto de abdicar este año raro, renuncio a repasar los últimos trescientos sesenta y cinco días de mi vida, renuncio a hacer recuento, a meter el dedo en las viejas heridas o a tapar piadosamente los errores. Renuncio a recordarme, a revivirme porque es un ejercicio inútil, porque el pasado es solo humo deshilvanado y la historia personal y cotidiana se convierte enseguida en un museo de recuerdos petrificados, inmóviles, tan bellos o tan tristes como inútiles.

Todos los informativos hablarán de 2018 y saldrán nombres y fechas, paces y guerras, un millón de noticias que en un momento vivieron el esplendor de las primeras páginas y ahora son ya leña de hemeroteca. Que la gran Historia, la Historia con mayúsculas, repose en los archivos. Descanse en paz.

Pero la mía y la tuya, nuestra pequeña aventura de cada día, este vivir sin tregua que nos lleva y nos trae del corazón a los asuntos —como decía Miguel Hernández—, esa aventura mínima está ahí y a veces pesa como una noche en una sala de espera y otras resulta tan ligera como una cometa de colores en una tarde de brisa y de naranjas.

Por eso digo que no pienso sentirme culpable de nada, que el mundo no es justo y yo hago lo que puedo pero nada cambia en esta tierra pese a mis lágrimas y mis humildes acciones, mi desencanto crónico y la tenue esperanza que me empeño en conservar como una fuente que se extingue poco a poco.

No, no pienso hacer recuento de mis errores ni de mis aciertos porque los dos son míos y los asumo sin orgullo ni vergüenza. No soy más que un hombre en pie sobre la tierra que como tú, como tantos, anónimo y cansado, ve pasar la vida cada vez más deprisa. Nada más, nada menos.

Se acaba un año y empieza otro. ¿Y qué? Nada va a cambiar salvo los calendarios.

DESTINO

El destino existe. Es complicado igual que un laberinto, sorprendente como un ocaso y hasta impredecible, lo mismo que un adolescente. Pero existe. Lo malo es que unas veces juega a favor y otras en contra.

Pero para que tú y yo nos encontráramos fue necesario que ocurrieran millones y millones de cosas antes que nosotros. Después fue necesario que nosotros, sin ir más lejos, existiéramos, y no solo eso, sino que fuéramos como realmente somos y no de otra manera, que desde que llegamos a esta tierra grande, hiciéramos exactamente lo que hicimos y no otra cosa porque si en algún momento no hubiéramos hecho lo hicimos, esa especie de efecto dominó que nos llevó a encontrarnos, nos hubiera llevado por otros derroteros, por caminos distintos que nunca se hubieran cruzado.

No es un juego esto que te digo. Chico encuentra chica y se enamoran; vale, así de fácil. Pero no es verdad porque la verdad es mucho más sublime, cósmica, universal. ¿Es que no te das cuenta de que desde aquella fabulosa primera explosión todo estaba predestinado a nuestro encuentro? Durante millones de años la tierra se fue haciendo en espera de que tú y yo nos encontráramos. Desaparecieron los dinosaurios para hacernos sitio, los continentes se fueron separando para unirnos y cuando al fin aparecieron el primer hombre y la primera mujer, ya nos estaban anunciando.

Tú y yo somos un milagro fabuloso, una confabulación de todas las fuerzas del universo que se atraen y se rechazan y se agitan y giran y se expanden solo para que existamos. Y admitida esa realidad, vete bajando y piensa la cantidad de cosas que han tenido que ocurrir una vez que ya existíamos y nada sabíamos el uno del otro. Son miles, cientos de miles de decisiones, casualidades, accidentes los que se han ido sucediendo hasta juntarnos a los dos, el uno frente al otro en un momento único y en el mismo palmo de esta tierra grande.

Si después de todo esto te atreves a negarme, estarás poniendo en grave riesgo el orden increíble del universo.

SOLEDADES

Esta tarde también estarán allí, como siempre. Estarán allí las cuatro, sentadas frente a una taza grande de café con leche, entre risitas apagadas, bolsos de las rebajas del *Cortinglés* y un pelo nítido de peluquería reciente.

Estarán como siempre las cuatro juntas, las cuatro inseparables desde hace qué sé yo los años, las cuatro sentadas en una esquina de la cafetería echando la tarde a mermelada dulce de naranja amarga sobre una tostada de recuerdos.

No tienen edad, y viéndolas así, uno tiene la sensación de que siempre cumplen los mismos años. Te imaginas sus vidas y ves sobre sus camas sin una sola arruga, un dormilón de fieltro y una soledad inconfesable.

Seguramente nunca se han planteado si son o no felices. ¿Para qué? Seguramente ignoran la furia del amor y sus desastres, el dolor con ira del olvido, el placer de una caricia sola y profunda entre dos luces.

No tienen vocación de solitarias y sin embargo hace demasiado que han cerrado las puertas de sus vidas. Bueno, eran otros tiempos.

Cada domingo quedan por la tarde y salen con la bisutería, el bolso, un traje de chaqueta o una rebequita. Nunca se ponen la esperanza o la ilusión sobre los hombros porque a sus años esas cosas...

Después, cuando la noche se cubre con ese irritante silencio que luego romperán los pecadores, ellas se van cada una en su coche immaculado con olor a lavanda, camino de su pequeña soledad. Se quitan la bisutería y cuelgan con cuidado el traje de chaqueta; miran al dormilón de fieltro y se acuestan solas y ni siquiera notan ya el frío del otro lado de la cama. Y sueñan; pero no será yo quien viole esa intimidad.

Yo solo declaro mi amor por encima de este septiembre ceniciento a esas mujeres que son como la esencia del otoño. Ellas, seguramente enamoradas aún de quién sabe qué sueño tibio, lejano y ya imposible.

POSIT

A_{mor}:

Alguien dijo que todas las cartas de amor son ridículas pero que mucho más ridículo es no haber escrito nunca una carta de amor. Por eso me decido esta tarde a escribirte esta misiva que no sé cómo va a salir, porque ya no tenemos práctica en este tipo de comunicación.

Si no estuviera a punto de ser abril o si hoy no fuera viernes, lo más seguro es que te hubiera dejado un posit amarillo en la nevera, como siempre, diciendo que no te olvides de darle el Clamoxil al niño, comprar el enchufe para el baño y que ya sabes que TQM, o sea, que te quiero mucho.

Pero estoy de posit en la nevera hasta la coronilla. Hasta el gorro del buzón de voz en el que nunca me dejas mensajes íntimos porque no te fías del CESID y hasta el gorro y la coronilla juntos de ese buzón de voz y que solo me anuncia tus ausencias de forma lacónica y apresurada: «Que llegaré tarde, dale la cena al niño y no me esperes despierto, tengo un mogollón de trabajo. Cuando te vayas por la mañana ni se te ocurra despertarme, estoy rendida. Ah, una cosa: si pones la lavadora, porfa, en el programa frío, la ruedita de la izquierda ni la toques, que el otro día todo salió rosa. Bueno que eso, que si quieres algo, déjame una nota en la nevera o me llamas al móvil. Venga, un beso que me voy a la reunión. Ah, que te quiero».

Ah, pues vale. Y el caso es que es verdad que me quieres y que te quiero, pero siempre nos lo decimos vía satélite, vía teléfono o vía posit pegado en la nevera.

Pues bien, he puesto la lavadora en frío, no he tocado la ruedecita (lo de «ruedita» es incorrecto) de la izquierda, le di la cena al niño y te necesito aquí. Por eso te escribo esta carta que quiere ser de amor, que sería de amor si te la enviase escrita a mano en un sobre blanco con sello y todo. Pero es que en casa no hay folios, solo posit y esta pantalla. Solo de pensar que tengo que apretar «enter» después de poner *tunombrearrobabuntoes*, la verdad hija, se me cae el alma a los pies y creo que le voy a dar al suprimir ahora mismo y cuando el bicho me pregunte si de verdad deseo perder este doc. —manda huevos que a una declaración de nostalgia le llamen doc.— pienso decir que sí. Te dejaré un posit en la nevera pidiéndote que, si luego puedes, compres unos folios si es que todavía se venden en algún sitio que no sea una almoneda.

Ah, y que TQM.

LLANTO

Otra vez el frío y la bendita lluvia, y la tarde que se me pone de pronto borde y negra, *equimojada*. También los días, igual que las palomas del poeta, se equivocan y en vez de al sur van al norte y entran en mi corazón lleno de nubes porque se creen que mi corazón es ya su casa.

La tarde, *equimojada*, se ha posado en mis cosas suavemente; entró por la ventana e igual que el humo falso de la tele, se arrastró por la alfombra, trepó por las patas de las sillas, subió hasta la lámpara y poco a poco fue tomando posesión de todo, negra y lluviosa, la tarde equivocada igual que las palomas, la tarde *equimojada*, creyendo que mi corazón era su casa.

Así que aquí me tienes, lluvioso en este abril, anubarrado, más triste que feliz, más cansado que harto, dispuesto a casi todo con tal de recobrar la primavera que se quedó colgada en el perchero de aquel martes tan raro, tan raro que de pronto fue otoño, lluvioso y gris.

Intuyo que algo grave habrá pasado más allá de anticiclones e isobaras. Tu risa es un tejado de palomas, en tus manos se deshilvanan las tormentas, tus ojos son dos charcos de luz.

A la vista de lo visto, y después de sentir lo que he sentido, intuyo que esta tarde has llorado.

GRILLO

Aquí me tienes, sentado en el umbral de la noche y las palabras contemplando cómo pasa la vida, ese desconcierto hermoso y triste, aburrido y apasionante. Y todo al mismo tiempo.

Aquí me tienes, sentado en el bordillo de la acera de este callejón con los brazos descansando sobre las rodillas y fumando un cigarrillo negro, el último —lo juro— de mi vida.

Sobre el asfalto hay pintada con tiza una rayuela, una pista de chapas en plan giro, un corazón atravesado por una inmensa flecha. Las acacias están ya poderosas y los gorriones respetan el silencio del alma y la música de fondo. Hay estrellas sobre los tejados y desde algunas azoteas cometas de colores planean sobre el mundo.

Huele a humedad y a calma mientras un semáforo a lo lejos, rítmico, intermitente, tiñe de amarillo y negro una hiedra que trepa silenciosa.

Aquí me tienes. Soy tu grillo en vaqueros, el que asalta tus sueños cada noche desde esta barricada de música y palabras. Hoy me encuentro extrañamente en calma, tal vez demasiado cansado para ser feliz del todo o demasiado cansado para sufrir más de la cuenta. Esto debe ser lo más parecido a la paz. Sí, esta esquina del callejón en la que espero cada noche, es lo más parecido a la paz, o la paz misma cuando me siento en la acera como los niños chicos, con los brazos sobre las rodillas y me pongo a fumar —juro que ya lo dejo— el último pitillo de mi vida.

Qué pena que el semáforo intermitente, allí en la esquina, no ilumine tu silueta acercándote. Qué pena no tenerte aquí para ver cómo planean las cometas. Qué pena que no seas tú quien se asoma a esa ventana apenas iluminada. Qué pena todo, pero qué pena tan suave, tan resignada, tan sonriente. Un día te dije: no sabes la clase de alimaña que puedo ser en tu cuello.

Hoy te recuerdo y sonrío. Y no sé si me convence mucho este sentimiento de saber y perdón. Frente a tu ausencia, yo era antes un alacrán borracho, febril, dispuesto a lo que fuera. No sé cómo he llegado a ser esta noche un inofensivo grillo en vaqueros. Seguramente es que has ganado tú y acepto mi destino. De acuerdo; pero un consejo: no te confíes. Quizá otra noche el desorden de tu nombre me lleve otra vez al mal camino que, sin duda, es el más hermoso de todos los posibles.

GRYPE (1)

Hoy la vida suena a ponche años cincuenta y aspirina. No hemos llegado aún ni a la mitad de enero, y aquí me tienes, corazón, vencido por esta sinrazón llamada gripe.

Podría escribir gruesos volúmenes, todo un tratado que se titulase *Mi gripe y yo, historia de una amistad*.

Sostengo la teoría de que yo no pillo la gripe de cada año sino que, más bien, la arrastro. La mía es una gripe modelo años sesenta mal curada, gripe de pelo cardado, minifalda escocesa y boina Mary Quant. Una gripe casi adolescente, una gripe/lolita que cada invierno me visita, se instala en este templo en ruinas que es mi cuerpo, vive a mi costa una semana y pico y luego se va, eso sí, dejando señales de su huida en forma de miguitas de microbios para el año que viene encontrar otra vez el camino y pasar de nuevo a visitarme.

Estoy acostumbrado y, aunque le ponga trampas y vacunas, ella sabe muy bien cómo mutar a tiempo para colarse y poseerme.

La gripe, esta gripe/lolita, adolescente, sabia, empalagosa a veces, tierna, íntima, te deja en el primer abrazo los riñones boca arriba y es tanto lo que dura este primer encuentro, que amaneces con las consabidas agujetas y un cansancio de siglos en los ojos. Tan solo levantarse de la cama es ya una heroicidad superior a tus fuerzas, de forma que renuncias, te tapas con las mantas hasta el cuello y te abrazas a ella hasta que el mundo acabe.

En esa situación solo quieres que el mundo te quiera, que te mimen todos, que todos se conmuevan no tanto por ti sino contigo, porque la gripe, además, te provoca una especie de amor universal extraño y perentorio.

Tengo para mí que esto de la gripe no es exactamente una enfermedad sino más bien una forma de entender la vida, casi una filosofía que podría resumirse en un «Vive, deja vivir, pero ayúdame a pasar la noche».

MELANCOLÍA

Hay en Madrid un calle que se llama el paseo de los Melancólicos, y no por nada puntual; así la llamaban los vecinos y así puso la placa el ayuntamiento hace ya muchos años. De adolescente, me gustaba aquella calle tranquila y literaria por la que pasear mis desamores y en la que me sentía como en casa.

Pero hoy la melancolía tiene muy mala prensa y no sé por qué. Alguna vez he dicho que el año que no tenía una gripecilla la echaba de menos; y es verdad, porque la gripe, la gripe de andar por casa, no hablo de nada serio, es en el fondo un caer del cuerpo en estado de melancolía al que enseguida se apunta el alma y, como la hiedra, te va atrapando despacio una tristeza vaga, sosegada, llena de paz y de deseos de que todos te quieran un poquito.

Cuando entras en ese estado que es casi un trance, acaricias el tiempo con el sonido a patio antiguo, te imaginas episodios casi ciertos en lugares que se llaman como la ternura y hablas de orillas donde el sol nunca se pone.

Cuarto y mitad de melancolía bien llevada, llevada con esa dignidad que dan los años, no es nada enfermizo sino una forma de comprender el mundo y de quererlo, de recordar sin añoranza el escorzo de las horas perdidas, el sabor agridulce que tienen las ausencias, ese suicidio de todos los domingos cuando la noche se balancea lo mismo que una soga dispuesta a ahorcar la nada de ese día, el olvido incorrupto de unos labios que se fueron y que desde entonces nunca más amaneció de pronto.

Yo levanto hoy mi copa de nostalgia y brindo por ti melancolía; nunca quiero perderte porque si un día me abandonas del todo, seré un dios destruido que habrá olvidado algo importante: lo pronto que no se olvida.

VIENTO

Nunca me ha gustado el viento, hijo; cuando era pequeño me asustaba su sonido de serpiente y corría hasta mi madre y me refugiaba en ella y le pedía asustado: «*Tranquilícicame*» cuando lo que quería era que me amansara el miedo.

Es una de esas viejas anécdotas familiares que aún hoy se recuerdan. Y tu abuela me tranquilizaba con palabras de bálsamo y caricias. Hoy hace mucho viento hijo y sigue sin gustarme esa desmesura transparente, que no veo pero que lo llena todo y hace que todo suene fuerte y amenazante y los chopos parecen un mar seco y vertical, como si se levantara una arbolada desnuda y salvaje.

¿Sabes? Entonces no lloraba. He aprendido a llorar ya de mayor, a llorar despacio, con paz, notando el recorrido de cada lágrima desde que nace en algún lugar de los ojos y resbala por esta mar de arrugas que es mi rostro.

No sé cuándo acabará este viento que todo lo puede. Casi siempre las lágrimas ponen sabor de mar en los labios. Yo no sabía llorar, hijo, como tú. Pero he aprendido con los años. El viento fuerte hace volar las hojas y choca con violencia contra los cristales de las ventanas y le decía a tu abuela: «*Tranquilícicame*».

Ahora estoy solo frente al miedo, frente a los sonidos invisibles de este viento enorme, frente a las lágrimas del mundo. No hay palabras de consuelo ni caricias. Solo el viento salvaje y tú. Solo tú y el viento.

Hoy podría quedarme así, como dormido y nadie se enteraría de la dulzura resignada con la que aceparía ese destino. Que el viento me arrebate y me lleve a una tierra sin pasado.

Ha caído el otoño, hijo, como de golpe. La chopera que ayer era verdiplata se ha vestido de un ocre clarito, casi amarillo y apenas si le quedan

hojas. Y llueve y llueve. Las hojas de los chopos vuelan por el jardín. Es el viento que las lleva y la trae. Como a nosotros, hijo, como a nosotros.

ALVITE

Se nos ha muerto a todos José Luis Alvite, periodista genial, creador de un mundo único, con una vez que le nacía en los infiernos del humo y de la noche y con un corazón más noble que un daiquiri.

(En el Savoy se ha puesto de moda un combinado nuevo: gin-tonic con lágrimas).

PROPÓSITOS

He decidido cosas importantes. Siempre he dicho que de nada vale hacer planes, pero hoy me contradigo y me gusta además contradecirme; al fin y al cabo uno es, sobre todo, sus contradicciones. Tengo propósitos muy serio para este nuevo año que los iré distribuyendo poco a poco. Ya sé que no me va a avalar ningún organismo de esos de siglas... ni la ONU, ni la UNESCO... nadie, pero me da igual. Os cuento:

He decidido conceder el título de Patrimonio de la Humanidad a casi toda la humanidad porque, salvo excepciones, formar parte de este lío tiene su mérito, porque son los anónimos la sal de la tierra, los que siembran el trigo para que otros hagan el pan, los que ponen los ladrillos, los que curan las heridas... tantos ignorados que hacen posible que la vida continúe. Esa humanidad anónima debe ser declarada patrimonio universal de sí misma.

Hay excepciones, ya lo he dicho: los que no ríen cuando los demás ríen, los que no lloran cuando los demás lloran, los que cambian de bandera y de rumbo según sople el viento. Esos no cuentan porque cuentan demasiado.

También he decidido declarar patrimonio inmaterial de la humanidad la sonrisa de los niños, el dolor de los que sufren sin culpa y esperan, la inocencia, la debilidad de los más vulnerables.

Entre los lugares con encanto voy a añadir no solo mi zona de confort que abarca la cocina y lo que llamo el palomar, donde escribo y pinto cada vez menos, sino también el pruno del jardín y el membrillo que ya está desnudo y esperando a que se asome una nueva primavera.

Por último voy a declararme a mí mismo no sé si especie en peligro de extinción —porque así andamos todos y tampoco se perdería mucho— o más bien especie protegida con el egoísta fin de que todos me amen y me cuiden.

Nadie me hará caso, ya lo sé; pero si de verdad entendiéramos algún día que la humanidad es el único patrimonio de la humanidad, tal vez, no lo sé,

algunas cosas empezarían a cambiar.

PREDECIBLE

Según pasan los años, la vida —no hablo de los grandes avatares de la Historia— digo que según pasan los años, la vida, esa cosa que llevamos por dentro y que tan solo es nuestra por mucho que se comparta, la vida de verdad, que es como algunas invitaciones: personal e intransferible, digo que la vida, según pasan los años, se va haciendo cada vez más insoportablemente predecible y a veces estremece saber ya de antemano —porque esas cosas se notan, se ven venir— que a la caída del sol volarán bajo un cielo anubarrado bandadas de palomas negras en forma de recuerdos.

Y te vas preparando, atiborrándote de paz y besos para que te sirvan como escudos, poniéndote armaduras de dureza en los ojos, tratando de limar esa extraña vocación de esquina que te entra de pronto porque sabes que a la caída del sol, estarás contigo a solas frente a todos los vientos del pasado.

Resulta todo estúpidamente predecible y a la hora prevista aparecen las primeras palomas negras y traen entre sus alas recuerdos que no me pertenecen, oscuros abandonos que quizás no he vivido, despedidas sin carmín en los espejos, cartas que jamás escribí y que releo ahora entre lágrimas que ya no lloro.

Y uno se abandona al esbozo intuido de tantas despedidas que hubieran tenido que ser definitivas pero que golpean, incansables, la puerta que el olvido optó por dejar cerrada solo a medias.

También está previsto que la bandada de palomas negras se pierda en el ocaso en busca de otra víctima sobre la que dejar caer su equipaje cargado de nostalgias, de un pasado tan incierto como el mío.

Vuelve entonces la paz y ni los dedos ya se me hacen huéspedes porque los desahucí y hace años que no habitan mis moradas.

Va cayendo la noche sobre el mundo y uno vuelve a su oficio de vivir dándose cuenta de lo pronto que no se olvida todo, pronunciando nombres en

voz baja y ya cansado, maldiciendo a las palomas y navegando una noche de balandro escorado a la deriva.

EL HABITANTE

Al habitante no le gusta la niebla, le daba miedo, era asfixiante, fría, tenebrosa. Aquella mañana flotaba en el jardín y escondía cada una de las cosas que compartían la existencia con el habitante. La niebla asediaba las ventanas y era como una película de terror poblada de fantasmas.

La niebla, como el viento fuerte, da miedo porque es inaprensible: están ahí, niebla y viento, y trepan por las paredes y asedian la intimidad del habitante resguardado por los muros de la casa y pretenden invadirlo todo, llenar cada habitación con el silbido poderoso de las serpientes y esa transparencia opaca y claustrofóbica.

Cerró las puertas, las ventanas y encendió todas las lámparas de la casa. Buscaba el habitante refugio en la luz y la luz le devolvió la paz y trozos rotos de nostalgia. La casa estaba llena de palabras polvorientas que rebosaban los cajones, de sueños clavados con chinchetas oxidadas en las paredes blancas, de sillones arañados por esperas.

Reconoció cada rincón y allí estaba su vida contenida en cantidad de cosas cotidianas: libros de poesía con algunas páginas dobladas en la esquina señalando metáforas que un día fueron fuente, los famosos cuadernos con anillas, dibujos de palomas, la voz de Sinatra atrapada para siempre en un vinilo negro y Beethoven llorando sobre un piano a la espera de un claro de luna; tantas y tantas cosas... todo un ensayo general para una vida que se iba deshilvanado poco a poco.

Y la luz que había sido salvación, se puso de pronto triste, nostálgica.

Volvió entonces el habitante sobre sus pasos y fue apagando despacio cada lámpara. Abrió de par en par todas las ventanas y, serenamente, se puso a escribir en este folio lo que te he contado, trabajando con la fe de un orfebre cada palabra.

Y yo no sé si sentir por él un enorme desprecio o envidiar su certeza.

JUGUETES

Te juro que me había propuesto ser, si no optimista, lo menos trágico posible en esta nueva temporada. Pero también en la poesía de la vida llegan telegramas urgentes y no es fácil mirar para otro lado. No es digno, ni siquiera moral.

La semana pasada nos pedían libros de texto para niños españoles que no podían siquiera tener acceso a ese «lujo» en un país cuya renta per cápita es de más de veintiocho mil dólares. Algo va mal.

Pero es que dentro de unos días nos vamos a ir a Marruecos no a llevar libros de texto —ojalá—, sino un simple juguete de colores llamativos que despierta la sonrisa de la ilusión de unos niños que no están acostumbrados a esos regalos. La renta per cápita en Marruecos es de tres mil ciento nueve dólares.

Seguramente con o sin libros de texto, con o sin juguetes nuestros niños y los marroquíes se las ingenian para ser felices.

En Sudán del Sur —mil doscientos dólares de renta per cápita—, cincuenta mil niños podrían morir de desnutrición en lo que queda de año. El país se enfrenta a una grave crisis alimentaria, según la UNICEF, en la que doscientos cincuenta mil niños se encuentran en riesgo de desnutrición aguda. «Los niños que sufren esta condición están muy por debajo de su peso, muestran signos visibles de cansancio, pérdida de conciencia y de retención de líquidos, lo que les causa una gran y dolorosa hinchazón».

No quiero seguir con los datos porque de verdad no quiero amargar el desayuno a nadie, pero te lo decía antes: ignorar todo esto teniendo la posibilidad de hablar por un micrófono, silenciarlo y divagar sobre el otoño, me parece una indecencia que no quiero cometer. Solo va a ser esta semana pero no se puede, no se deben evitar todos los charcos que nos rodean y no mojarse alguna vez, no mancharse.

Ya, ya sé que todo esto es conocido, que hablar sobre este asunto no sirve más que para revolverse incómodo y hasta para recibir muchas quejas de que con la que está cayendo aquí, nos preocupemos de Sudán del Sur.

Y no es eso. Lo que me preocupa, lo que me persigue y me desasosiega de todo esto, es la carita del crío que este año va a ir al cole sin unos libros disparatadamente caros, me preocupa que los niños a los que vamos a llevar la ilusión de un juguete nos miren a los ojos y nos den la gracias en lugar de pedirnos cuentas; y me duele hasta el alma cuando pienso en la mirada hueca y la tripa hinchada de muerte de los niños de Sudán.

Es fácil hacer lo que algunos llamarían demagogia, pero para qué. Paso de comprobar lo que se gasta solo en flores de adorno una simple reunión del FMI, por ejemplo, y cuantas raciones de supervivencia podrían comprarse con ese dinero. De alguna forma todos somos cómplices de cuanto ocurre. Dejemos al menos testimonio de este mundo tan brutalmente injusto, tan indigno, tan civilizado y tan egoísta.

VÍSPERAS

Todos los días son ya vísperas de algo. Hay un rumor de fiesta contenido y hasta los lunes tienen vocación de viernes.

Algo flota en el aire y no es la bruma que retrasa los aviones. Todo está dispuesto para la Navidad, para las Navidades y al mismo ritmo que se encienden las bombillas de las calles, se agudizan de algún modo las soledades interiores, esa tristeza que es como la bruma y que cierra el aeropuerto de nuestro corazón a los aviones cargados de una alegría menos falsa de lo que parece.

Si tienes el alma bajo mínimos, si la niebla solo existe en tus ojos y no quiere levantar, si estás triste porque te encuentras solo o si estás sola porque te encuentras triste, quédate con nosotros. Tenemos para ti música y palabras que tal vez no curan del todo pero alivian.

NOVIEMBRE

A estas alturas de noviembre la vida se convierte en un compás de espera; anda el mundo silbando, como distraído, sin saber qué hacer y, como digo, a la espera; pasan cosas, claro, pero todo lo que pasa es menor; hablo de la vida inmediata, de lo que nos ocurre a ti y a mí, a nosotros.

Las otras cosas que ocurren, las grandes tragedias, conviene dosificarlas los domingos por la mañana porque tampoco es cosa de empezar el finde dejando a la gente con el corazón en un puño.

Noviembre es un mes de transición, y si no fuera por algún puente y los difuntos apenas tendría sentido. En noviembre ni hay paga extra, ni rebajas, ni semana blanca, ni nada. Solo muertos y otoño a manos llenas. Noviembre es un mes fúnebre.

Pero el capitalismo no se alimenta solo de crisantemos. A poco que te fijas, como quien no quiere la cosa, desde hace ya unos días habrás visto cómo en la tele han aumentado los anuncios de perfumes, cavas y muñecas.

Las muñecas de Famosa eran antes los arcángeles que anunciaban la buena nueva al mundo; ahora todo ha cambiado, salvo las Navidades mismas que, lo mismo que unos comandos de élite, han tomado posiciones detrás de los escaparates, se han atrincherado tras los cristales de los grandes almacenes, se desperezan en los sótanos secretos de los ayuntamientos y están a punto de asaltarlo todo.

Cuando el *Cortinglés* dé la orden, habrá empezado la dulce Navidad.

MERCADOS

Bien, hoy vengo hecho un experto dispuesto a hacer la competencia a los economistas: le he plantado dos besos a la prima de riesgo y hasta he desayunado con el bono a diez años. Me he repasado el índice Nikkei, el Dow Jones y por supuesto el selectivo Ibex... Pero todo ha sido un mínimo desastre, pelín descorazonador porque no parece que en ningún mercado coticen al alza mis valores: ni el caos, ni la ternura, ni este desorden básico en el que habito, pacífica y dulcemente, aparecen en verde.

Es más: basta el anuncio de esta locura pequeñita que me lleva y me trae del recuerdo al olvido para que alguien, desde algún despacho con bandera, me lance una opa completamente hostil. Y cómo duele una opa hostil cuando te da de lleno y por sorpresa en plena estupidez sentimental.

Han echado del mercado a la emoción, han expulsado del parqué las expresiones limpias, sorprendidas o asustadas. Ya no cotiza ni el cogerse las manos, ni el mirarse a los ojos y las palabras de amor se venden a bajo precio en algunos mercadillos clandestinos.

Tan solo soy una deuda pública, un tipo de interés muy muy bajo, y por eso cada mañana aparezco en este rincón y salgo a subasta con este manojito de palabras y la esperanza remota de que algún trasnochado se decida a comprarme y me lleve a su casa y me coloque después sobre esa mesita destartalada en algún rincón de su memoria.

Cada vez más me doy cuenta de que no somos —de que no soy— más que un adorno de todo a cien: no desentono mucho en ningún sitio, quedo bien entre el boletín y el crucigrama, entre vírgenes medio bizcas y muñecas hawaianas, entre Cupidos de escayola con brillo de alabastro, diosas de ocho brazos, gatos de la fortuna o esos elefantes de falso marfil; sí, sobre todo junto a esos elefantes que en fila india caminan como yo en busca de su mítico cementerio.

LITURGIAS

Me gusta la liturgia de las uvas, de los brindis, de los besos. Me gusta esa extraña euforia de la Nochevieja, tan cercana ya, que dura apenas lo que un anuncio de televisión; pero me llega mucho más cuando justo después de la algarada, vuela el ángel sobre los reunidos.

No sé si te has dado cuenta pero siempre en ese momento de la noche, a las doce y dos o tres minutos, después, ya te digo, del follón de las uvas, los brindis y los besos, de pronto se posa sobre todos, sin que nadie sepa muy bien por qué, un instante de silencio, una brizna de tiempo que entenece y desgarr a la vez suavemente por dentro. No es nada, apenas si se nota, pero ocurre que das un beso más y todo se para, resulta que ese es el último beso justo antes de que vuele el ángel.

Y es en ese momento tenue, incomprensible, cuando de pronto se hace un silencio espeso lleno de bruma y de nostalgia y te das cuenta de que los hijos han crecido demasiado, de que tienen prisa por salir cada cual a su vida, de que se abrochan la juventud mucho más deprisa que tú el pijama.

Y miras a tu alrededor y por un segundo son las ausencias las que se hacen presentes, los huecos, esos vacíos que va dejando la vida por arriba y que solo se equilibran con besos casi recién llegados de unos personajes increíbles que te llaman abuelo y te abrazan con abrazos de oso enormes y te hacen cómplice de su mundo, de su mundo por hacer, de su mundo que aún es mágico y hermoso.

Por el vuelo del ángel no conviene preocuparse demasiado porque dura apenas un segundo, lo suficiente como para pensar todo esto y buscar con la mirada a quien comparte contigo tanta vida y encontrarla ahí, donde siempre, cerca uno del otro mientras en la televisión termina el primer anuncio del año, ese que cuesta una fortuna y que nadie ve porque todos andan en los brindis, los besos o sencillamente acongojados esperando a que el ángel de la

Nochevieja cruce la habitación y no vuelva hasta dentro de trescientos sesenta y cinco días.

SILENCIOS

A veces resulta más sencillo no caer en la tentación de las palabras.

Abandonarse en el silencio y dejar que la música ocupe el primer plano y llene el hueco.

¿A qué tanta abundancia de palabras para solo expresar un sentimiento?

El silencio es lo único imprescindible del lenguaje.

El silencio puede ser una caricia o una bofetada en plena candidez sentimental.

Amo el silencio.

Hay miles de palabras huecas pero ningún silencio está vacío.

El silencio es un vértigo que inquieta.

El silencio es la paz o la angustia.

El silencio carece de tamaño: hay enormes silencios que apenas dicen nada y pequeños silencios que lo llenan todo.

Antes que el hombre y aun antes que las cosas, fue el silencio.

Me prestan las palabras que te doy; solo el silencio es mío.

Tómalo. Toma mi silencio y haz con él lo que quieras.

Mucho más que mis palabras yo soy, sobre todo, mis silencios.

DISCURSO

Él, acostumbrado ya por los años a las trampas de la vida, sobreviviente a un millón de naufragios y con la experiencia triste que suele dar el tiempo, él, digo, la miró a los ojos y le habló suavemente: «Bueno, pues no pasa nada; somos amigos y cuando alguna vez te encuentre en cualquier parte, ya te preguntaré sobre el asunto; nada es irremediable. Mientras, lo importante es vivir y que seas feliz».

Ella, que subía y bajaba de la lágrima a la risa como en un tobogán de sentimientos, ella, digo, le miraba a él muy seria y había como una chispita rara brillando en el fondo de sus ojos.

Él, a pesar de haberle dicho que ya hablarían del asunto en cualquier otro momento, improvisó un monólogo muy bien argumentado sobre el amor, la vida y otros desencuentros.

Ella escuchó en silencio sus palabras y unas veces cerraba los ojos y otras miraba los paisajes. También esbozó una sonrisa y encendió un cigarrillo y bajó el volumen de la música.

Cuando él terminó de teorizar sobre los hechos, después de haber sacado a colación la juventud y sus ignorados vericuetos, tras hablar de la reacción primaria y citar a Ortega y Baudelaire, por este orden, cuando él terminó su frío y cerebral monólogo sobre por qué el amor carece de sentido y resulta siempre tan endemoniadamente complicado...

Después, digo, se hizo un silencio y entonces ella clavó las chispitas de sus ojos en los de él y suavemente le dijo:

—No te esfuerces, ya sé que me quieres.

HORA

Esta madrugada nos han regalado la hora que nos robaron cuando iba a entrar la primavera. Pero no es lo mismo, claro, el cambio no me vale.

Cuando me quitaron la hora por la fuerza, yo pensaba hacer cosas a las dos de aquella noche acogedora y cálida; tenía planes, pensaba besar a una mujer, escribir un poema y cantarle una nana bajito a mi niño grande. Pero no me dejaron.

A las dos fueron las tres a golpe de decreto y ya no había labios que besar a esa deshora, no había un primer verso para ningún poema y mi niño grande dormía ajeno al drama de un robo tan absurdo.

Me desvivieron por extrañas razones energéticas sesenta minutos de mi vida, me hicieron de golpe un poco más viejo y ahora me quieren compensar regalándome una hora de más.

Este domingo a las tres de la madrugada volvieron a ser las dos, pero era como un *déjà vu* sin sentido, una vuelta atrás con trampa, una hora de nada en la que solo cabe esperar con los brazos cruzados sobre la vida a que todo vuelva a ser lo que era, avisar al cuco que vive en el reloj de cuco que lo siento amigo, pero tendrás que repetir la cantinela. Todos los relojes de mi casa anoche me miraban asustados. No fue fácil convencerles; convencerles de que ellos, todos, van bien; no es vuestro el problema, no es que te hayas vuelto loco, cuco: es el mundo el que no se aclara.

Algún día, en los sótanos de quién sabe qué ministerio, se despertarán todas las horas que nos han ido quitando en tantas primaveras y volarán sobre nosotros en bandadas calientes y los cucos de todos los relojes de cuco se escaparán al fin de su absurda casita de madera y, ya libres, emigrarán con ellas en busca del tiempo perdido.

COLEGIO

Estamos a punto de que se desencadene la tragedia, pequeñita, pero tragedia.

Va a ser el primer día del primer curso en el primer colegio grande. Y según te acerques a la enorme puerta, sentirás cómo su manita se aprieta más a la tuya y los ojos se le ponen grandes y te miran como de lado sin entender muy bien qué está pasando.

Y sufren, yo estoy seguro de que sufren.

Es que son niños-pájaros, libres, soñadores, inventores de su propio mundo a los que, de pronto, les abandonamos a su suerte una mañana, les dejamos solos frente a una realidad sin magia y hasta les cuadriculamos los cuadernos para que empiecen ya a entender que la vida es una enorme reja y que no conviene salirse de la raya.

Es verdad que después tendrán amigos, claro; que enarbolarán una libertad vigilada y acotada en los recreos y entrarán a la fuerza en el mundo feo de las cosas ciertas.

Pero en ese primer día del primer curso en el primer colegio grande, les dejas en la fila y ves cómo se alejan, solos ante el peligro; de pronto, en el último momento, vuelven la cabeza y te lanzan una última mirada implorante, esa tremenda última mirada que huele aún a madre y a anarquía pequeña de andar por casa, a necesidad de ti, a traición consumada, a abandono de Fufi, el amigo invisible que vivía al otro lado del espejo y con el que, casi hasta ayer mismo, hablaba de cosas imposibles.

Tengo que llamar a expertos para que me digan que estoy equivocado, porque no tengo nada clara toda esta liturgia, cada vez más temprana, de renunciadas y abandonos.

Aunque la sangre no llegue al río ni manche el empedrado —mejor no hablemos de las lágrimas de algunos—, en todos los patios de todas las

escuelas, alguien tendrá que recoger las plumas pequeñas de las pequeñas alas que cortamos de un tajo certero y terrible a todos estos críos-pájaros el primer día del primer curso de su primer colegio grande.

DÍAS

Hay días en los que uno siente la necesidad de refugiarse del frío y de la lluvia. Lo comentas y no te entienden; miran al cielo, contemplan la ventana y llenos de razón contestan que no llueve y que tampoco es para tanto lo del frío.

Pero es que hay días, días como este, en los que el frío lo lleva uno por dentro y llueve y llueve. Y aunque nada y nadie se moje, claro que llueve: llueve dentro del coche, llueve en los ascensores, la redacción es un inmenso charco y en esta habitación que hace de estudio no para de llover sobre el micrófono.

En un día como este debió escribir Félix Grande

*(...) Me muevo por la casa igual que un escorpión borracho
y corroboro que el trabajo es mentira,
que es vida falsa cuanto no incluya tu presencia,
que hasta la espera es pan de desconsuelo,
que hasta estas frases con que apostrofo a tu vacío,
son hielos apagados y casa de ceniza.
Vuelve pronto, Loba,
regresa.*

Todo esto lo decía Félix Grande, poeta de lo cotidiano, amigo y maestro capaz de escribir una oda fría a una cajetilla de LM y de morir a traición en pleno invierno.

Y es verdad que hay días —días como este— en los que uno pone las cartas boca arriba, abre de par en par los brazos y dice sencillamente: «Pues esto es lo que hay, muchacho, esto es todo lo que hay».

Por los barrios del mundo viene sonando un lento saxofón y solo queda un mar revuelto de ausencias y recuerdos, un blanco espiritual de fondo y poco más resumido en una pequeña biografía.

HORROR

Hace algo más de una semana la noticia ocupó un lugar discreto en algunos medios de comunicación, ni siquiera en todos. Según el portavoz de una ONG —cito textualmente— «los cuerpos estaban descompuestos, era horrible. Los hemos encontrado en diversos lugares, en un radio de veinte kilómetros y en pequeños grupos: bajo los árboles, o a pleno sol. A veces era una madre con sus hijos, otras veces niños solos».

Esto ocurría en el desierto del Níger. Habían encontrado muertos de sed a siete hombres, a treinta y dos mujeres y a cuarenta y ocho niños. Has oído bien: ochenta y siete muertos desparramados en veinte kilómetros. Y más de la mitad eran niños y llevaban allí muertos desde principios de octubre. Se habían adentrado en el desierto camino de Argelia mientras el mundo tenía los ojos fijos en si Estados Unidos suspendía o no pagos.

Treinta y dos madres muertas en busca de un futuro imposible bajo el sol sin tregua de las dunas mientras en Europa se hacían previsiones sobre el crecimiento económico.

Cuarenta y ocho cadáveres de niños, cuarenta y ocho niñitos muertos de sed y olvido mientras en España nos preocupábamos de los papeles de Bárcenas y de los ERES de Andalucía.

No es justo, no puede ser que esta tremenda historia —una más— no provoque la reunión urgente de la ONU. No puede ser que ochenta y siete cadáveres descompuestos en medio del desierto no lleve a todos los jefes de estado europeos a una convocatoria extraordinaria en Bruselas. No entiendo que los cadáveres de cuarenta y ocho niños desperdigados por el desierto no justifiquen un pleno del Congreso y un gabinete de crisis en España.

Ni siquiera sé cómo yo mismo aún me atrevo a abrir la puerta de mi nevera y me permito elegir lo que me apetece sin que se me caiga la cara de vergüenza, de estupor y de rabia.

Así no vamos a ninguna parte. El mundo es un horror sin pausa. Tenemos las manos manchadas de sangre y ni siquiera ya nos damos cuenta. Cada niño que muere de sed o de hambre es un asesinato, un asesinato que cometemos entre todos.

PRIMAVERA (2)

Hola, primavera, bienvenida oficialmente. No sé muy bien cómo tratarte porque eres confusa como un adolescente; demasiada literatura mala y blandita, demasiados tópicos, y con lo del cambio climático ya ni se sabe qué va a pasar contigo. A estas edades, cuando la sangre solo se altera ante la injusticia y cuatro cosas más, a estas edades uno tiene ya un archivo de viejas primaveras que en días como estos conviene repasar para acercarte más a la ira que al amor.

Y ahí están, casi en un obituario, la Primavera de Praga, aquella emoción que aplastaron los tanques rusos mientras Occidente miraba hacia otro lado; el mayo de París que no llevó la imaginación al poder ni encontró ninguna playa bajo los adoquines pero al menos borró ese rictus de luto amargo y viejo que venía arrastrando Europa desde hacía años. Y la Revolución de los Claveles tan literaria que tenía hasta un mariscal con monóculo mientras un fado de madrugada despertaba la libertad en el viejo corazón de esa Lisboa que tanto amamos tantos.

Ay, primavera, primavera... qué hermoso cuando te escondías en los rincones oscuros de los parques, cuando florecías en aquella maldición que era el acné, cuando el simple roce de una mano era casi un incendio.

¿Qué ha sido de nosotros, primavera, de ti y de mí? ¿Cuándo y por qué dejamos de sentirnos y el florecer de los almendros y el volar de los gorriones ya apenas nos sorprende? ¿Sabes? La señora María, la del puesto de helados, la que nos fiaba polos de fresa y caramelos «Sacis» hasta el día de la paga, se murió un invierno de hace mucho.

Lo mismo que el poeta aquel que dejaba sus versos tan educadamente impresos en unas hojitas de papel rosa; los dejaba sobre las mesas de los quioscos donde se besaban los enamorados cuando el sol se caía y pedía luego

la voluntad a cambio de sus rimas consonantes. Un año dejó de venir y nunca más volvió.

Y todo así, primavera. Tú estás irreconocible con el calentamiento global y yo perdido entre la tarjeta dorada de la Renfe y que no se me dispare el PSA de la dichosa próstata. Ya sabes, la vida que no da respiro y nos persigue igual que un perro hambriento. Pero bueno, aún somos más rápidos.

SIN TECHO

Los nuevos sin techo ya tienen nombre oficial: mendigos de la crisis y se están muriendo de frío en la Europa del euro y el mercado único.

Sería inútil tratar de emocionarse con su filosofía errante. No están aquí borrachos y dormidos por vocación de rebeldía, no son románticos vagabundos acunando su libertad entre cartones; todo es más sencillo y más trágico: les echaron, les expulsaron —o les expulsamos— del paraíso de la mediocridad y la paz programada del gran estado del bienestar.

Por eso se esconden en las entrañas de la tierra, para vengarse de ellos mismos y para echarse a morir sobre la nada. Muchos tuvieron una vida tranquila, una casa que pagaban poco a poco, un aparato de televisión, una nómina y hasta un regalo por el día del padre.

Entonces llegó la crisis y sobre ellos voló el pájaro atroz de la tragedia. Se quedaron sin empleo de pronto, un mal día de un mal ERE y vivieron unos meses del subsidio y después empezaron a beber para seguir viviendo arañando recuerdos.

Pero solo alcanzaron el olvido de los otros. Se quedaron sin familia y sin amigos. Les abandonamos, matamos de un primer golpe certero su entorno de confort y más tarde su esperanza hasta que al final se descubrieron solos, cayeron en la cuenta —como quien cae en el abismo— de que no existía el paraíso, de que nada había merecido la pena, aunque la pena había sido negra y espesa tantas tardes de lluvia, de vida familiar, de sacrificio y sueños rotos.

Cuando empiezan los fríos, el poder, los amos del calabozo, los que tienen las llaves de las cosas, les abren los túneles del metro para que duerman allí donde ni llegan las palomas en sus vuelos ni el sonido acogedor de los gorriones. Si les hablas, hijo, hazlo con respeto y en voz baja; no les preguntes; te mirarán a los ojos y sus ojos se quedarán en tu memoria por los siglos de los siglos (tienen ojos de agua y en la mirada una mezcla inquietante

de vergüenza y de odio). No les preguntes por su historia ni te atrevas a perturbar sus sueños o su muerte.

Morir de frío, hijo, es tan triste como morir de desamor y soledad. O tal vez sea lo mismo. Sí, tiene que ser lo mismo.

SOBREVIVIR

Me preguntan: ¿cómo estás? Y yo contesto: mal, como siempre, gracias, y que no cambie.

Y sonríen porque les parece una respuesta absurda.

Me dicen: ¿qué tal vas?

—Pues ya lo ves, sobreviviendo que no es poco —les respondo.

Y me dan la razón como a los locos por no profundizar en el asunto.

—Claro, claro, sobreviviendo, como todos...

Y no, como todos no. Hay muchos que perecen en su propia tragedia y por extrañas circunstancias siguen luego en la vida pero es como si no estuvieran. Ocupan un lugar en el espacio, ganan un sueldo, tienen su DNI, vienen y van en autobús a la oficina pero en realidad no existen, han renunciado.

Luego están los inquilinos eternos del barco que siempre flota; pillan mar gruesa, marejadas que rolan a fuertes marejadas y mientras la inmensa mayoría andamos con el agua al cuello, medio ahogados, ellos, siempre a flote, observan cínicamente desde la cubierta cómo cambia de bandera el buque sin que eso les preocupe. Hay nuevo capitán y rumbo nuevo; ellos tranquilos: seguirán a flote. Como siempre. Dirán los que les manden.

Y al final estamos nosotros, los que sobrevivimos en este descontrol que es siempre la vida a fuerza de empeño y desconsuelo, de vocación para seguir en esto a duras penas, aunque sea mal, gracias, y que no cambie.

Somos los que nos jugamos a la carta de un sencillo «NO» todo nuestro presente. Y qué fácil es perderlo y cuántas veces, ay, lo habremos ya perdido.

No es que seamos ni revolucionarios, ni héroes indómitos, ni Indiana Jones vestidos de rebajas, no, qué va. Somos de lo más normalito que se despacha en ser humano: contradictorios, leales, quién sabe si dignos o a

veces orgullosos, susceptibles, algo neuróticos, pero incapaces de hacer daño a una mosca o de vendernos.

Somos los que no hemos heredado del mundo más que un trozo azul, un pedazo de pan y un mañana incierto.

Bueno, todo este rollo era para presentarme tal cual soy y para que así me aceptes sin más en un rincón de tu vida.

NO SIRVE

No sirve de nada guardar los sueños en el cajón de la mesita ni tratar de controlar serenamente lo que ha surgido en forma incontrolada y violenta como un amor o un desengaño. Tampoco sirve ninguna pomada para calmar el ardor de un primer encuentro, ni sedan los sedantes ese sinvivir que te recorre cuando la espera pasa de castaño a negro, de sonrisa a lágrima, de inseguridad a certidumbre de olvido.

No sirve de nada esconder bajo la cama la pequeña ilusión de un día raro ni levantar la esquina de la alfombra y esconder la tristeza de una tarde ruinoso. Todo eso es tan inútil como acostarse solo y abrazarse a la almohada o preparar dos tazas de café en el desayuno, una para ti y la otra para nadie.

La vida es todo eso; la vida es ese sueño que quisieras soñar y tratas de perderlo porque en el fondo te da miedo volar sin ataduras. La vida es un incendio de repente, es el único incendio en el que merece la pena arder y hasta quemarse, quemarse hasta la consumación total y ya veremos luego dónde encontrar el bálsamo que alivie las heridas. La vida es la esperanza a los pies de la cama, aunque sobre la sábana no exista un cuerpo al que abrazarse en las noches oscuras tan llenas de soledad y de quebrantos.

Te cuento todo esto porque yo he tratado de perder la esperanza junto a los zapatos, de ocultar la tristeza bajo las alfombras y hasta he preparado para el desayuno dos cafés, el mío y el de nadie. Eso ocurrió hasta que un día alguien me dijo justo lo que te digo ahora: que no sirve de nada guardar los sueños en la mesita de noche ni tratar de controlar serenamente lo que ha surgido en forma incontrolada y violenta como un amor o un desengaño... etc.

HACEN COSAS

Hacen cosas, lo cierto es que hacen cosas: los hay que construyen autopistas, pintan fachadas, dan la lechada exacta sobre el alicatado, tienden puentes, enroscan tuberías, fabrican pan, cultivan el maíz, los trigos, sacan de la aceituna aceite, de la tierra carbón, de la mar su alimento.

Todos hacen cosas y lo que hacen unos hombres sirve para otros hombres. Pueden ser cosas materiales como el que templea cuchillos en la forja, pero también pueden ser cosas intangibles, poemas por ejemplo; y todo es necesario.

Vivirán los poemas mucho más tiempo que aquel que los compuso de la misma forma que la silla humilde seguirá estando allí, en su rincón, cuando su carpintero ya no esté. De todos quedarán sus obras, con o sin nombre, que eso es lo de menos, pero allí estará el edificio, un poco más allá la tierra abierta en surcos para que otros brazos la cultiven y los que fueron niños tendrán el conocimiento del que un día fuera su maestro, y el maestro, así, perdurará en el tiempo.

Todos hacen cosas, hoy lo he sabido, porque me he mirado las manos y no he encontrado apenas nada.

Mi oficio ha sido nada, charlatán que aún vende cada día palabras como espuma en el mercadillo de la vida, pequeñas pompas de jabón que hasta pueden parecer hermosas un segundo, el tiempo que están suspendidas en el aire hasta que tropiezan con una realidad que las destruye sin estrépito. Cuando explotan, ni hacen ruido ni manchan nada. Dejan de existir. Y eso es todo.

No vas a estar de acuerdo, pero hace falta ser muy generoso con uno mismo y a la vez muy cretino para creer en serio que unas cuantas pompas de jabón justifican a una vida.

REGALO

Por esa larguísima pasarela que es la ciudad, desfila ya la vida con el ombligo al aire.

Seguramente hoy alguien va a sonreír a mi lado y hasta es posible que me mire con una mirada a la que se asome una brizna de ternura. Y eso está bien, es suficiente.

Te cuento todo esto porque te imagino escuchándome al otro lado de la radio y me gustaría regalarte también a ti una sonrisa. Ya sé que seguramente hoy no te hace falta, ni mañana, ni tal vez la semana que viene ni la siguiente. Pero a pesar de todo me gustaría, por si acaso, dibujarte una sonrisa porque mereces ser feliz. Me gustaría hacértela a medida y que te la quedaras para siempre, que la metieras en el último rincón, en donde guardas todas esas cosas raras que no sirven para nada, pero que no quieres tirar.

La dejas por ahí y te olvidas; ni tan siquiera pretendo que te acuerdes de que existe: tú te la quedas y ya está.

Tal vez, quién sabe, en uno de esos días que sin motivo uno se cansa de tirar del carro y el mundo pesa como una losa y todo se pone de color gris/triste, rebusques entre tus cosas la sonrisa y aunque ni la encuentres, quién sabe si tal vez esa idea tan solo, la de saber que alguien te regaló un día una sonrisa, tal vez te haga sonreír.

Mira, estas sonrisas de artesanía, hechas a mano, moldeadas como el barro, amasadas como el pan, son igual que los vinos: envejecen muy bien y lo bueno que tienen es que, si no las necesitas, ni ocupan sitio ni se agotan nunca, ni siquiera se secan pese al olvido.

Supongo que el secreto de todo esto está en no pedir nada, en conformarse con muy poco de todo: una mirada amiga, un guiño de complicidad, una rebanada de ternura y una sonrisa vieja guardada en algún sitio.

FIGURA

En todos los museos del mundo se citan cuadros con un título nada comprometedor, sencillo como la vida misma: paisaje con figura. Y aunque la cosa no va más allá, a mí me resulta misterioso, deja de ser un lugar común para convertirse en una historia al menos inquietante: ¿quién era esa figura y porque estaba allí, en aquel paisaje?

Cuántos paisajes tenemos cada uno de nosotros, cuántos fondos se van sucediendo por la ancha carretera que une el corazón con la memoria.

Paisajes con olor a lavanda, sombra de chopo, pueblo de Castilla, el color de la mar indescifrable, las siestas clandestinas, anocheceres lentos de trigos y palomas.

Y hay pasajes urbanos, paisajes con perspectiva de tercer piso, ventana del salón, cortinas de cretona y silencios de invierno y lluvia y garabatos lentamente pintados con un dedo sobre el vaho melancólico del cristal, tan frío, contra la frente.

Hay paisajes de luz, calles remotas que alguna vez hemos recorrido llevando de la mano a una muchacha, a una soledad, a un regreso.

Y hay también un paisaje de pasillos, de esquinas y recodos, imaginados laberintos repletos de fantasmas.

Todos están ahí.

Pero los paisajes no importan.

Solo importan los paisajes con figura.

Solo importa la figura en los paisajes.

Cuando estás, el paisaje está lleno.

Cuando faltas, nada hay al otro lado de mis ojos.

MIRADAS

Se dijeron muchas cosas.

Él le dijo a ella que necesitaba con urgencia su mirada, que si algún día le faltaban sus ojos ya no sabría dónde posar los suyos y que sus manos, las de ella, esas manos que hospedaban la noche cayendo desolada, eran su cueva, su refugio, el lugar que siempre había soñado para echarse a morir un rato cada tarde.

Ella le dijo a él que quería su horizonte imposible, sus años sin final hechos de arena, el impreciso aturdimiento de la vida a su lado, aquel tobogán por el que se bajaba de la alegría triste a lo más parecido a la tristeza alegre.

Se dijeron todo eso y muchas cosas más.

Ella le dijo a él que le quedaban muy bien esas pocas ganas que pretendía para casi todo, ese cansancio que acumulaba siglos y hasta las cicatrices que la vida le había dibujado en la mirada.

Eso le dijo, y él le dijo a ella que solo su risa abría los caminos de la esquiva esperanza y que en su cuerpo ardían todas las hogueras y que la amaba con la ternura del azul y la dureza de las bestias.

Se dijeron tantas cosas que la casa se fue llenando de palabras. Las palabras que se decían lo iban ocupando todo, llenaron los armarios, rebosaban por los cajones, cubrieron como una yedra las butacas, las sillas, hasta las mesas.

Tantas cosas se dijeron, él a ella y ella a él, que al poco tiempo solo les quedaba un rinconcito vacío de palabras en una esquina cerca de la ventana que daba a las acacias.

Y allí se hicieron fuertes. Construyeron un búnker de silencio armado y entendieron que una sola mirada tenía más fuerza que un discurso y que en un rozar de manos se podían esconder todos los poemas.

Envejecieron juntos en aquel rincón y nunca más tuvieron que dirigirse la palabra.

NIÑAS (2)

Otra vez son niñas; otra vez el horror, la maldad, lo más repugnante que puede tener el ser humano, ha buscado, cobarde, la inocencia para llenar de sangre y muerte un mercado en Nigeria y hace dos días una comisaría de Damasco. Pero son ya tantos los atentados que apenas nos da tiempo para dedicarles un minuto.

¿Qué está ocurriendo? Es que apenas nos fijamos ya y casi ha pasado desapercibido lo ocurrido en Madagali, muy lejos, en Nigeria, y ahora en Damasco donde al menos tres personas murieron el viernes en un atentado suicida perpetrado contra una comisaría.

Testigos presenciales en los dos casos confirman algo que aumenta aún más el horror de esta historia: quien entró en la comisaría de Damasco y fingió que estaba perdida y detonó el chaleco era una niña que tenía siete años, los mismos que las dos niñas que volaron en el mercado de Nigeria y causaron la muerte de cincuenta y seis personas. Siete años, tres niñas de siete años.

Tres niñas a las que alguien había forrado de explosivos, tres cuerpecitos destrozados que apenas habían empezado a conocer la vida y a las que un grupo de ratas había convertido en bombas escondidas tras sus ojos inocentes.

Las llenaron de explosivos y las mandaron a la muerte. No puedo evitar imaginar el amanecer de ese domingo de las niñas nigerianas que sin ellas saberlo iba a ser el último de sus vidas, el último para cincuenta y seis personas más. Debió amanecer en Madagali lo mismo que en Damasco y es posible que esa noche las tres niñas soñaran con las cosas que sueñan las niñas. Amaneció y quién sabe si las tres niñas rieron como solo ríen las niñas y hasta jugaron a los juegos que juega cualquier niña antes de que las ratas hicieran su trabajo.

Rodearon sus cuerpos de explosivos y las llevaron al mercado con instrucciones de hacia dónde deberían ir: justo donde más gente había. Y las niñas caminaron solas hasta perderse en la multitud. A los pocos minutos se oyó una gran explosión y acto seguido otra.

El resto es confusión, sangre y luego olvido. ¿Pero cómo olvidar, cómo? Ningún dios podrá perdonar nunca romper así a un inocente.

INOCENTES

Bueno, pues parece que esto se acabó. Con la llegada de los Magos se cierra ese paréntesis de bombillas, colores y polémicas dentro del cual, pese a todo, se escribe mil veces la palabra PAZ. Pasó la Navidad como un suspiro, empezó el año nuevo y los Reyes de Oriente caminan ya de regreso a sus lejanas tierras. Y entre medias, sin demasiada gloria ya, los Santos Inocentes.

Y a mí me gusta esa fecha, esa celebración pervertida —seguramente de forma bien intencionada— pero pervertida durante muchos años y a punto de desaparecer.

Porque la inocentada no era más que el reflejo lúdico de una realidad amarga: hacer risas a costa del inocente, gastar bromas a los crédulos, pegar en la espalda del otro un monigote que le estigmatizaba así a la vista del gentío.

Ya, ya sé que estoy exagerando, que todo era una broma pequeña; lo estoy haciendo adrede porque cada vez más me obsesiona la idea de la inocencia y no solo la inocencia tantas veces brutalmente rota de los niños; también pienso en esos hombres y mujeres que van por la vida con lo puesto, sin dobles lecturas, sin grandes hazañas. Biografías que nunca serán escritas pero que contribuyen a mejorar el mundo.

Hablo de esas mujeres y esos hombres que pasan por la vida con vocación de inadvertidos, que pisan de puntillas los caminos y la huella que dejan es tan leve que ningún mal viento se detendrá sobre ellas para borrarlas. Por eso permanecen y como son miles, millones, generaciones enteras de no protagonistas, de secundarios necesarios e inocentes pisando levemente, marcan al final el camino del mundo.

No debe ser verdad que la inocencia esté en crisis; yo creo en los inocentes, los necesito para seguir en esto frente a la maldad de los grandes titulares; necesito creer en esos que forman el gran pelotón de la vida y que

luchan en silencio por el pan de cada día sin resignarse nunca, airados tantas veces, doloridos pero con un corazón más grande que la luna.

SÁLVATE

Ocurre un par de veces en la vida y no siempre. Y no a todos. Pero a veces ocurre y, cuando ocurre, te juegas el destino, pones el futuro a salvo o apuestas por quién sabe.

Es absurdo que ser uno mismo cueste tanto, que cueste tanto todo cuando dejarse llevar por la corriente resulta tan sencillo, tan tentador, tan fácil.

Y van pasando los años y ves cómo tu cuerpo se ha adoptado cómodamente a la forma que ha querido la vida cuando tendría que haber sido la vida la que se dejara amoldar por ti, aunque fuera un poquito, tomar la forma de tus ilusiones, el color de tus sueños.

Pero la mitad de las veces ni siquiera has podido elegir, no te han dejado y cuando te has revuelto y buscado tu hueco te han señalado con el dedo y te han dicho cuál es tu sitio, dónde está tu rincón.

Nos ha pasado a todos y por eso todos llevamos algunas cicatrices. Hemos perdido tantas batallas que ya casi hemos renunciado a ganar la guerra.

Pero no, ya te digo, solo casi. Puede que ocurra un par de veces en la vida y es entonces cuando una diminuta luz que dura apenas un segundo quiebra la programada paz de una agenda aburrida, de un sillón de orejas comprado a plazos para ver la tele, de una forma de vestir y de muchos respetos apilados en el armario junto a las corbatas, de tantos miedos escondidos bajo los pañuelos víctimas de tanto aniversario sin pasado ni futuro. Es justo entonces.

Sálvate. O te agarras a esa luz, que es un instante solo y tiras fuerte y rasgas todos los falsos cielos grises que te habitan, o nunca más podrás mirarte a la cara sin sentir una brizna de vergüenza, una punzada de arrepentimiento.

SALVI

Salvi, el sin techo que dormía entre cartones bajo las verdes torres de Colón, en pleno centro de Madrid, no esperó a que llegara esta ola siberiana, ni siquiera quiso conocer cómo iba a ser el feliz y próspero 2017. Se murió de frío y soledad la noche del 31 de diciembre, la vieja Nochevieja mientras medio país celebraba alborozado el año nuevo.

Salvi no se dio la oportunidad de vivir estos días de tanto bajo cero. Dicen que son sobre todo los borrachos, los que llenos de alcohol se quedan dormidos en las esquinas y ya no se levantan.

Los vagabundos del euro son muy suyos. No entienden los esfuerzos de los gobiernos para poner en pie otra vez el gran estado del bienestar y hartos del paro, cuando se acaba el goteo de las ayudas, se dan a la bebida, la familia se rompe y hacen de la calle su morada hasta que revientan de frío en los desagües de las grandes capitales, en los bajos de las orgullosas torres que llamamos triunfalmente rascacielos.

Los más pobres del continente rico ni siquiera agradecen el detalle de las autoridades que abren las tripas de la ciudad para que ellos duerman bajo techo. Cuando el frío se hace insoportable, un par de estaciones de metro se convierten, debidamente custodiadas, en extraños dormitorios para los marginales.

A Salvi, el de la plaza de Colón, le han dedicado unas hermosas líneas un par de compañeros y poco más. Donde Salvi se parapetaba como un Diógenes bueno en sus cartones, alguien encendió unas velas el primer día de enero y dejó unas flores sobre el cemento en su memoria con un letrerito pequeño y de colores: «Adiós, Salvi, te queremos». Mientras retiraban su cadáver aseado, los vales de Viena sonaban en media Europa. De las imágenes tremendas que nos llegan de los refugiados podemos hablar otro día.

Pero repito una vez más: morir de frío es tan triste como morir de desamor. Tal vez sea lo mismo.

HAMBRE

Ocurrió que un despacho de la agencia EFE llegaba a todos los rincones de la tierra. Sus escuetos tres párrafos no se publicaron en ningún periódico. La agencia EFE distribuye al día miles de noticias y la ciento setenta, enviada aquella tarde a las 16.54 horas, habla de dos niños que habían muerto de hambre en un pueblo de Nicaragua.

Cuantitativamente esto no es gran cosa. Se sabe que cada día mueren de hambre cientos de niños, miles de niños de los que lo ignoramos todo, de forma que dos muertos más no merecían ni siquiera una crónica de urgencia.

Pero aquella tarde yo conocí los nombres de Mercedes Guadalupe y su hermano José Luis que habían muerto de hambre en un pueblo de Nicaragua.

Y supe también aquella tarde que antes de morir de hambre, de hambre pura y dura, sufrieron alucinaciones, delirios, vieron cosas que no existían porque el hambre, cuando es mortal, provoca desvaríos en las últimas horas antes de dejar esos cuerpitos rígidos ya para siempre.

Y ella, Mercedes Guadalupe, la niña muerta, tenía tres años y él, José Luis, su hermano, solo dos. Un tercero agonizaba en su chabola; probablemente moriría también a no ser que la noticia ciento setenta de la agencia EFE hubiera podido más que la miseria endémica, a no ser que la caridad, o como se llame, hubiera llegado antes que las alucinaciones y que el ángel negro de la muerte.

Mercedes Guadalupe y José Luis eran dos niños inocentes que nacieron en un lugar inadecuado y en un tiempo excesivamente cruel. El ayuntamiento pagó los dos ataúdes a la familia porque no tenían dinero ni siquiera para morir.

AUSENCIAS

Hoy, no sé por qué, es como si necesitara hablar urgentemente de la ausencia, de las ausencias que no son el olvido ni los huecos que dejan cicatrices: al contrario. La ausencia, las ausencias, siempre están ahí, caminan junto a ti, se paran si te paras y se acuestan contigo cuando buscas refugio entre las sábanas. Te despiertas de pronto y en lo oscuro ves cómo la ausencia te sonríe a los pies de la cama. Suena el despertador y en su sonido baila un vals tristísimo la ausencia.

Qué presente está siempre la ausencia y con qué obstinación de perro herido y fiel te sigue a todas partes.

La ausencia, que en realidad es solo una contradicción extraña; la ausencia, que no es sino la nada inundándolo todo, siempre ahí.

Uno va envejeciendo y cada vez me doy más cuenta de la cantidad de ausencias que me habitan. Amigos que ya no están pero que siguen, risas que nadie ríe pero que explotan sin saber una tarde, miradas, cuerpos, besos y palabras que al otro lado de la ciudad existen, tienen vida, horarios y trabajos, pero son solo ausencias más allá de tus manos.

Quizás la ausencia solo sea un error, un purgatorio, la antesala del olvido, el anuncio de un exilio muy triste y muy lejano, esa alfombra roja sobre la que caminas dignamente sonriendo sin saber que al final solo espera el desahucio.

Mucho más allá de la amargura y las preguntas sin respuesta, sonrío no sé si con un hola o un adiós a mis ausencias desde el único exilio que mi alma desconoce: ese exilio que se llama mañana.

PANTALLA

Ella encendió el ordenador, abrió el correo y puso la flechita del ratón sobre una de las cartas. No se especificaba asunto pero sabía de sobra quién era el remitente. Entonces hizo «clic» y la pantalla se llenó de palabras. Leyó la primera línea casi de reojo: «Me está creciendo en el alma un peregrino que camina hacia ti día tras día...».

Dios, pensó ella, ya estamos otra vez jugando a las palabras lastimeras. No pienso seguir leyendo, se dijo. Pero cuando iba a cerrar el documento, casi sin querer se fijó en otro párrafo: «Te lo advertí, te dije: es malo acostumbrarse a ser feliz y al final fui yo quien obstinadamente propuso lo imposible: quererte cerca y lejos...».

Ella entonces sonrió con cansancio y musitó en voz alta: «No, otra vez haces trampas; esto ya lo has escrito, te plagias a ti mismo, no cambiarás nunca». Pero haberle descubierto le dio a ella cierta calma y saltándose mucho texto, se detuvo en otro párrafo: «Es tan ronco el silencio que parece que llueve aunque no llueve, que el viento sopla fuerte en la esquina del jardín pero no hay viento. Solo son tus párpados batiéndose en ausencia y destrozando el paso de las horas...».

Ella, por primera vez, se puso algo más seria; se pasó la mano por el pelo en un gesto de cansancio y tras unos segundos de silencio le dijo a la pantalla: «¿Qué sabes tú del tiempo y de la lluvia? ¿Qué sabes tú del silencio y de mis párpados? ¿Qué sabes de la ausencia? ¿Cómo te atreves ni siquiera a pronunciar ese desorden? Nunca se debe hablar de las cosas que amamos algún día. No juegues. Solo se puede ser feliz después de conocer a qué sabe la derrota».

Y fue entonces cuando, tranquilamente, empezó a seleccionar todos los párrafos hasta que el texto entero se tiñó de gris. «En fin...», dijo con un cierto cansancio pero sin apenas una pizca de remordimiento; «Ya está...»,

susurró con una mezcla rara de frialdad y pena mientras dirigía la flechita del ratón a una de las opciones. Hizo «clic» y el ordenador preguntó «¿Desea eliminar todo el texto definitivamente?». Ni siquiera sonrió. Apretó el botón derecho y la pantalla quedó en blanco.

ABANDONO

Hoy hace demasiado febrero, demasiado como para ignorar el peso de tantos abandonos.

Hoy suena el viento tan fuerte en las esquinas que lloran las ventanas golpeadas no sé si por la lluvia o por el miedo.

Hoy es justo ese día en el que parece casi urgente recordar la desesperada canción desesperada de Neruda y pensar serenamente si no ha llegado ya la hora de partir, oh, abandonado, si en el fondo la vida no es más que un continuo naufragio.

El camino del hombre es un reguero de abandonos que solo los recuerdos —tan frágiles, tan confusos— almacenan desordenados en algún desván de la memoria.

Abandonamos la infancia que olía a pan y aceite y de pronto nos vimos en el mundo tomando la salida de una larga carrera que no tenía meta ni un final con gloria verdadera porque el triunfo no es más que una comedia que se acaba de pronto cuando baja el telón sin que nadie te avise de que la representación ha terminado.

Y abandonamos también ese escenario con más pena que gloria, sin aplausos, muchas veces sin público. Y en la calle seguimos plantando cara al viento, abandonados, abandonados, sí, como los muelles en el alba.

Es entonces cuando empieza a pesar la vida y te preguntas si no ha llegado ya la hora de partir.

No hablo de nada trágico; simplemente de partir con todo abandonado, de seguir el camino a cielo abierto, junto a ti, junto a otros, junto a tantos.

No sé; no me hagáis mucho caso.

Debe ser este febrero que me viene grande, este viento tan duro que ha tomado el jardín al asalto; son las ventanas que lloran con la lluvia; es esta dulce vocación de abandonado.

DESENAMORADOS (2)

Nos acercamos irremisiblemente al 14 de febrero y esto es ya una riada de corazones rojos y perfumes que hablan en francés. Hace un año me declaré a favor, pese a todo, de esta celebración tan rara, pero reivindicué la necesidad de que también tuvieran su día los desenamorados, esos hombres y esas mujeres que alguna vez se abrasaron de amor pero el tiempo, la distancia, lo que sea, terminó por apagar aquel incendio.

Me preocupa sobre todo el «lo que sea», lo repentino, lo inesperado. Me pregunto por qué se deja de querer un día o por qué un día se hace imposible demostrarlo y se levantan barreras que incluso alguna vez se lloran después pero ya resulta imposible deshacer el camino, derruir ese muro que se ha alzado muchas veces por una palabra dicha a destiempo, sin sentirla, por una frase que hiere en lo más hondo o por un silencio que nace pequeñito con vocación de nada y que al final se convierte en un abismo.

¿Por qué se deja de querer de pronto? No hablo del paso de los años ni del cansancio ni la costumbre, no. Me pregunto por qué de pronto lo que ayer era jardín hoy amanece escombros; no entiendo que los refugios cálidos se conviertan de pronto en cuevas de peligro. No sé por qué donde siempre brillaba una luz cálida se derrumba la noche amenazante y ciega.

Me pregunto sobre esa humana contradicción de Neruda: «Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero».

Una vez escribí que el desamor, el abandono, era una tacita de café que se deja en cualquier parte, una tacita sola y solitaria sobre la mesa en la que siempre había dos, un «buenos días» que no tiene respuesta, una mano extendida de pronto hacia la nada.

Y los recuerdos, claro, y esa ignorancia del otro, ese silencio oscuro en medio de esta riada de corazones rojos y perfumes que hablan en francés.

Hoy podría no ser un día cualquiera y celebrar sin estruendo ni lágrimas el día de los desenamorados.

BANCO

A veces no resulta fácil vivir cuando es invierno y el sueño o el cansancio se te cuelgan de los ojos. Sales de tus adentros y la ciudad es un inmenso zoco abarrotado, una prisa carente de sentido, un disparate en ruinas que viene y va con prisa siempre sin saber del todo a dónde va o de dónde viene.

Y cómo cuesta salir de tus adentros, tirar de ti y llevarte hasta la calle, bajar las escaleras, saludar a los vecinos, atravesar por los pasos de cebra, pararte en los semáforos y sentarte al final en un banco de la calle a contemplar el mundo sin urgencias.

En el colegio de enfrente, la vida manaba hacia sus adentros y los recreos llenaban de risas limpias y de gritos el aire contaminado. Los periódicos apilados en el quiosco chorreaban sangre como siempre y una mudanza subía y bajaba intimidades con una enorme grúa. Pasó una ambulancia, pero pasó de largo y respiré tranquilo y egoísta. Pasó el camión de butano, la furgoneta del envío urgente y por un momento llegué a temer que una chica traslúcida y muy flaca, fina y segura, me preguntara a qué huelen las nubes. La vida, por lo visto, imita mucho a la tele.

Pero no; pasó la loca hablando sola, o con Dios, nunca se sabe. Luego llegó el cartero, que no llamó dos veces, ni tan siquiera una, porque para eso están los cajetines y al final un nubarrón enorme se paró junto al sol y de un solo brochazo pintó de gris todo el paisaje de mi mundo pequeño.

No sin esfuerzo me levanté del banco. La loca daba de comer a las palomas. Los gorriones hacían aeróbic en las acacias y en el colegio los críos volvían a la clase resignados y en silencio.

Contado así parece una bobada, pero os juro que, pese a lo que se diga en las tertulias y en los debates, la vida es esto o algo muy parecido para un tipo que se levanta un jueves como yo me levanté este jueves, con el invierno a cuestas y el sueño anudado en el costado.

MILAGRO

Hay épocas en la vida en las que todo parece perder el sentido, que después de subir una cuesta empinada, viene otra más y luego otra, y otra. Se encadenan las angustias, los ahogos, hasta el pánico. No hablo de enfermedades crueles, de situaciones límites sino de esa punzada que te atraviesa el alma sin razón y te lleva hasta la frontera de la angustia.

Es entonces: te vas sintiendo más y más abatido, más vulnerable y echas un vistazo a tu existencia y solo ves en la pantalla los trozos en blanco y negro de tu vida, los fracasos, los errores y hasta es posible que llegues a creer que realmente no compensa nada y que no hay ninguna razón para que te puedas sentir feliz.

Y no es cierto. La vida es un milagro, un milagro muy raro, muy raro, desconcertante a veces, injusto, que crece, en ocasiones, en un charco de incongruencia y lágrimas. Todo eso es posible, pero te aseguro que la vida sigue siendo un milagro.

El problema entonces es que dejes de quererte y que solo esperes que tal vez otros te quieran y seguramente hay muchos que te quieren pero piensas que no te lo mereces, que no vales ni la pena ni el amor de los otros, que la soledad te la has ganado a pulso y que lo mejor sería que viniera un mago generoso y te hiciera desaparecer sin trucos: no estar aquí, abandonarlo todo en silencio, sin dramas, dejar de ser de la noche a la mañana.

Te equivocas. Déjame que te diga que te equivocas, porque el mundo, aunque tú no lo sepas, echaría de menos tu voz pequeña entre todas las voces, habría una respiración que falta, faltaría tu paso por las calles, ese estar en la vida que solo es tuyo, irrepetible, único. Por humilde que seas o te sientas, por poco que valores tu trabajo, tu vida, la razón de tu existencia, el mundo sin ti estaría incompleto y sería menos bello.

Lo he dicho alguna vez: la vida puede que no sea siempre hermosa, pero siempre, siempre, se puede vivir hermosamente.

SUFRIMIENTO

Nos asusta hablar del sufrimiento. Cuando de pronto llega la ruptura atroz e injusta de la normalidad y desbarata la paz y desordena el orden, cuando nadie tiene una razón válida para explicar ese descalabro, ese tremendo error que muchas veces no se le puede atribuir a nadie —algunas sí— y que solo se explica desde la estadística, entonces únicamente quedan dos caminos: simular para apaciguar la conciencia o dejar hablar al sufrimiento para llegar a la verdad. Y hoy, aquí, quiero reivindicar el derecho al sufrimiento, el derecho al dolor en este día de las llamadas enfermedades raras.

Yo he elegido el camino de llegar a la verdad y esto no es más que el grito enorme y silencioso de mi rabia y la ira callada de muchos, de la incomprensión de tantos y de mi rebeldía, de mi dolor y de mi miedo; un grito sin aspavientos, sin excesos; un grito que apenas sí quiero que se escuche pero que es el único camino para llegar a la verdad.

La única verdad, aunque suene muy duro, es que estas enfermedades llamadas raras resulta que son un error de la naturaleza. Millones de galaxias en un equilibrio perfecto, esta tierra nuestra, que hemos hecho tan injusta, pero tan perfecta en sí misma que cumple con una exactitud portentosa con las leyes que la rigen. Y de pronto, dentro de ese cósmico milagro, un hijo, una hija que no crecen igual que el resto y hablan de síndromes cuyo razón nadie conoce realmente. No hay explicaciones, solo son un pequeño error en un universo perfecto, el error único entre no sé cuántos miles, el único llanto de una lamentable equivocación genética que no es sino la confirmación absurda de una estadística.

¿Cómo se atreven? No pongo admiraciones en esta interrogante. Hablo para mí desde mi corazón y mis adentros, hablo con la tristeza nunca resignada de lo irreparable, me lo pregunto desde mi soledad a mis soledades.

Pero dejadme que también os diga que esos ojos inocentes de todos los que sufren, de todos los que amamos, esperan de nosotros que sigamos luchando sin perder nunca la rebeldía, la esperanza, la paz y la sonrisa.

MENTIRAS

Decidme que mañana será sábado, ni siquiera domingo, será sábado. Mentid y decidme que tengo buen aspecto y un montón de proyectos por delante. Decidme que este viento que asusta hasta a los lobos no es más que una pequeña brisa de verano.

Miénteme, necesito llenar mi mundo de mentiras generosas porque a veces la verdad es una daga amarga que se hunde sin piedad en un corazón cansado.

Dime lo que explicaba Ángel González, que yo soy alto porque tú me ves alto, dime que soy buena persona, que el pasado aún existe y que tengo todo el futuro entre mis manos.

Decidme que cuando os vais o no venís es porque otros os reclaman con urgencia y no porque os aburro con mis cosas. Decidme que el verano está ahí, esperando tras la puerta, que los charcos son mares y las nubes bandadas de palomas.

Decidme que en el buzón de voz me habéis dejado abrazos y ternuras, que estamos ya en abril y que la soledad es una dama esquiva que tan solo habita en los hoteles.

Mentidme por favor, vestid de verde la verdad desnuda, porque, aunque yo la sepa, a veces necesito una dosis de mentiras piadosas. Decidme que los hijos de mis hijos heredarán un mundo más hermoso.

Decidme que el silencio es elocuente pero tímido y que por eso no lo escucho, que la ausencia está llena y que el dolor es tan solo un mal sueño, una broma macabra de la vida.

Pero hoy no quiero la verdad; a esa ya la conozco y tiene nombres feos; se llama injusticia, enfermedad, hambre, mirada famélica de un niño refugiado huyendo de la muerte, tantas cosas...

Sitiadme con mentiras generosas porque hoy la realidad me viene grande. Cambio cuatro verdades como puños por un par de mentiras como besos. Os mendigo mentiras y os extiendo la mano: solo os pido una pequeña limosna de mentiras.

ISLAS

Él se lo había dicho a ella algunas veces: sé casi todo de tu corazón, pero cada vez sé menos de tu vida.

Y ella le había contestado: yo solo soy mi corazón.

Pero cuando esto sucedió, ya era demasiado tarde. Ella había cavado a su alrededor profundos fosos de silencio para protegerse y él había roto todas las amarras que le ataban al futuro. La ciudad se desangraba por Oriente en un crepúsculo morado y ellos, los dos, eran islas que se iban alejando entre pañuelos blancos y enésimas despedidas.

De vez en cuando, es cierto, él le llamaba a ella, pero sus palabras caían en terreno baldío, no llegaban o llegaban heridas, sin acentos. Y cuando era ella quien alguna vez acudía a él, solo encontraba rotas las cuerdas que hasta entonces les habían unido.

La ciudad se iba quedando sin gorriones y ni se oía el canto de los grillos ni el sonar tan siempre dudoso de las campanas.

Al principio él y ella se enviaban largas cartas que de pronto un verano sin motivo se fueron espaciando.

Luego llegaron telegramas azules tan llenos de reproches como de perdones. Poco a poco sus rostros dejaron de encontrarse y las pocas veces que se veían eran tan solo máscaras que escondían la verdad y que se mostraban inútilmente sonrientes y educados.

Y fue entonces cuando un tsunami de olvidos y silencios fugitivos los convirtió en dos islas que se iban alejando sin estrépito sobre una ciudad que ya era territorio de nadie, tierra quemada.

En un esfuerzo final usaron las palomas mensajeras, pero las palomas, ay, siempre se equivocaban.

Cuando al fin llegó el día en el que las dos islas dejaron ya de verse, sobre el océano que les separaba quedó flotando una botella con un lacónico

mensaje no se sabe si de él o de ella. Escrito en una hoja de papel cuadriculado se podía leer: «Tan solo se trataba de despedirnos mirándonos al menos a los ojos».

FUGACIDAD

Cada día soy más consciente de la fugacidad de todo, de que las cosas deben nacer de alguna forma y brillar un momento —si es que brillan—, dejar un cierto aroma en el corazón generoso de quien lo escucha y apagarse después, desvanecerse tras la dignidad de un instante y perderse sin ninguna vocación de eternidad.

El mundo está lleno de estatuas que nadie reconoce, de monumentos ignorados ante los que pasa la vida indiferente; y yo no quiero terminar en piedra.

Mi vocación —cada vez más— es parecerme en lo posible al mítico colibrí. Debéis saber que ese pajarillo de apenas cinco gramos, cada día está a punto de morir porque vive instalado en una enorme taquicardia de mil doscientos latidos por minuto y cada cuarto de hora necesita llevarse una dosis de néctar de las flores para poder seguir batiendo sus alas más de setenta veces por segundo. Es así como consigue ese milagro único de sostenerse inmóvil en el aire, parado y suspendido entre el cielo y la tierra.

Estatua de piedra o de papel inerte o volar igual que el colibrí jugándome la vida en cada intento. Esa es la elección. Pues hoy por hoy prefiero no convertirme en pitufo de jardín estático con garantía de tres años contra el viento y la lluvia o le devolvemos el dinero. Me quedo con la libertad del riesgo, la dulzura efímera y urgente del néctar y el olvido silente del colibrí.

GRIPE (2)

Me ataca a traición. Me espera escondida a la vuelta del silencio cuando ya nadie habla de ella y la primavera se hace fuerte entre el pruno y las alergias.

Noto cómo me sigue sigilosa un par de días y espía mis mañanas que son siempre peores que mis noches y se aprende de memoria mis liturgias, toma nota de mis pasos, lee lo que escribo y hasta escucha sin ningún pudor mis pensamientos.

Sabe perfectamente de qué pie cojea este cuerpo que arrastro con una cierta dignidad y sin orgullo y conoce los flancos en los que soy más débil.

Nadie la ve porque ya no debería estar entre nosotros, porque debería ser cosa pasada y ahora todo es un combate entre olivos y gramíneas.

Pero ya digo, escondida a la vuelta del silencio, me espera agazapada y solitaria, solo a mí, como si tuviéramos que dirimir cada año una vieja cuenta siempre pendiente.

La noto. Siento su aliento en la nuca un par de días hasta que una tarde sin nombre se posa sobre mí como una nube y sin apenas hacer ruido empieza poco a poco a desarticular mis articulaciones, desequilibra el ya dudoso equilibrio de mi cuerpo y me convierte en un tipo que se va haciendo larva poco a poco, que lleva el frío dentro aunque los termómetros lo nieguen y que siente cómo todas las camas de su casa le reclaman con cantos de sirena.

Es la gripe, mi gripe personal e intransferible, la que me lleva rondando desde hace años y que nunca es excesiva del todo pero tampoco pasa desapercibida. Es una gripe incómoda y tenaz para la que no hay vacuna ni otro tratamiento que firmar con ella un armisticio: yo no te ataco más que con un par de ibuprofenos y a cambio tú me dejas casi vivir al ralentí.

Y en eso estamos mi gripe y yo, o yo y mi gripe o los dos a la vez que ya no sé a estas alturas si ella es ajena o mí o yo soy la gripe misma con

vaqueros y camisa contemplando la vida a 37,5 grados según dicta el termómetro desde ese hueco tibio que es mi sobaco.

ASTENIA (2)

¿Hace un poco de cansancio o es cosa mía? No me contestéis, da igual. Es que lo de la famosa astenia yo ya no sé si es un hecho científicamente demostrado o una vocación mía, personal, algo que se columpia entre lo vital y lo literario. Pero ahí está. Ahí está la astenia primaveral que es como una alergia sin polen que se te pega como una lapa en los huesos del alma.

Yo no sé por qué los hombres —y las mujeres— del tiempo nos dicen cuándo va a hacer calor o frío, si va a llover, si habrá viento... pero nunca nos cuentan si va a hacer cansancio o no, si un anticiclón de desgana está a punto de entrar por el oeste o esa dejadez tan íntima afecta sobre todo al tercio norte de la península, aunque es probable que a media tarde nos pille a todos a traición y por sorpresa.

Ni siquiera los ayuntamientos o quien sea dan alertas rojas o naranjas y prohíben la circulación por altos índices de astenia.

Ya sé, ya sé que soy un bicho raro, carne de box de urgencias, un tipo que cambiaría los taxis por ambulancias; lo sé. Sé que voy empalmando el golpe de calor de los veranos con la melancolía ocre del otoño y de ahí paso al catarro del invierno que lo culmino con la gripe de siempre que me lleva en volandas hasta la astenia de cada nueva primavera.

Soy un desastre, lo sé, pero no me neguéis que hace al menos cuarto y mitad de cansancio, que es como si una nube de desaliento cortara el cielo y te lloviera una galbana tonta, sin motivo.

No me neguéis que esta explosión de flores y de aromas, que esos mil verdes con los que el campo se disfraza, que la llegada en tromba de las moscas no acoquinan un poco así, tan de pronto. Y pesan.

Tal vez es solo cosa mía, pero hoy me pesa el mundo mucho, llevo sobre mis hombros el cansancio de todos, y es tanto, que me voy a parar en la cuneta a esperar a ver si escampa esta astenia, a ver si esta galbana se va

aterciopelando con el paso de las horas. Mis noches, ya os lo he dicho, siempre han sido mejores que mis días.

SALIR

Alguna vez me ha pasado a mí y otras veces a gente muy cercana a la que amo. De pronto el tiempo se detiene sin motivo aparente y se abre un paréntesis que te enfrenta a la vida, que se para frente a ti y te pregunta a bocajarro: ¿cómo has llegado a esto?

La verdadera soledad no es la de los eremitas sino la que asalta de pronto a un hombre o una mujer en un centro comercial abarrotado y entre músicas y gritos y escucha con sorpresa una voz que le pregunta: ¿cómo has llegado a esto?

No duele estar solo, duele sentirte solo y rodeado de tantos, duele que en una tarde de paz y primavera, cuando el mundo todo parece una armonía equilibrada y perfecta en su belleza, de pronto te preguntes sin motivo: ¿cómo he llegado a esto?

Y hay tantos «estos» como hombres y mujeres en la tierra; cada cual sabe su propia historia, cada cual se ha agarrado a sus disculpas durante años y cada cual se enfrenta a su realidad como puede: entre lágrimas, con sonrisas de comprensión o sin el menor atisbo de culpabilidad ni arrepentimiento.

Yo tengo mi respuesta y es la que te ofrezco a ti si alguna vez esa pregunta feroz y triste te ha desordenado un poco la vida.

Y mi respuesta es tan sencilla que casi no te va a gustar: da igual cómo has llegado a esto, lo importante es salir y luego ya veremos.

Mira, como escribía Goytisolo a su hija Julia, «la vida te empuja como un aullido interminable» y te lleva y te trae por paisajes que quizás nunca elegiste. Por eso te digo que da igual cómo llegaste a esto, que lo importante es salir de ese marasmo, de ese desierto, de esa selva, de esa soledad rodeada de ruidos y de gente.

Lo primero es salir, levantar la cabeza sin orgullo pero con dignidad y elegir tu camino sabiendo que te arriesgas pero seguirlo con la certeza de que

es el tuyo y no el que te han dicho otros que debes caminar.

La vida empieza cada día y es verdad que hay que aprender de los errores pero nunca quedarse en esa ciénaga que puede ser el pasado.

No sé cómo he llegado a esto o tal vez sí. Lo que sé es que puedo salir, es que quiero salir, es que voy a salir porque la vida es bella y ya verás cómo, a pesar de los pesares tendrás amor, tendrás amigos.

CIUDAD

Llueve casi por sorpresa sobre la ciudad; llueve y llueve a borbotones mientras los coches, a puñados, se guiñan ojos de color naranja y por las calles abarrotadas van y vienen apresuradas, corriendo, refugiándose en los portales, las risas y las soledades, los sueños rotos y los deseos más o menos confesables.

La lluvia es un telón de fondo a veces gris, a veces nacarado para esta ciudad que se agita cada día, que se busca y se encuentra en todos los rincones, en los palcos discretos de los teatros, en los bares grises de la canalla, en las esquinas de los chaperos, en el atrio de las iglesias de adoración nocturna, junto a las tapias donde los viejos yonquis aún cabalgan como jinetes descoloridos sobre la vena de la muerte.

Desde este cercano más allá que es la radio, la ciudad es poco más que una línea de contaminación que la lluvia va difuminando, un horizonte débilmente iluminado, un resplandor con vocación de relámpago que se enciende y se apaga como esas luces de neón de las películas.

Cuando llueve sobre la ciudad, todo tiene un aire fantasmal, equívoco y nadie sabe muy bien si ese gentío que se cita en las calles y camina con prisa, huye de la brillante arquitectura, escapa de sí mismo o trata de encontrarse en este charco inmenso de calles y avenidas en el que se ahogan cada día dos mil quinientos sesenta y cinco sueños por minuto.

Llueve de pronto mucho y la primavera, *equimojada*, se cobija en las acacias en busca del calor de los gorriones o pide amparo bajo el complicado andamiaje de cartones y trapos con olor a vino de los sin techo.

La ciudad es un misterio siempre por resolver, una selva que se reinventa a sí misma cada mañana, que se disfraza cada noche, que se desangra en los ocasos y se hace fuerte en los amaneceres.

Amo y odio a la vez a esta ciudad que me ignora y me acoge. Odio y amo a esta ciudad por la que ya no va ninguna mujer arrastrándose por la acera con la alcuza en la mano y la paz en los ojos.

PRINCESA

Ibiza entonces era una fiesta azul y blanca, blanquísima; una monarquía con princesa falsa de nombre impronunciable y en su corte un poco de cada cosa: intelectuales, famosos, populares por un día, desconocidos hijos amantes de la paz y de las flores que huían de la quema de Vietnam —tan lejos, tan cerca—. En Vietnam se levantaba el macabro escenario —con muertos reales y napalm de verdad— para que Coppola pudiera rodar después *Apocalypse Now*. Pero Ibiza entonces era otra cosa, ya digo, una monarquía blanca bajo el cetro suave de una falsa princesa.

La falsa princesa de nombre impronunciable se hacía llamar Smilja Mihailovic´ y se vestía para sus fiestas de velas y lunas con tules blancos sobre blancos tules, de transparencias blancas sobre blancas transparencias, como en una primera comunión por la otra punta de su vida que escribía Umbral.

Smilja, la princesa del cuento y de la moda *ad-lib*, me llamaba cada año en los ochenta y con ese castellano que ella se esforzaba en mal-hablar, me invitaba a sus playas escarpadas, a sus desfiles, a sus noches de verano y coco-locos que entonces era el brebaje de moda.

Y yo me disculpaba torpemente por teléfono: «Princesa —le decía—, es que no me veo entre tanto modelo de Dior y tanto Versace».

Y la princesa de tul y transparencia tenía siempre la misma respuesta para todos:

—Pobrecillos, todavía profesan la religión de las firmas. Tú ven como quieras, pero con estilo.

No llegué a conocerla nunca, pero me llamaba un par de veces año tras año y me tentaba poniéndome a los pies aquella Ibiza mítica, rocosa y suave como el rostro de la propia princesa por el que pasaba el tiempo de puntillas, pero pasaba dejando una huella apenas perceptible.

Hay que saber morir, esa es una asignatura siempre pendiente que no depende de nosotros. Ridruejo quería morir en París con aguacero. Horacio Ferrer en Buenos Aires.

Smilja, mi princesa lejana, como de cuento, se me murió de repente una mañana en su casa de Ibiza con una barra de carmín en la mano perfilando sus labios ya cansados frente al espejo blanco y risueño de su vida.

DESPEDIDA (1)

—**A**quella tarde te dije que te quería. Y era verdad; te quería como nunca había querido a nadie. Después te lo he dicho muchas otras veces. Pusiste una sonrisa forzada que intentaba ser tierna y nos besamos en la boca con uno de esos besos que luego dejan un sabor a cereza. Después, nos hemos besado así muchas veces.

—*Yo te dije aquella tarde que sí, que también te quería y nos abrazamos mucho; nos abrazamos tanto que te dije que tendría que respirar de vez en cuando. Después, nos hemos abrazado así muchas veces. Tenemos toda una colección de abrazos esparcidos por esquinas, portales, pasillos y ascensores.*

—La primera mañana que amanecemos juntos, desayunamos con un mantel blanco, unas flores y un estupor alegre de vernos el uno frente al otro. Después hemos desayunado juntos muchas veces.

—*Hasta que un día, casi sin notarlo, sin darme cuenta casi, me descubrí a mí misma como formando parte de una escena habitual, como si no fuera otra cosa que el personaje sepia de una fotografía antigua. Después me sentí así muchas veces.*

—Creo que fue la primera vez que te miré con indiferencia, sin odio, sin rencor, sin nada. Después te he mirado así muchas veces.

—*Fue una tarde lacia y opaca. Supongo que estaba rara o a lo mejor ni eso. Me preguntaste si me pasaba algo y te dije que no, que nada, que todo estaba bien. Recuerdo que te pregunté «y a ti, ¿te pasa algo?» y me dijiste que no, que nada, que todo estaba bien.*

—Nuestros ojos se rozaron apenas un segundo y en aquella mirada estallaron de pronto, sin ruido, todos los reproches. Por eso tal vez nos pusimos a ver la tele y no nos dijimos nada más. Después nos hemos mentido muchas veces.

—*Nos hemos mentido con palabras y con silencios y el resumen es un largo rosario de besos, esquinas, desayunos y miradas que el tiempo solo puede convertir en memoria. Ahora estamos a la espera de que algo pase. Algo tiene que pasar que haga de nosotros lo que fuimos.*

—*Entonces yo podré volver a decirte que te quiero.*

—*Entonces yo podré decirte, que bueno, que sí, que yo también te quiero.*

—*Y ese será el momento en que podremos empezar a meter las cosas en las maletas sin tener que bajar los ojos para no encontrarnos.*

—*Para no encontrarnos.*

HUIR

A veces, pocas, es verdad, encontramos personas que sabemos —que sabemos sin saber por qué— que no son solo un puente para cruzar de una orilla a otra, que no son solo una salida de urgencia en el laberinto de la soledad, que sabemos —sin saber del todo por qué lo sabemos— que esa persona no tiene vocación de parada y fonda entre dos estaciones del camino.

Ocurre a veces, pocas, es verdad, y es entonces cuando, por un instante, buscamos acumular fuerzas y razones para decir: es él o es ella, seguro, ya no hace falta buscar más; ya solo se trata de deshacer de una vez las maletas y dejar que el pesado equipaje de tantos sentimientos vuele y se aposente en la estancia.

Lo malo es que dudamos, dudamos si correr el riesgo y por eso, en general, nos instalamos cobardemente como provisionales en otro corazón dejando la puerta medio abierta, huéspedes inestables por el temor a que, después de un tiempo, la madrugada veintiséis resulte dramáticamente igual que las otras últimas veinticinco madrugadas.

Porque sabemos que cuando eso pasa —y pasa muchas veces— suele ser el momento en que, de puntillas y como escapados clandestinos, acostumbramos a desaparecer dejando lo que habíamos llamado amor abandonado como una tacita de café sobre la mesa sin apurar del todo el último sorbo. Nos vamos sin recoger el equipaje, abandonando incluso la maleta que habíamos dejado abierta en un rincón.

Y es que, una vez que uno ha deshecho la maleta, es preferible no mirar atrás, lo mejor es dejarlo todo por el suelo, desparramado, besos y camisas, palabras que alguna vez sonaron como a nuevas pero que ya solo nacen en la boca y no en el corazón. Conviene huir en silencio, sin maletas ni equipajes en una cobarde madrugada sin reproches para no recoger nada repetido ya nunca jamás amén.

CANSADO

No me juzgues hasta que no termine de explicarme, pero he llegado a la conclusión de que esto de vivir es muy cansado.

Cansa poner en marcha cada mañana toda esta maquinaria incomprensible. Abres los ojos y millones de neuronas empiezan un trabajo extraordinario tan solo para ponerte en pie y muchas más para lograr que llegues hasta los calcetines y seas capaz de ponértelos sin derrumbarte en el intento. Ni te cuento la que se debe organizar dentro de uno para que algo tan simple como un café con leche y una tostada no terminen con tu vida. El cuerpo es un milagro permanente, una incógnita siempre por resolver.

Pero luego está el mundo, ese papel cuadriculado tan repleto de reglas, direcciones, prohibiciones, casillas que hay que rellenar sin salirte del recuadro, horarios, convenciones, semáforos en rojo, citas previas, desengaños amorosos, la buena educación, guardar las formas, esperar en las salas de espera, esperar en las esquinas, esperar a que escampe, esperar a que haga sol, esperar a ser besado, hablar cuando te toque, soportar a tanto prójimo insoportable, sonreír en las fotos, estar en permanente alerta para llamar gente de color a los negros y sobrepeso a la gordura... ¿Sigo? Todo es una burda trama.

Al final, la vida es tan solo una hoja Excel de eso que se llama «entorno Windows», y yo jamás he llegado a entenderla. Y debe ser muy útil, muy sencillo, pero a mí tanta celda en columna me abrumba hasta el cansancio.

Creen que este desastre que es el mundo se disimula poniendo márgenes a todo, límites, muros, horarios y fronteras. Y no. Yo solo aspiro a vivir a demanda, que mi vida sea un lienzo blanco, que mi orden sea un orden geológico y no alfabético, que pasen las hora sin llamar a la puerta y que los calendarios los diseñen locos de desatar y niños inocentes. Dormir si tengo sueño, acariciar mejillas al alcance de mi mano, besar labios que ignoro y,

como mucho, echarme a morir un rato cada día cuando los códigos me asfixien.

PORVENIR

Se acercan, entre un calor de justicia y sudores fríos, mis sesenta y nueve años aquí sobre la tierra. No está mal cuando, como decía Celaya, ya nada se espera personalmente exaltante. Yo creo que es la hora, el momento, el tiempo justo para empezar a diseñarme un porvenir a mi medida. Nada del otro mundo, claro, ninguna sorpresa capaz de convulsionarme la vida como cuando entonces y a cambio una cierta paz conmigo mismo y con las cosas.

Diseñarme un porvenir a estas alturas, inventarme un futuro en el que ya no caben, claro, los incendios, los terremotos en el alma, las noches de palomas y alacranes. Pero al menos que tenga algo de incierto en estos tiempos tan aburridamente previsibles.

Parece que fue ayer cuando me reinventaba un pasado y ahora necesito con cierta urgencia diseñarme un porvenir. Quiero hacer planes, ponerme metas, desafiarme, aunque sea un poco, pero se ve que no tengo ninguna vocación de Ironman. Cada vez creo, con Javier Krahe, que el Guinness de los récords no es más que un libro de excesos escrito en inglés.

No, no se trata de proponerse grandes hazañas, ni tan siquiera de encontrar a estas alturas esa bobada mentirosa a la que han dado en llamar «un proyecto de vida». Como si uno pudiera hacer frente a lo que la vida ha ido improvisando para ti sobre la marcha.

No: quiero un porvenir sencillo, un por llegar de todo a cien: contemplar cómo crecen mis nietos, que me quieran un poco más los que aún me quieren y sonreír sin inmutarme demasiado, si a la vida le queda todavía alguna bala perdida en la recámara que me apunta directamente al corazón.

DESPEDIDA (2)

Llegó cansado. Había tenido uno de esos días horribles en los que casi todo se amontona para hacer imposible un solo momento de tranquilidad. Tiró la americana sobre la mesa y encendió un pitillo.

Debería dejarlo, se dijo por enésima vez. Tirado en el sofá, cogió el móvil mientras sonaba un bolero de Luz Casal. Mensajes de voz: el primero era de su madre: «Llámame si no es muy tarde; no sé nada de ti desde hace dos semanas...». Resultaba curioso el cambio de papeles; ahora era ella, con sus más de ochenta años, la que dependía de él. Borró el mensaje y pasó al siguiente justo en el momento en que la luna había conquistado la altura de la ventana inundándolo todo de un frío azul de luna, justo en el momento en el que Luz Casal lanzaba su láser de sensualidad arrojando un bolero: «... y de noche, por no sentirte solo, recordarás nuestros días felices y el sabor de mis besos...».

—Hola, soy yo. Ya veo que no contestas o tienes este chisme fuera de cobertura. Mejor. Ya sé que te pondrás en contacto conmigo en cuanto puedas; es decir, ahora que me estás oyendo. Bien, pues no lo hagas. Ya no. No es urgente, ya nada es urgente. Solo te llamo para decirte adiós. Solo quiero que te imagines que te estoy imaginando, es decir, que me estoy llenando de tu imagen para llevármela conmigo a donde vaya, porque es lo único que has sido capaz de darme en estos casi doce meses: algo así como tu imagen y este tiempo para decirte adiós, para decirte que te he querido mucho, pero hoy ya es demasiado tarde. Siempre —y esta es una frase tuya— es demasiado tarde. Estás sin cobertura. ¿La tuviste alguna vez conmigo? Un beso.

Le temblaba el pitillo entre los labios y culpó al humo que se le habría metido en los ojos. Susurró suavemente aquella despedida de película: «Si pudieras irte ahora y volver hace diez años...». Luego cerró los ojos y esperó

que el mensaje continuara. Pero el resto era silencio. Solo la voz de Luz Casal insistía en medio de la noche «... y entenderás en un solo momento qué significa un año de amor...».

Pulsó el número siete de su móvil.

Una voz impersonal dijo: «Mensaje borrado».

Fue entonces cuando serenamente, como un hombre, se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar esta vez sin coartadas.

TANGO (1)

Es una estrofa, solo una estrofa, de un tango de Piazzola y Horacio Ferrer; son apenas cuatro versos que me persiguen y que, a pesar del dramatismo de título de la canción —«Balada para mi muerte»— están llenos, para mí, de una inmensa ternura: «Moriré en Buenos Aires, será de madrugada. Guardaré mansamente las cosas de vivir, mi pequeña poesía de adioses y de balas, mi tabaco, mi tango, mi puñado de esplín».

Prescindo de casi todo salvo de ese «guardaré mansamente las cosas de vivir».

Siempre me he preguntado cuáles son en mi historia «las cosas de vivir», qué tendríamos que guardar todos —o yo al menos— con esa serenidad que dice el tango, mansamente, esas cosas que sostienen de verdad nuestra vida cotidiana.

Y no lo sé; no acabo de hacer ese inventario sobre cuáles son mis cosas de vivir. No se me ocurre nada salvo el amor que tengo y que me tengan; realmente no sé si hay algo más que pudiera guardar en ese trance. Mi pequeña poesía de adioses y de balas no es hoy sino un recuerdo grisáceo perdido en alguna librería remota. Mi tabaco, un pecado que aún tengo que pagar; mi tango está marcado en mi frente marchita y en todo caso queda mi puñado de esplín, ese cierto hastío más literario seguramente que real.

Pero me imagino la ceremonia que resume el final: guardaré mansamente las cosas de vivir. Me imagino a mí mismo doblando cuidadosamente la esperanza para guardarla junto a media docena de recuerdos, revisando los cuadernos azules tan llenos de proyectos que nunca se cumplieron, envolviendo las sonrisas que aún quedan para ti.

El resto nada importa. Al final, pese a todo, son realmente cuatro cosas mal contadas las cosas de vivir.

Luego, basta ponerse por los hombros de abrigo toda el alba y ser un muerto en punto cuando sean las seis.

VOLVER (2)

Volvemos como siempre —o casi siempre, porque nunca se sabe en este oficio—, volvemos cuando el otoño se asoma ya por la esquina del calendario y en las playas se van apagando las últimas sombrillas.

Al final, siempre termina uno regresando a tantos sitios que la vida podría reducirse a un montón de abandonos y regresos.

En realidad, cada uno llevamos ni se sabe cuántas Ítacas en la mochila, tantas patrias que vamos dejando a lo largo del camino, tantos recuerdos de tantos sitios en los que protagonizamos tantas historias, que al final solo te queda la necesidad de volver, el consuelo de ver que los micrófonos siguen en su sitio, que las calles no han cambiado de lugar, que el sofá, pese al tiempo pasado, sigue esperando acogernos con calor y dulzura.

Siempre regresamos porque el regreso no es una claudicación sino una necesidad, a veces urgente, de comprender y perdonarnos, tal vez, un trozo de pasado.

No sé; lo que quiero decir es que cuando se llega a cierta edad y miras hacia atrás, hay mil patrias que te esperan, mil voces que te llaman, mil respuestas a preguntas que nadie contestó en su momento.

También lo contrario: hay veces que regresas en busca de un paisaje que dejaste y solo encuentras un puñadito de cenizas; vuelves en busca de un sonido, pero ya solo queda el eco o el silencio; es como cuando marcas un viejo número de teléfono y una voz impersonal responde que ese número ya no pertenece a ningún abonado.

EL VIENTO

Y de pronto es el viento. El viento que viene desde el otro lado de la mar y se lo lleva todo: las gaviotas, las moscas, los papeles, el azul intenso de los cielos, las sombrillas arco iris, los cuerpos adolescentes, todo. Cada año, cuando acaba el verano, el viento que viene desde el otro lado de la mar, hace limpieza general y lo vacía todo y todo desaparece. Absolutamente todo, menos ella.

Todos los años, ella mira cómo se rompe el agua blanca contra los acantilados, cómo al caer el sol se vuelve todo oscuro y aparecen entre brumas las figuras de humo de los que se han marchado, de los huidos, de los lejanos. Ella mira cómo se rompe el agua en los acantilados y va poniendo en orden, contra la fuerza del viento, su memoria. Porque el viento, pese a su fiereza, nunca pudo más que sus recuerdos.

Cuando acaba el verano, ella se queda sola. Conoce el secreto del tiempo por el color que van tomando las arenas de la playa y conoce el secreto de las lunas. A veces tiene miedo del viento que viene desde el otro lado de la mar, porque ella sabe que cada otoño el viento se lo lleva todo, que solo ella permanece, ella y sus recuerdos y las olas que se rompen contra los acantilados.

Ella contempla el otoño con sus ojos de agua y su vestido negro sentada sobre la arena y se pone a hurgar en las tinieblas y el vendaval despeina sus cabellos blancos pero no la levanta, ni la empuja, ni la roza. Con la mirada fija al otro lado de la mar, ella le reza al viento una oración desesperada y pacta con él su marcha definitiva.

Pero al viento, que todo lo puede, le han prohibido los dioses besar a esa mujer más allá de sus cabellos, porque los dioses, para sobrevivirse, necesitan el espejo limpio de unos ojos humanos capaces de contemplar serenamente todos los naufragios.

RISA

Cuentan que un día, un tipo vulgar, como todos, descubrió una sonrisa grande posada en una hermosa boca y sin saber por qué, sin motivo aparente, se dio cuenta de pronto de que un poquito de amor sería, podría ser, mucho más que posible.

El hombre se entretuvo un tiempo lanzando miradas cómplices a la boca hermosa de la sonrisa grande; pero no hallaba respuesta, porque lo malo de la complicidad es que siempre es cosa de dos y nunca de uno.

Y fue pasando el tiempo: los encuentros eran ya desencuentros para él porque según iba necesitando más y más de su sonrisa, la de ella, ella iba sintiendo por él más y más afecto. Y qué mal le afectaba a él aquel afecto.

Cambió de estrategia y se dedicó a esperar en las esquinas a que pasara la sonrisa para encontrarse con ella y entonces, para atraerla, con el perverso pero disculpable fin de seducirla, decía muchas cosas ocurrentes, decía tantas cosas que nunca le decía lo único que de verdad quería decirle. Y la sonrisa entonces se convertía en risa abierta y el tipo miraba aquella boca hermosa riéndose con él y era casi feliz; casi, porque nunca encontraba el momento para decirle a ella lo de que de verdad le importaba, o sea: que incluso un poquito de amor sería, podría ser posible.

Una tarde de urgencias insinuó de pasada y entre sonrisas —para no desentonar— que esa noche la esperaría despierto en su portal. La sonrisa, claro, se rio y hasta es posible que antes de dormirse volviera recordar, riéndose, lo que el tipo le dijo tan en broma. Luego, seguramente, se durmió.

No le vio al día siguiente, ni al otro, ni al siguiente del otro. La sonrisa se enteró mucho después de que, efectivamente, él se había pasado la noche inútilmente en vela esperando en su portal a que ella bajara. El tipo no insistió. Nunca volvió a decirle nada.

Vivió un trozo de su vida imaginando que, tal vez, quién sabe, en algún momento ella llegó a sentir lo mismo que él; o casi lo mismo; o algo parecido, pero que la vida, esa prisa endemoniada, y la sonrisa, que es también una careta, todo en fin se interpuso en sus caminos.

Cuando aún piensa en ella los días luminosos, sigue estando seguro de una cosa: que, pese a todo, hubiera sido posible un poquito de amor.

CONTENEDOR

Creo que he hablado más de una vez sobre los contenedores, esas enormes cajas de hierro que se van llenando de desechos y que terminan siendo un panteón de historias cotidianas. Tengo uno en casa por culpa de unas obras y, ya puestos, sobre la base de cascotes y resto de alambrada, he ido haciendo limpieza de mi vida. He ido tirando cosas al contenedor que siempre me sobraron y cosas que un día fueron tal vez trascendentales pero que el tiempo y sus costumbres han ido arrinconando en los desvanes del uso y la memoria.

Nunca es fácil hacer limpieza general de todo, porque cada cosa que debes de tirar tuvo su razón de ser o tal vez podría tenerla en un futuro. Esa es la parte difícil, saber desprenderse no de lo que ya no sirve sino de lo que se conserva «por si acaso».

Pero casi nunca hay caso y lo sabemos. Lo que no ha pasado ya no es fácil que pase de repente. No voy a echar de menos una llave inglesa que nunca funcionó ni unos portafolios por estrenar desde hace mil años. Son cosas, solo cosas que sobran y a las que nos une en pocos casos una incierta nostalgia: tirar esa silla que siempre estuvo ahí pero para la que ya no hay sitio, no es lo mismo que llevar al contenedor la cubierta de una rueda que aparece vaya usted a saber por qué.

Y son cosas, insisto, solo son cosas.

Me pregunto por qué no hay contenedores de recuerdos, lugares en los que depositar fechas, nombres, historias, tiempos para que luego llegue el camión y se lo lleve todo a algún lugar lejano y desconocido, un vertedero de memorias o un reciclaje de pasados.

Pero no, esa es nuestra grandeza y nuestra miseria: somos lo que fuimos y dejamos de ser. Echar de menos es una frase forzada pero casi tan explícita y mentirosa como sería echar de más: tan solo juegos de palabras que suelen enmascarar derrotas tan pequeñas como nuestra propia vida.

FINALES

Brujuleando por las «apps» encontré una aplicación que servía para acabar una historia de amor vía móvil. El invento nos pareció siniestro a todos, pero, claro, realmente lo siniestro no es la aplicación en sí, lo terrible es acabar una historia de amor.

Muchas veces me he preguntado por los finales, por todos los finales del amor y sus alrededores. La vieja pregunta sigue en pie: ¿cuándo se acaba un beso? ¿Quién lo termina? ¿Por qué uno de los dos empieza a separar sus labios de los otros y pone fin a lo que seguramente empezó de forma apasionada?

¿Quién termina un abrazo? ¿Cuándo se rompe ese hilo que une dos miradas? ¿Quién aparta los ojos el primero y por qué? ¿Quién cede antes para que el vacío llene el espacio en dos cuerpos entrelazados?

Ya, ya sé que sería absurdo intentar alargar un beso, una mirada, un abrazo: ya sé que todo tiene su tiempo y todo puede volver a empezar incluso a los pocos segundos. O nunca más. Pero la pregunta es quién toma la decisión de terminar y por qué. La pregunta es esa y es absurda: ocurre y punto, ¿qué importa quién.

Puede que no tenga sentido, pero estoy seguro de que hay besos y abrazos y miradas que saben a poco y cuando uno de los dos los termina, el corazón del otro se pregunta —incluso inconscientemente y por una fracción de segundo—: «¿Por qué? Yo quería seguir...».

Y hablo de los aledaños. De cómo termina un amor hay bibliotecas completas, y por muy civilizado que sea ese final, siempre duele. Se acaba por sorpresa, por sobredosis, por hambre, por aburrimiento, porque la hoguera que un día encendimos juntos se ha apagado y es inútil soplar las brasas porque ya no hay llama posible. Tan solo queda el humo colgado del recuerdo y un silencio muy raro, tan raro que a veces suena demasiado fuerte.

SINIESTRO TOTAL

Cuando yo era niño, los hombres de setenta años eran ancianos, caballeros mutilados a los que les faltaba un pierna o una sonrisa, un brazo, un ojo, una esperanza. Eran, para mis ojos de niño, muertos prematuros que se obcecaban pese a todo en vivir y vestían trincheras de trinchera y en lugar de café desayunaban achicoria.

Cuando yo era niño, los hombres de setenta años presidían, solemnes, la mesa en las comidas y en las cenas, se les trataba de usted y eran del todo grises, grises por fuera y por dentro, grises con sombreros grises y una franja de luto negro en la bocamanga izquierda de la americana gris.

Digo todo esto porque han declarado mi coche siniestro total y ya no sé dónde acaba mi coche y dónde empiezo yo. Me asomo a ese vértigo por el que ya han pasado con una tranquilidad pasmosa muchos de quienes me rodean. Y yo aquí, con los sesenta y nueve auestas, estúpidamente abrumado por el siniestro total de mi coche y pensando que en un suspiro seré septuagenario.

¿Para qué engañarse? Lo reconozco: me da miedo envejecer y tal vez por eso insisto en llevar cosas que Íñigo no entiende: vaqueros rotos ya de fábrica, collares, pulseras; porque el recuerdo de todo el gris lineal de mi infancia me persigue seguramente sin que yo me dé cuenta. Por eso no sé si cada mañana me visto o me disfrazo.

¿Qué más da? Por ahora solamente me olvido de los nombres, a veces tengo que dar un par de vueltas en las malditas rotondas hasta encontrar la salida y me voy dejando el pastillero en todos sitios. Tampoco es mucho drama y las buenas gentes me dicen generosas: «Tú es que no cambias, sigues igual».

Pero mi nieto ya me ha dicho que no piensa invitarme a su inminente boda con Alicia —cuando Alicia regrese del País de las Maravillas y salga de la

tele— porque no quiere mayores en su boda, salvo a la reina Maribel de Londres.

No, no sigo igual que siempre. La analítica es buena pero el espíritu se va haciendo miguitas cada día un poquito, aunque si me comparo con la reina Maribel, creo que aún gano por goleada, no lo sé. Siempre es un consuelo, diga mi nieto lo que diga y por mucha confianza que él tenga con su graciosa majestad, la reina Maribel de Londres.

LA VIDA (2)

Hay días grises en los que el mundo se pone espeso y uno va caminando con su tragedia íntima por la calle y nadie se da cuenta. Subes a un autobús, coges un taxi y la pena te acompaña invisible y tenaz. Y el cielo puede estar azul, estrellada la noche o la tarde plácida que da igual: pisas charcos de lágrimas que crecen con desmesura en el asfalto.

El dolor suele tener nombre y apellidos. Te duele el mundo muchas veces, pero también te duele el dolor de un amigo, una historia pequeña que nunca saldrá en los periódicos ni servirá de relleno para acabar un telediario; y sin embargo, es como una nube negra que te persigue a donde vayas.

De pronto te das cuenta de lo fácil que es querer a una persona, cómo se vacía ese paisaje cotidiano del pasillo, de la casa, de la calle, porque te falta una presencia, un gesto, una risa, un café compartido, un guiño cómplice, el sonido de un teléfono, un simple guasap.

Pero como la vida es rara y sorprendente también hay días, días que los dioses se empeñan en envolver para regalo con papel de color, globos y lazos y de pronto te lo entregan en forma de una llamada inesperada, de un encuentro, de un alta médica, da igual; será una noticia que nunca entrará en los telediarios, aunque para alguien sea el más hermoso final de una historia que empezó —quizás— creciendo en un charco de lágrimas.

Así que termino diciendo solo buenos días. Y creedme que de verdad son buenos, que deben ser buenos al menos para unos cuantos seres humanos que ni siquiera conocemos y que hoy han sonreído aliviados, felices, tranquilos. Muy pronto para ellos los paisajes cotidianos serán los que solían y si es verdad que duele el dolor de todos, también lo es que la felicidad de los demás debería formar parte de la nuestra.

CÓRDOBA

Hoy tengo vocación de sur. No sé por qué, pero estas cosas pasan. Hoy me siento sur de par en par y con todos mis respetos, Federico, poeta, Córdoba ni está lejana ni está sola. Es el AVE, Federico, con el que hubieras llevado tu barraca de sueños y telones a trescientos kilómetros por hora por esta geografía nuestra que siempre estuvo demasiado lejos y demasiado sola.

Hoy tengo vocación de sur, de casida tristísima, de rey moro añorante, de patio y de quejido. Hay como un horizonte de torres y guitarras y voces desgarradas, una magia, un ensueño lleno de azules bajo la luna negra.

¿Por qué pasan estas cosas? ¿Cómo es posible que de pronto uno, sin venir a cuento, descubra así, de golpe, eso que llaman las esencias, el misterio de las calles, la hermosura de los arcos, lo hondo, la profunda razón de una tierra que vive y canta a golpe de corazón y de rasgueo?

La esdrújula de Córdoba, esa primera O que se queda como colgada en el aire dispuesta siempre para el romance, sostenida milagrosamente por el arcángel Rafael: Córdoba, esdrújula y cercana, Córdoba de filósofos y toreros y de toreros filósofos desde Averroes al «hay gente *pa tó*» de Guerrita.

No tengo más paisajes que los sueños, y en este duermevela donde todo se junta y es posible, si digo mar, la espuma moja las esquinas de los folios y en esta hora en la que pronunciar tu nombre es arriesgarse al más voraz de los incendios, desde el lugar donde habitan los dioses baja una voz de siglos para desnudar de una vez por todas a esta ciudad que es una herida de sal y de añoranzas.

Porque me sé los caminos yo siempre volveré aquí.

Porque la vida me está mirando desde las torres de Córdoba.

OTOÑO (2)

Se me está desmochando el membrillo. La luz que lo atraviesa a mediodía —aquella luz que se le escapaba una y otra vez a Antonio López— cada día se hace más evidente porque el otoño, aunque tarde, se ha adueñado del jardín y él es quien ordena el paisaje desordenándolo, desnudándolo, agazapado en las esquinas como escondido o levantándose fuerte invadiéndolo todo. También a mí, también a mí.

Los membrillos rudos, desiguales, ásperos, tan amarillos, van cayendo derrotados al suelo zarandeados por el viento o porque ya no puede el árbol sujetar la madurez de sus frutos. Llueven los membrillos rotundos y chispean las manzanitas pequeñas del árbol que su madre plantó para mi Cris en el jardín.

Las últimas moscas se acercan al calor de las ventanas y un horizonte de alcarrias amanece cada día entre ocre y grises desvaídos y aún luminosos un poco más allá de un campo de girasoles. Los girasoles se vuelven humildes en otoño y a estas alturas han perdido esa altivez que les llevaba a mirar de frente y sin sonrojos al viejo sol que ya no calienta como antes.

De noche, una columna anónima de perros viene y va por calles que no existen ladrando a nadie.

Hoy me siento parte de ese todo: soy la manzana pequeñita, el membrillo suicidado, la mosca que ignora quién es Kafka pero busca el calor en la ventana; yo soy el girasol en decadencia, el anónimo perro que aúlla más triste que amenazante.

Llevo todo el otoño entre las manos; voy y vengo sonámbulo de hojas por calles y desiertos. Uno pasa de ser un grillo en vaqueros de verano a ser un decadente girasol venido a menos o una mosca, ya digo, que sin leer a Kafka, busca calor en las ventanas de otros ojos.

EL TIEMPO

Se nos está acabando este noviembre raro y de aquí a nada los angelotes gordos y dorados que anuncian la Navidad inundarán los escaparates de medio mundo.

Dios, cómo pasa el tiempo; a qué velocidad tan inhumana van juntándose los años y todo parece que fue ayer, pero de todo hace ya un siglo.

Cuando entonces, quiero decir cuando uno era un crío, las semanas de colegio duraban meses y los meses parecían años y los años nunca llegaban. Qué difícil era hacerse mayor y cuánta prisa teníamos entonces para llegar a serlo.

Quizás se deja de ser niño demasiado rápido porque para un niño el reloj es un arma cargada de presente. Pero viene después la complicada y dolorosa adolescencia, la juventud que se promete eterna y no lo es, eso que llaman madurez y que es muy parecido a un acomodo resignado y muchas veces incómodo y al final... al final esto.

Ahora las semanas duran horas, los meses se suceden sin respeto, como si tuvieran prisa y se pisaran días, y uno va juntando prósperos años nuevos sin darse cuenta apenas porque la vida, aquel tren viejo y lentísimo que se puso en marcha hace tantos años, es hoy una bestia desbocada que apenas si se para en alguna estación y atraviesa los paisajes tan deprisa que a veces parece que los rompe.

Pasa el tiempo deprisa, muy deprisa, y un mundo que venera la eterna juventud inunda de pastillas, maquillajes milagrosos y eufemismos la digna y hermosa realidad de hacerse viejo.

DESENGAÑO

Ay, Pablo, Pablo...

¿Qué tal amigo?

Este minuto es para ti, que hace unos días andabas un poco moña y confesabas a tu madre el primer drama de tu vida amorosa, el primer abandono, el primer desengaño: Blanca ya no te quiere a ti, Blanca, con sus gafitas rosas, se quiere casar con otro y por eso te sale esa voz doliente y empañada de mimos y nostalgias, balbuceante y tristona para tus cuatro años de vida; no te quiere a ti que eres, como todo el mundo sabe, el Rey León, el guionista, director, intérprete y hasta acomodador de tus propias fantasías.

Pero ya ves, pese a todo, tu chica te ha dejado por otro. Empieza a aprender, Pablo, de qué va esto.

Mira, Rey León, estas cosas pasan y aunque pasen cuando se tienen cuatro años, el mundo se desmorona un momento y te imagino llegando a clase, mirando de reojo a Blanca y allí está ella, hablando con su nuevo amor y debe ser como una punzada en tu corazón tan virgen aún y a la vez tan lleno.

La vida, Rey León, es lo que tiene. Empieza a apuñalarte desde muy pronto con abandonos y traiciones, con olvidos que duelen, con silencios que dañan. Pero nada es del todo definitivo. Alguna chica te volverá a querer y tú la querrás a ella y es muy posible que ese amor se os apague por su culpa o por la tuya o porque se tiene que acabar, o porque vaya usted a saber cómo funciona todo esto.

No pasa nada, Rey León. Lo único malo del amor es que necesita siempre —como decía Benedetti— la otra copa del brindis. Cuando esa otra copa no existe, o se ha roto, o ya no hay nadie que la sostenga en alto, duele porque es un final de algo que empezó, un final, no el final. Habrá más brindis, más amores y así será hasta que dentro de muchísimos años te des cuenta de que todo mereció la pena, el dolor solitario y la alegría compartida. Incluso ese

último tren que llegó cuando la estación ya estaba tristemente cerrada por derribo.

PADRE

Es difícil esquivar los tópicos y, como dije en el día de San Valentín, llega uno a ciertas alturas de la vida en la que te preguntas no solo qué necesidad hay de llevar la contraria al mundo sino reconocer que hasta eres capaz de sumarte al coro general y bendecir a los enamorados que se quieren y hasta se miman.

Hoy estoy igual, pero más confuso. Ayer fue el día del padre y mi confusión me viene porque a esta edad tan rara que ahora paseo por la vida con un poco de dignidad y un poco de escepticismo, no sé muy bien qué puedo celebrar hoy.

Soy hijo y el recuerdo de mi padre está tan siempre ahí, tan presente, tan inadvertido, tan imprescindible que una parte de mí me vuelve a aquella infancia en blanco y negro con sus larguísimos paseos los domingos hasta la Ciudad Universitaria, su adicción nocturna a la cucharadita de bicarbonato, sus ojos de agua.

Pero resulta que también soy padre, un padre no sé si raro o no, que nunca se preocupó mucho de ocupar la cabecera de la mesa, un padre histérico con un hijo adolescente que nunca llegaba a la hora convenida y de otro al que puedo seguir llamando niño, mi niño. Quién sabe qué opinarán de mí los dos, de este hombre que se hace mayor, tan mayor que ejerce también —y sin quererlo porque no es bueno meterse en otras vidas— de padre de los hijos del hijo, es decir de abuelo. Este papel es hermoso y preocupante sobre todo cuando un nieto te sale superhéroe y el otro una especie de Fred Astaire con dos palmos sobre el suelo.

Y el problema se agrava cuando, por una convicción moral, te sientes padre de más gente, de gente que te ama y sobre todo también, un poco padre, de tantos inocentes desvalidos que te duelen en el alma como si fueran tuyos.

Nunca me creí mucho ese papel de padre, tan raro a veces, tan humilde, tan contradictorio. Puede ser que sea machismo, pero una madre es algo demasiado grande como para que nosotros, tantas veces perdidos, intentemos saber el lugar exacto que ocupamos en las vidas de los otros. Nos salva que, en general, estamos llenos de buenas intenciones y entre aciertos y errores llegamos a esta edad con la serenidad de saber que, al menos, hicimos lo posible por interpretar dignamente nuestro papel.

RECUERDOS (3)

Alguien dijo una vez que un hombre con recuerdos nunca está solo. No lo sé. La memoria es un saco revuelto en el que sobreviven —y mueren— demasiadas cosas distintas, cosas que fueron y cosas que pudieron ser, historias que han cambiado de color, fechas inciertas, latidos que sonaron fuertes una vez y hoy son débiles murmullos de un pasado que no terminamos de encajar del todo.

¿Dónde habitan los recuerdos? ¿Por qué desaparecen, se hacen carne de olvido unas veces y otras nos persiguen con la tibieza de una sombra o la voracidad de un lobo herido?

Recordamos lugares, olores, nombres, fechas, sonidos, cosas... mil cosas que unas veces queremos meter en un paréntesis o borrarlos para siempre, pero es inútil, siguen ahí presentes y obstinados. Hay también recuerdos que terminaron sin terminar y nos empeñamos en ponerles puntos suspensivos, aunque sabemos que se han cerrado con un punto final, rotundo, tal vez doloroso pero definitivo. La historia sigue viva pero ignora que ya no puede ser más que recuerdo.

Es rara la memoria, es como una película montada por un loco —y qué somos nosotros sino pequeños locos de andar por casa—, una película donde las escenas se suceden sin orden ni concierto, donde los planos saltan a su aire y el blanco y negro y el color se funden en un gris nebuloso.

Tal vez sean los recuerdos lo único que está fuera del tiempo y que carece de espacio. Pero pese a que hay de todo, pese a que cada uno lleva sus días de luz y sus horas de tinieblas en esa mochila rara de la memoria, a veces resulta reconfortante mirar al horizonte en una tarde de grillos y repasar el pasado y sonreír aceptando sin aspavientos los aciertos y los errores.

La vida no es más que una colección de risas y de lágrimas y digo yo que así debe de ser serenamente.

ESPAÑA

Voy a salir de Twitter, voy a enterrar mi móvil en el cajón oscuro de lo despreciable, voy a vaciar de tinta la impresora y a apagar de una vez un ordenador que cada día más me desordena. No quiero saber de este país/nación/estado en el que voces desencajadas llaman sanguinarios a los Mossos, asesinos a los policías, traidores a los valientes mientras todos se esconden en banderas.

No quiero saber que alguien puede matar a un hombre por llevar unos tirantes, ser de un equipo de fútbol o militar en un partido.

No soporto más los linchamientos de unos y de otros en las redes sociales, las amenazas, los insultos, los deseos de muerte. No aguanto la degradación de la palabra diálogo que está vacía ya de todo contenido.

Me niego a más discursos incendiarios, a más provocaciones al odio, a promesas que saben que no van a cumplir, a tanta mentira, a tanta corrupción, a tanto mercadeo siempre a costa de los mismos.

Me entristece hasta lo más hondo que Machado siga más vigente que nunca hablando de las dos Españas.

No aguanto este esperpento diario, esta inútil puesta en escena de todos mientras las mujeres siguen muriendo a mano de los machos cobardes, mientras en las urgencias de los hospitales se amontonan camillas ante la impotencia desesperada de los médicos, mientras los parados hacen cola en busca de un trabajo que no llega, mientras tantas y tantas cosas.

Ya está bien. Ya vale. Ya ha sido suficiente. Y absurdo. Así no vamos a ninguna parte.

Lo de esta mañana no es poesía de la vida sino el grito sordo de un abuelo que mira a los ojos de sus nietos y no es capaz de sonreír: ellos no se merecen que entre todos estemos destrozando su futuro. Dejadme al menos que me empeñe en creer a Miguel Hernández:

*Florecerán los besos
sobre las almohadas.
Y en torno de los cuerpos
elevantá la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.
El odio se amortigua
detrás de la ventana.
Será la garra suave.
Dejadme la esperanza.*

PAZ

La paz, la paz... esa eterna búsqueda de la concordia, el perdón, la justicia que nos iguale a todos, el abrazo de la reconciliación, la certeza de saber que sin preguntarte antes de qué bando eres, vas a encontrar una mano extendida.

Desde que tengo uso de razón estoy oyendo hablar de paz, deseando la paz, exigiéndola, añorándola.

Pero no parece fácil, aunque la paz debería ser el oficio de los hombres. Llamaban paz al equilibrio del terror atómico, paz a la represión, paz a la muerte. En nombre de la paz mueren y matan; para buscar la paz se bombardean ciudades, se levantan muros, se siembran en la tierra fértil minas que revientan piernas y brazos de inocentes.

Estamos usando la paz como coartada; hemos vaciado la palabra paz de contenido y la hemos convertido en un tópico para acompañar unos deseos que apenas si sentimos.

Porque la paz son muchas cosas y para encontrar la paz no hay que preparar la guerra, pero sí sentir rabia y vergüenza del mundo en que vivimos. Nadie debería encontrar la paz mientras muera un niño de hambre, mientras se comercie con una mujer, mientras alguien duerma sin un techo, mientras el mundo siga galopando ese caballo negro que se llama injusticia.

La paz debería ser el oficio de los hombres y no lo es. Yo quisiera ser mensajero de la paz pero jamás sentirme conforme conmigo mismo mientras estas cosas pasan. Lo resumía Antonio Machado en cuatro versos de nada llenos de hondura y de verdad:

*No extrañéis, dulces amigos,
que esté mi frente arrugada:
yo vivo en paz con los hombre
y en guerra con mis entrañas.*

AÑO NUEVO (2)

Bueno, pues parece que esto se acaba, que está a punto de terminar dentro de unas horas: un año menos, un año más.

En casi todas las cadenas de televisión y radio van a agrupar, como siempre, lo más dulce y amargo de 2017 y, como siempre por desgracia, van a ganar por goleada las tragedias: guerras, catástrofes, la violencia que sigue siendo el amargo pan negro nuestro de cada día: violencia contra los diferentes, contra la mujer, contra la inocencia de los niños, contra los sin techo, contra los sin trabajo, contra los sin patria. Hay tantos, tantos sobre los que se ceba la violencia, que ya son legión y algún día se volverán contra nosotros.

Los resúmenes del año, salvo algunos minutos intrascendentes que hablan de glorias deportivas y esas cosas, suelen ser una cadena larga de desgracias, un rosario de lo peor que ofrece el mundo y protagonizamos todos y cuanto más ricos somos y más civilizados, mayor es nuestro triste protagonismo. No es fácil aguantar las imágenes de las televisiones sentado cómodamente frente a un apetitivo esperando las doce uvas de la suerte. ¿De qué suerte? De la nuestra, tal vez.

No debería ser fácil brindar esta noche al calor de la calefacción y las burbujas por nuestra pequeña y seguramente tolerable felicidad. Han ocurrido tantas cosas en este año, ha sido casi todo tan terrible.

Pero tal vez resulte necesario concedernos ese momento, caer conscientemente en esa trampa que llamamos tiempo porque necesitamos sentir individualmente, cada uno en sus adentros, la cara y la cruz de nuestra propia vida: el desgarró de las ausencias y la efímera paz de los que nos rodean y nos besan y que son al final una razón, la más hermosa, para vivir.

Da igual que sea una liturgia mil veces repetida. Está bien que sea así. Digan lo que digan los resúmenes del año, todo puede y debe quedar al menos

durante unos segundos como un telón de fondo frente al abrazo de los que amas y te aman. Es la única forma de sobrevivir para seguir luchando mañana por todos los que esta noche no tendrán una copa para brindar con nadie ni, sobre todo, un abrazo que les dé calor, o sea: una razón para vivir.

REYES MAGOS

Hoy se cierra casi definitivamente ese paréntesis dorado de abrazos, de espumillón y de polémicas: hablo de las Navidades que son en realidad un «*hat-trick*» con que la vida nos golea felizmente cada año: tres noches distintas pero que se van sucediendo en un solo partido: el primer gol se llama Nochebuena; el segundo, fin de año y el tercero, la noche alucinada y alucinante de los Reyes Magos. Demasiado quizás para un cuerpo que recupera algunas liturgias y pasa de puntillas sobre otras.

Hablemos hoy de lo que toca. Cuando entonces, cuando toda la magia de la infancia era un sobresalto en el corazón inocente que aún paseábamos por el mundo, la noche de Reyes, el amanecer del 6 de enero era una explosión de silencios y alborozos, de miradas a los otros, a veces de pequeños desengaños, pero siempre con el aura mágica del milagro incomprensible.

Pasan los años y se acaba la infancia como de golpe y todo es un pacto convenido y ya no hay amanecer de nervios ni miradas.

Luego te haces padre y el milagro vuelve a aparecer en los ojos enormes de los hijos que son, al menos en eso, una reedición de tu propio pasado y vives doblemente la ilusión perdida: vives tu propia ilusión y la de los hijos, y todo es un volver atrás gozoso en el que a veces te vengas de tus pasadas carencias y es posible que te pases un poco. Pero qué más da. Tenemos derecho.

Hasta que los hijos se hacen mayores, un poquito mayores, y vuelven los pactos y desaparece la prisa por amanecer con las primera luces porque todo es más o menos previsible.

Y sin apenas darte cuenta, alguien te llama abuelo y otra vez los nervios, la magia recuperada en sistema binario, que es lo que ahora se lleva, o en disfraz hecho a mano, que es lo que nunca se ha dejado de llevar.

Todo se acaba hoy. Los contenedores están llenos de papel de envolver y el colegio espera a la vuelta de la esquina. La vida continúa monótona hasta que dentro de un año el paréntesis dorado de espumillón brillante vuelva a romper con un estrépito de luces y colores esa paz un poco aburrida de lo cotidiano.

PREPOSICIONES

Hemos utilizado prácticamente todas las preposiciones menos dos:

hemos hablado de él y de otros como él, con gritos y silencios, con serenidad y con desgarro,

hemos hablado junto a él horas, días, años,

hemos hablado sobre él y de otros como él, en despachos con banderas, en consultas de médicos, en pueblos y universidades,

hemos hablado por él —a veces hemos gritado por él y por otros como él — ante jueces y ministros,

hemos hablado de la vida sin él al interior de nuestras almas,

hemos hablado para él con dolor y con risas, con palabras de paz y de ternura, con orgullo y con miedo,

hemos hablado según lo que nosotros creíamos de él...

Y podría seguir. Hemos hablado muchas veces de él, tantas, que ya casi no es solo nuestro, sino un poco de todos.

Solo nos sobran dos preposiciones imposibles:

nunca hemos hablado contra él —ni contra otros como él— y la más dolorosa: muchas veces le hemos hablado a él pero nunca hemos hablado con él.

Hace un par de días cumplió los treinta y ocho. «Hey, solo pienso en ti».

Dejadme que hoy le haga protagonista a él —y a otros como él— de mi poesía de la vida, de la nuestra, de la de tantos.

Felicidades a, ante, bajo, para, con, sobre, tras de ti, hijo.

CONTRADICCIONES (2)

Dedicado a Lorca y Cohen.

*Hay olvidos que siempre se recuerdan.
Hay miradas incapaces de ver.
Hay silencios que suenan demasiado.
Hay mañanas que parecen ayer.
Hay mucha soledad acompañada.
Hay un latido que para a un corazón.
Hay discursos que no nos dicen nada
y una nota que es más que una canción.
Hay un vals tiritando de frío
prisionero en un viejo violín,
ese vals que nunca te han escrito,
ese vals que pregunta por ti.
Hay un sabor amargo en la dulzura
que sabe a ese beso que nunca se dio.
Hay un adiós que vuela a baja altura
y la palabra «siempre» escrita en un borrón.
Hay navíos que encallan en desiertos.
Hay desiertos inundados de mar.
Hay ruidos que silencian los silencios
y silencios que no dejan de sonar.*

TANGO (2)

Vuelvo al tango del que he escrito porque me sigue conmoviendo el inmenso poema que escribió Horacio Ferrer y al que Piazzola inyectó sangre de talento y bandoneón.

He hablado de él, de esa «Balada para mi muerte» en la que hay muchos versos perturbadores y que tanto recuerda a César Vallejo en su comienzo:

«Moriré en Buenos aires, será de madrugada», escribía Horacio Ferrer y Vallejo presentía: «Me moriré en París con aguacero, un día del cual tengo ya el recuerdo».

Pero no te asustes, no voy por el camino de lo trágico ni quiero repetirme sino volver a bucear ese verso de la primera estrofa que me ha provocado decenas de páginas en cuadernos cuadriculados siempre a medio empezar, siempre sin concluir.

El verso es tan hondo que te lleva de la mano hasta el borde del alma; dice con una sencillez incomprensible: «Guardaré mansamente las cosas de vivir».

Y yo camino despacio por mi casa, mirando cada esquina, cada mueble, la tacita de café que es la que me gusta de entre todas las tacitas de café, lo que guardo en la mesilla de noche, la desesperanza tranquila cuidadosamente doblada a los pies de la cama, la luz que se adivina tras la ventana grande con el pruno al fondo, una foto con mis nietos, el reloj que da las horas cuando quiere, tantos libros que ya nunca leeré.

Digo yo si serán esas cosas las cosas de vivir. No lo sé. Ni siquiera sé si merecerá la pena guardar mansamente todo eso que conforma mi vida o casi mejor dejarlo ahí, como si nada, todo dispuesto y que los pájaros sigan cantando, ajenos, al jueves de aguacero cuando sean la seis.

Lo importante, claro, es lo de «mansamente», sin prisas y sin ira y terminar la historia como termina el tango de Horacio Ferrer:

Renitiendo tu nombre por una calle blanca

*Repitiendo tu nombre por una calle blanca
se me irán los recuerdos en puntitas de pie.*

A FORGES

A ver cómo os lo explico: es como si el jueves de madrugada hubiera caído un torrente de llanto y de sonrisas sobre su mesa de trabajo y hubiera emborronado un millón de dibujos. La tinta se desdibujaba bajo aquel torrente y al final solo quedó sobre un papel muy blanco un negro lagrimón al que seguía una surrealista comitiva de seres imaginarios nacidos de su mano, retratos en negro de este país y las gentes que lo habitan:

Blasillo, con la bufanda al viento, y su amigo sin nombre caminaban en silencio.

El borrachín del bar estaba amargamente sobrio mientras Mariano y Concha muy del brazo contenían un sollozo.

El funcionario había bajado su ventanilla y los viejos del pueblo se quitaban la boina al paso del cortejo.

Callaban las mil familias del bloque que habían encendido sus ventanas y las viejucas de pañuelo negro y toquilla se enviaban guasaps con tristes emoticonos.

Los políticos de segunda fila dejaban de ensayar ante el espejo sus terribles discursos que nunca pronunciarían mientras los directores generales empezaban a dudar si merecía la pena seguir pegados al sillón de sus entretelas remendado de corrupciones y mentiras.

El cortejo atravesaba un paisaje árido y rectilíneo, desnudo y triste donde solo un enorme sol contemplaba la escena desde un horizonte lejano llamado libertad.

Era más o menos así lo que quería contaros.

Y quería deciros que se me están quedando vacíos mis altares, que van desapareciendo las figuras de mis pequeños grandes dioses, de tantos a los que amo y admiro. Empiezan a ser demasiados recuerdos sobre peanas vacías.

Pero da igual. En este país alguien que sin ser torero tenga un pasodoble con su nombre, es —y seguirá siendo— mucho alguien.

MONDE CANE

Lo de hoy no es la poesía de la vida sino el desastre de la muerte. Conviene pararse un poco de vez en cuando y contemplar horrorizados el mundo que vivimos.

No es que mueran cada día decenas de personas en Siria, no es que en los últimos días hayan muerto en Guta más de doscientos seres humanos y ni se sabe cuántos niños. Eso sí, se calcula que en 2016 fueron al menos seiscientas veinticinco las víctimas entre niños y adolescentes. No quedan escuelas, claro, ni hospitales ni nada que se pueda parecer a la civilización. Casi mil menores fueron reclutados como soldados para matar y para morir. Este es el pequeño gran conflicto sobre el que discute la ONU y pospone las decisiones hasta llegar a un acuerdo que luego ni se cumple.

Pero retrasar una hora el alto al fuego, tan solo una hora, supone decenas de muertes, bombardeos indiscriminados, tragedia y sangre en una guerra que o no interesa a nadie o interesa demasiado a todos.

Pero mientras las bombas caían sobre colegios, barrios, hospitales, los capitostes de la ONU, los que mandan en el mundo, se daban un tiempo para ver si Rusia se animaba y después de cientos de muertes, mientras discutían tomando un café, deciden una tregua de cinco horas, pero solo para una pequeña franja del territorio; en el resto se puede seguir matando, al parecer con el visto bueno de la ONU. Cinco horas para salir del infierno, cinco horas para llevar algo de comida, cinco horas para evacuar a los heridos. Bueno, pues ni siquiera se respetó esa broma macabra.

Estas cosas son el gran fracaso de la humanidad.

Aquel 2 de septiembre de 2015, una fotógrafa hizo temblar al mundo con la imagen del cuerpecito de un niño con camiseta roja muerto en una playa turca. Tendría que haber sido la gota que colmara el vaso de la indiferencia. No pasó nada. Según los cálculos más optimistas, desde entonces habrán

muerto en el mar tratando de ponerse a salvo, más de quinientos niños. Sin imagen. Sin nombre. Sin recuerdo.

Este es el mundo que vivimos.

MUJER (2)

Aquí, en este mundo que hace un par de días se tiñó de morado para demostrarnos que pese a todo aún podría ser hermoso y digno de ser vivido, aquí, en esta ciudad que cada noche intento levantar nueva y brillante para que tus ojos la contemplen,

aquí, solo frente a la literaria soledad de la pantalla en blanco, aquí, en esta línea divisoria de este 11 de invierno, y cuando apenas pasan unos minutos de las nueve

aquí y ahora, pero también allí y siempre, nada tengo que decir más hermoso que tu nombre.

Lo deletreo, lo grito, lo susurro, pongo la boca de mil formas distintas para que tu nombre suene también de mil maneras. Digo tu nombre, lo repito en voz baja y el domingo se llena de sabores.

Porque, pese a todo, el amor es la paz y la paz sigue siendo el oficio de los hombres.

Aquí y ahora, cuando ni la lluvia es capaz de derretir el morado de millones de lazos reclamando justicia en un día de júbilo y de ira, desde este rincón que habito levanto mi voz humilde y pronuncio tu nombre: mujer, y el mundo entero se estremece de esperanza.

NIÑOS

Si ahora, estos días, nos hicieran la pregunta sobre la famosa película de Chicho Ibáñez Serrador, *¿Quién puede matar a un niño?*, la respuesta tendría un nombre, un rostro, un lugar, una historia. Demasiado sencillo después de horas y horas de imágenes en la mayoría de los medios girando alrededor de un pueblo, sobrevolando una desgracia, ampliando los mínimos detalles de lo que, sin duda, es una historia que muchos nunca llegaremos a entender.

Pero la pregunta de la película de Chicho no tiene un rostro, ni un nombre como respuesta. ¿Quién puede matar a un niño? Me interesan hoy sobre todo las primeras escenas que si no recuerdo mal son varias fotografías de escenas reales de adultos torturando y maltratando niños en distintas guerras y hambrunas, sobre las que se intercalan los títulos de crédito. Y es ahí a donde quería llegar.

Me obsesiona la infancia rota, la inocencia perdida, la ingenuidad engañada y utilizada no solo por un rostro, un nombre, un lugar.

A ese drama estamos asistiendo desde hace muchos años y las imágenes con las que comenzaba la película en 1976, no solo no han dejado de repetirse sino que tal vez se han multiplicado quién sabe por cuánto. Y no hablo solo de países empobrecidos, lejanos, a los que la democracia no ha llegado ni llegará pronto porque no les interesa demasiado a los países demócratas y civilizados.

Mira: es que en 1819 se prohibió, en Inglaterra, el trabajo de los niños menores de nueve años de edad, en la industria textil, y hasta 1842, no se prohibió el trabajo en las minas para las mujeres y los niños menores de diez años. Con estos antecedentes podemos imaginar qué está ocurriendo hoy en los países que fueron colonizados por las potencias europeas y cuyo poder siguen manteniendo algunas multinacionales.

No; no conviene poner un solo rostro a alguien que mata a un niño. Todos deberíamos sentirnos culpables de este genocidio de la infancia, de los niños de la guerra, de los niños-bomba, de las niñas abusadas y vendidas y muchas veces asesinadas, de los que se mueren de hambre, de soledad, de olvido, de los que se embarcan en una patera o se esconden en los bajos de un camión. Hay demasiado niños muertos, demasiada inocencia destrozada para no sentirnos todos un poco culpables de un mundo tan sucio, tan indigno, tan injusto.

HORARIOS

Anoche ocurrió, una vez más, el milagro forzado, la negación de la realidad porque medio mundo se pone de acuerdo en admitir un imposible. Anoche fuimos atracados y robados por orden de la superioridad. Anoche, ya lo sabéis porque nos los avisan por todos los medios, ocurrió algo completamente absurdo: anoche a las dos fueron las tres. Por decreto. Porque sí.

Anoche la superioridad se quedó con sesenta minutos de nuestras vidas en esta recién estrenada primavera de nieves y ciclones. Y no me gusta. Lo he dicho muchas veces; no me gusta que la autoridad disponga del tiempo para quitarme una hora o regalarme otra. No se trata de un desacuerdo puntual, de que luego ande todo el día zombi o de discutir las ventajas o los mitos de este latrocinio. No me gusta la idea misma de que jueguen con mi tiempo, que me rejuvenezcan sesenta minutos en otoño y me envejezcan otros tantos en primavera.

Ya sé que nada cambia, que el tiempo, esa cosa que tanto ha hecho cavilar a los filósofos no es más que una convención cuando se mide y no hay orden ministerial ni crema mágica capaz de detenerlo.

Reconozco sin problemas que no me gusta envejecer, me da miedo porque la vida, pese a todo, incluso pese a la autoridad que se dedica a jugar con nuestro tiempo, la vida digo, no deja de ser una aventura un poco absurda, desde luego, escasamente hermosa en sí misma, pero por la que se puede transitar más o menos hermosamente.

Y por eso no me gustan estas confianzas de la autoridad, estas intromisiones en lo más íntimo de mi existencia, el tiempo, y que me digan porque sí, que ayer a las dos eran las tres.

¿En los sótanos de qué ministerio se amontonan tantas horas robadas a tantas primaveras? ¿Qué hace la autoridad competente con esa fabulosa colección de minutos por vivir que no vivimos, que no llegamos a estrenar?

Que no jueguen con el tiempo, que no nos den ni quiten minutos a nuestras vidas. Cambiarán las manecillas de lugar, pero anoche a las dos eran las dos.

A LA DE TRES

Hay días que amanecen sin ganas de ser día, días raros en los que el sol sale cansado por Oriente sin vocación de nada y apenas se abre paso entre las brumas dando tumbos, casi a trompicones y apenas si calienta esta tierra tan rara que habitamos.

Hay días en los que todo se pone cuesta arriba y parece que vivir ya no da tiempo, que todo llega demasiado tarde y es tan ronco el silencio que parece que llueve y no llueve, y es tanta la soledad que ni las sombras acompañan los naufragios.

No sé. Es que hay días en los que todo deja de ser urgente y desperezarse es una ceremonia, un armisticio que se firma entre los latidos de tu corazón y el dulce crujido de los huesos.

Da igual. A la de tres comenzaremos como si nada, como si calentara el sol de primavera y el día presagiara grandes cosas. Será a la de tres.

Pero a la de una tienes que quitar ese escorzo de tristeza en las horas.

Y a la de dos habrá que acomodar silencios y palabras a este nuevo territorio sin banderas.

Y a la de tres, definitivamente, abandonar esa postura que recuerda a cuando los ángeles cansados se echan a llorar.

Entonces ya, a la de tres, en pie frente a la vida, erguido como un álamo, abrir de par en par los brazos y sentirte uno más junto a los otros, distinto y necesario para andar el camino que tienes asignado.

PALABRAS (3)

Todos lo hemos dicho alguna vez: «No tengo palabras, me dejás sin palabras...», pero siempre es mentira porque siempre hay palabras, porque nadie se queda sin palabras.

Lo malo es cuando intentas con tan solo palabras explicar lo inexplicable. En alguna película le preguntaban a alguien que había venido de la India qué era el hambre y la respuesta me resultó reveladora: el hambre no se cuenta, se sufre.

¿Cuántas cosas hay que no se pueden contar con tan solo palabras? ¿Cómo explicar, por muy bien que se haga, a qué huele el campo después de una tormenta? ¿Cómo explicar a quien nunca la ha vivido qué es y cómo suena una tormenta? Pero no solo eso, hay algo más, cosas tan hondas que se escapan a la lógica aplastante de la razón, al uso correcto de los adjetivos, a la retórica evidente de lo cotidiano.

Por eso yo os hablo hoy de lugares que se llaman como la ternura, de orillas donde el sol seguramente no se pone, de trozos diminutos de murmullos convocando al alma de las cosas...

Si yo os digo que soy gris a propósito y que quiero irme ya para llegar hasta siempre y volver después, hace diez años, tiritando en un rumor de párpados...

Si yo voy escogiendo las palabras una a una, con mimo y con descaro y las junto alejadas del orden nuestro convencional porque quiero explicar lo inexplicable, porque nadie está gris a propósito ni puede volver hace diez años ni hay trozos diminutos de murmullos, si yo hago todo esto tan inútil, es porque, de vez en cuando, tengo celos de los dioses y el verbo en lugar de carne, se hace alma.

PRIMAVERA (3)

Una vez escribí: «Cuánto otoño se junta en esta hora». Y era verdad porque era otoño, todo el otoño concentrado en una tarde y las hojas buscaban refugio en las esquinas y la lluvia caía obstinadamente sobre cuerpos y almas. Aquella tarde todo el otoño del mundo se me puso delante de los ojos y casi daban como ganas de llorar.

Hoy todo es distinto, pero la primavera ha brillado hasta ahora por su ausencia y llovía y llovía y el viento hacía miedo entre los almendros que apenas si se atrevían a florecer, que no sabían, los pobres, si abrirse a un sol que jugaba al escondite o esperar a que escampara en esta tierra siempre sedienta que es España.

A mí me pasaba igual. Me despertaba y mirando la ventana todo era tan oscuro, había tantos charcos rodeando mi casa que daba miedo salir y que naufragaran en cualquiera de ellos los sueños aún calientes de una noche fría.

Y hoy, a 15 ya de primavera, ni las golondrinas se dan por enteradas; no lo sabe el membrillo al que le ha faltado tanta luz, ni lo sabe la sangre instalada en la duda de alterarse o esperar a que pase el próximo frente con nombre propio.

Estamos en abril y todo ha sido demasiado gris, y, aunque anuncian mejoras, me pregunto qué va a pasar con los besos que iban a nacer cuando naciera ya la primavera, qué ha sido de los atardeceres ocres y violetas, cómo hacer un hijo o una revolución si vuelve a llover y a llover sobre las sábanas o sobre las barricadas.

Cambio lo que escribí hace años: cuánto invierno se ha amontonado en esta hora, en este abril que solo ahora parece apellidarse primavera.

INVENTARIO

Si la vida fuese más justa que algunas sentencias, estos minutos habrían amanecido cerrados por reformas, no por derribo: por reformas. O aún mejor: con uno de esos carteles que los pequeños comercios ponían en la puerta cuando yo era crío, antes, claro, de la aparición de internet: cerrado por inventario.

Yo no sabía entonces qué era eso del inventario y me imaginaba lo lógico: habían cerrado y en la trastienda dueños y empleados le daban vueltas a la cabeza intentando inventar cosas nuevas para vender, o sea, lo que ahora tiene una expresión tormentosa en inglés. Pero no; cuando cerraban por inventario lo que hacían era una lista de todo lo que había en los almacenes, de todo lo vendido, de todo lo que faltaba, de lo que había que pedir o se tenía que devolver.

Y así estoy yo hoy, hoy que la luz ha florecido en el membrillo y las golondrinas se tiran en picado sobre los charcos de la primavera para llevarse al pico un buchito de agua.

Hoy yo debería estar cerrado por inventario, haciendo listas de todo lo que he escrito cada día, de lo que me queda por decir —si es que me queda algo—, de las palabras que me faltan en las estanterías, de los adjetivos que he vendido demasiadas veces y han perdido el valor que un día quizás tuvieron.

Pero cómo meter en una hoja, Excel creo que se llama, tanto sentimiento emborronado por el tiempo, tanta impúdica exhibición de lo que son o han sido mis cosas de vivir.

Cómo meter en esas celdillas de una hoja Excel el abatimiento, la rabia, la pequeña esperanza, la ilusión o el desengaño.

En qué columna colocar las ausencias y los encuentros, los olvidos y la memoria, tantas y tantas cosas que he ido deshilvanando para ti cada mañana de domingo.

Tengo que hacer un pedido urgente de palabras, que me manden un contenedor lleno de nuevos adjetivos relucientes para esparcirlos después, si aún queda tiempo, primero en este viejo corazón tan remendado y lloverlos después sobre un micrófono para que te lleguen con los portes pagados y envueltos en un papel lo más parecido a la ternura.

LUNA LLENA

Hace unos días tocaba luna llena. El gato expósito que ha hecho de mi jardín su zona de confort y de la cocina su pensión completa —desayuno, comida y cena— ni siquiera apareció aquella noche perdido entre maullidos de placer, de rabia, de celos. El membrillo brillaba extraño y fantasmalmente blanco mientras los grillos esperaban noches más cálidas para empezar sus rituales.

No hizo bueno aquella noche; la primavera se había arrepentido y la luna llena escarchaba el pruno, los aullidos y los almendros.

A mí, claro, me tocaba convertirme en hombre lobo, pero estaba tan a gusto arrumbado en mi sillón con una mantita sobre las rodillas y un café al alcance de mi alma, que abrí la ventana y se lo dije claramente:

—Mira, luna, mejor pasamos ya de estas liturgias; un hombre lobo calvo y casi con artrosis es una pura ruina, una caricatura indigna que ofendería la leyenda.

»Y estoy cansado, luna, y aunque me dejaran las ventanas de par en par abiertas, no sería capaz de trepar a ningún lecho y si lograra hacerlo —que ya no dan los huesos para tanto—, lo que me pediría el cuerpo en lugar de morder salvajemente es acariciar con ternura las mejillas de mi víctima.

»Estoy viejo, vieja luna, y un hombre lobo con presbicia es un desecho de tiente, un peligro para sí mismo porque me perdería hasta en un bosque animado de Walt Disney.

»Casi lo dejamos, luna llena; he perdido el don de los aullidos y aquella frase que el neopuritanismo de hoy me tacharía de políticamente incorrecta, ya solo la conjugo en pretérito nostalgia: ni te imaginas la clase de alimaña que un día pude ser en tu cuello.

TUS OJOS

Cada día, dicen, hablo más bajito. Y debe ser verdad. Cada día voy llenando con más y más calma todas mis cosas, las famosas cosas de vivir de las que tantas veces he hablado.

Cada día intento acomodar más y más mis palabras a lo tenue para seguir charlando de recuerdos en franca bancarrota.

Cada día me refugio más y más en las cuevas que horadan los silencios junto a playas donde siempre es ocaso.

Voy cumpliendo horas como quien cumple años y en lugar de hacerme cada vez más y más sabio, las certezas se me vuelven sospechosas y las respuestas pierden su sentido.

Si repito una y otra vez que ya no estoy dispuesto a cambiar caricias por heridas y os enseño las cicatrices de mis manos como prueba de una colección de batallas y derrotas, no lo hago para daros pena ni para que lloréis conmigo el final de este largo naufragio. Todo está bien; seguramente es esta primavera que se cuelga del alma igual que algunas serpientes se cuelgan verticales de los árboles.

Pero todo está en orden. Solo intento explicaros por qué hablo más bajito cada día, por qué he dejado versos sin estrenar en las esquinas de los callejones, por qué ya la prisa no forma parte de mi vida.

No sé; puede que sea esta rara primavera que, como casi todas, me invita a morirme un ratito cada tarde para después mirarte fijamente a los ojos que anohecen como islas por el puro placer de contemplar su calma limpia y porque no encuentro mejor lugar donde posar los míos.

OJOS

He puesto a prueba mis ojos y el resultado ha sido desolador: lo tengo todo: soy miope, hipermetrope, astigmático y, naturalmente, tengo esa cosa que a estas alturas es lo suyo: presbicia, que suena a pecado capital gordísimo pero que no tiene nada que ver, y nunca mejor dicho.

Lo tengo todo pero a medias, es decir que un ojo se encarga de unas cosas y el otro de otras. Así llevan conviviendo pacíficamente ni se sabe los años y más que un problema han sido una solución, una mala solución, claro, pero cobardemente útil porque al final han resultado una forma de sobrevivir, casi una filosofía, para andar por la vida teniendo todos los detalles hermosos hermosamente claros y dulcemente borrosos cuando los paisajes se volvían enemigos.

No sé si ha sido buen negocio esto de las progresivas. A mí me gustaba lo de antes; bastaba bajar un poco la persiana del ojo derecho para que el mundo se difuminara suavemente en la lejanía y borrar a esa la mala gente machadiana que camina y va apestando la tierra. Si hacía lo contrario y forzaba el ojo izquierdo, podía leer con todo detalle la promesa del beso en los labios que se acercaban a mis labios.

Lo que suena a pecado capital gordísimo, la presbicia, me ha dicho el óptico que solo es vista cansada. He intentado negociar con él y cambiar presbicia por lascivia, que suenan casi igual, pero no ha colado: la naturaleza es sabia incluso cuando se equivoca y entre tener la vista cansada a estas edades o la lascivia bajo mínimos, casi mejor tirar de progresivas y hacer trampas: usar lo de lejos cuando lo de cerca asusta y mirar con la parte de abajo, la de cerca, cuando en la lejanía solo se ven tormentas. Ya sé que me engaño, pero ya me he acostumbrado a ese absurdo disimulo.

Y ya puestos: decidme dónde hay que firmar para que después de tanto y tanto sea la vista mi único cansancio.

MARÍA DOLORES PRADERA

Ponía su brazo izquierdo abierto en jarra sobre la cadera y cruzaba el derecho hasta que aquella mano se posaba sobre su corazón tan siempre sonriente.

Y cantaba.

Te llamaba por teléfono al terminar un programa, te decía cosas bonitas llena de cariño, se reía.

Y cantaba.

Paseaba su elegancia juvenil por aquella Gran Vía de posguerra con dos perros bellísimos, iluminando un Madrid de frío y hambre.

Y cantaba.

Te la encontrabas en un bar de carretera y te acercabas a su mesa tan solo para besar sus mejillas, contemplar aquellos ojos y terminabas charlando de mil cosas.

Y cantaba.

Le preguntaban las razones de su separación del único hombre con el que se casó cuando ella era ya una estrella y él prometía ser un genio, y contestaba: «Ya no me acuerdo», y sonreía, y después de sonreír, cantaba.

Pero no solo cantaba. Llenaba el escenario y sin rayos láser ni coreografías, con apenas abrir aquellas manos que eran palomas, llegaba directa al corazón con solo su presencia cuando el foco iluminaba su figura y sobre una silla languidecía un rebozo o un chal que esperaban la promesa de su voz de bordón, clara, potente, única.

Cantó con todos, para todos, de todo, y lo que cantaba se convertía en una pieza única gracias a su ser y a su estar; da igual que fueran boleros, rancheras, fados, poemas de Vázquez Montalbán o canciones de Sánchez Ferlosio, de Chabuca, Carlos Cano, Alberto Cortez, Sabina...

Se me han ido demasiados dioses de mis altares y ahora toca equilibrar la cuota femenina con una mujer que en un país difícil hizo lo que quiso, cuando quiso y como quiso. Sin levantar la voz. Sin estridencias, eternamente elegante.

Como firmaba Sabina en el último ramo de flores que le envió: gracias por tanto, María Dolores Pradera.

FOTOGRAFÍA

Hace treinta o cuarenta años (parece que fue ayer, pero mal que nos pese de esto hace ya treinta o cuarenta años), entonces, digo, en aquel tiempo de certezas que uno creía ya consolidadas, me atrevía a utilizar vocablos elocuentes.

Decía «felicidad», por ejemplo, o «valor», o «constancia». Decía «Paz» y escribía la palabra con mayúscula. Pronunciaba «libertad», y el corazón se aceleraba y la sangre era furia en las sienes.

Decía «siempre», y realmente creía que había cosas, pequeñas cosas tal vez, pero que había cosas que venían sin sello de caducidad, sin fecha posible para el adiós o para el olvido.

Hace treinta o cuarenta años abusaba hablando de la madurez, y en lo más profundo de mis pensamientos me tenía como ejemplo de coherencia, me creía un hombre libre y que la realidad había ganado el pulso a la utopía, eso sí, sin renunciar a unos valores —se llamaban también principios— que había que mantener heroicamente.

Hace treinta o cuarenta años yo era un perfecto imperfecto, como lo soy ahora, solo que entonces estaba convencido de lo contrario.

Hace treinta o cuarenta años seguramente yo quería comerme el mundo, no lo sé; lo que sí sé es que ahora, treinta o cuarenta años después, ya solo me preocupa —y tampoco demasiado— que el mundo no me coma a mí.

Nunca me ha gustado ser eso que llaman un hombre de una pieza, sino más bien un conglomerado de contradicciones, y en eso estoy ahora, pero ya sin disimulos ni caretas, sin intentar buscar razones que expliquen mis absurdos.

No sé por qué os cuento esto. Es que me he visto en una foto de hace treinta o cuarenta años y era como si viera a un desconocido; la verdad es que

me he hecho gracia y me he sonreído y perdonado entre un fondo de nostalgia y de ternura.

COSAS

Reconozco que llevo un tiempo instalado en la perplejidad, pero se me queda corta la definición del diccionario que habla de «confusión, irresolución, duda de qué se debe hacer en algo». Lo mío va más allá: dudo de qué hacer en todo, no en algo; dudo de qué debo dejar de hacer; dudo de si realmente debo hacer algo más que dejarme caer por la pendiente de esa cosa que llamamos vida y que durante un tiempo era una montaña rusa y hoy es solo tobogán suave y previsible.

Esta perplejidad me lleva a recorrer lo que debería llamar «mis cosas». Leo páginas sueltas de los libros que amo y de los que no, pongo mis músicas, contemplo los cuadros, toco con mimo los pequeños objetos que abarrotan esta casa tan llena de lo visible y lo invisible, revuelvo los cajones de las cosas viejas y me detengo sobre todo en las fotografías de mi gente.

Hablaba Félix Grande del hambre que tienen los retratos, de cuánta paciencia habrá en el reino de las viejas fotografías para que los protagonistas no salgan de sus marcos y nos acusen de abandono y para que, en venganza, no nos encierren a nosotros entre las cuatro aristas del olvido deambulando a pie y a la vez parado como ellos.

No tengo muy claro qué son mis cosas; no sé si las cosas son mías o más bien soy yo el que les pertenece a ellas.

Ellas son mi pasado y cada cosa mía tiene una razón de ser, de seguir siendo como mudo testigo de algún momento de mi vida.

Resulta tranquilizador que la vida no sea solo una sucesión de abandonos y olvidos, que además de la gente que nos ama y amamos, nuestras cosas, nuestras pequeñas cosas, sigan ahí, indiferentes pero cercanas para mitigar al menos la perplejidad, la duda tranquila con la que uno convive mientras sigue deslizándose por el tobogán suave de la vida.

PARA TI

No sé, ya no sé qué contar en estas horas; a veces tengo la sensación de haberlo dicho todo, de haber dejado aquí impudicamente demasiados sentimientos personales, demasiadas historias mías dirigidas a quién sabe quién.

Ahora, cuando ya se asoman por la esquina del tiempo los setenta —que década tan contradictoria—, en este tiempo raro en el que he cambiado los gritos por murmullos, los aullidos por silencios... ahora que me estalla como un trueno cansado este desconocido corazón de abuelo... ahora me pregunto, tal vez demasiado tarde, para quién hablo yo cada mañana de domingo.

Y supongo que hablo para los desconocidos de la tierra.

Para los que nunca recibieron una postal de amor.

Para los que aún lloran en los aeropuertos lágrimas y besos.

Para los que no pueden olvidar cuando son olvidados y viven acomodando su corazón a los recuerdos.

Hablo para los que no comprenden qué quiere decir «mañana», «siempre» o «nunca».

Hablo para los que agitan pañuelos cuando abandonan el puerto de las añoranzas.

Para los que contemplan aún con un hilito de esperanza un teléfono que ya no va a sonar.

Hablo para los que hacen cola en el autobús pacientemente, para los que caminan al lado de su sombra, para los que se sientan en los bancos de los parques y que nunca han dado de comer a las palomas, hablo para los que se mojan en los charcos y para los que buscan cobijo en los portales.

Hablo y hablo y ya no sé muy bien ni lo que digo ni si lo que digo sirve para algo.

En el fondo de los fondos, seguramente solo hablo para mí. O sea: para ti.

TREN

Cuentan que el hombre se sentó como siempre en uno de los bancos del andén vacío. Lo hacía con frecuencia, casi a diario, y contemplaba cómo, en el reloj de doble esfera, pasaban los minutos con una lentitud indiferente.

Cuentan que la cantina de la estación había cerrado ya hacía tiempo pero aún seguía en pie, milagrosamente aunque deshabitada, la caseta del guardagujas.

Cuentan que el hombre se sentaba esperando que pasara el tren, como la Penélope de Serrat, pero por aquella estación ya no pasaban apenas trenes. Sin embargo, el hombre volvía cada tarde y nadie le preguntaba qué hacía allí, a quién esperaba o dónde quería ir. Nadie se lo preguntaba porque la estación estaba casi siempre desierta y silenciosa, apartada del pueblo, con ese hálito gris del abandono apresurado.

Una tarde, el hombre caminaba una vez más hacia la estación con el rostro sereno, impasible, como siempre sin prisa, dejándose acariciar por el sol ya tibio de la atardecida. El paseo de la estación se había convertido en un camino bordeado de chopos y de ausencias.

De pronto, el hombre se paró. Había oído algo. Se paró un momento e intentó caminar más deprisa. Apenas cien metros le separaban de la estación, pero ya no tenía demasiadas fuerzas para correr. Aceleró el paso lo que pudo y esta vez sí escuchó nítidamente el silbato de un tren que se acercaba. Escuchó cómo frenaba y hasta llegó a divisarlo allí parado en la vía que estaba frente a su banco.

Cuando el hombre llegó hasta la estación el tren ya se había puesto en marcha y se alejaba despacio. Volvió sobre sus pasos serenamente.

Unos días después la estación era solo una ruina rota y abandonada.

El hombre solo entornó los ojos, vio desde lejos aquel derrumbamiento y masculló para sí: era mi tren, era el último tren y lo he perdido.

NO ES HASTÍO NI TRISTEZA

Vuelvo a agitarte un poquito y sin querer con esta especie de cansancio con el que llevo contemplando el mundo desde quién sabe cuándo. No es hastío ni tristeza, es solo un poco de cansancio que desayuno cada día para dirigirme a ti sin trucos ni mentiras.

Para dirigirme a ti... ¿Pero quién eres tú? ¿Cómo reconocerte en una calle? Eso no me preocupa. Sí tu historia, que es igual o parecida a la mía porque aquí, en esta plaza grande, casi todos jugamos a los mismos juegos.

Hablo para los que esperan llamadas que nunca llegan, para los santos inocentes que se purgan con la alegría de los otros, para los que alcanzaron la paz atravesando túneles de sufrimiento, para los que la paz nunca ha empezado; hablo no para los míos ni los tuyos, hablo para los nuestros que son todos.

Hablo y hablo y te juro que hay veces que no sé ni lo que digo. Son como luces raras en forma de palabras que caen sobre mi cabeza como las lágrimas de San Lorenzo y allí se quedan en un rincón inconsciente de mi cerebro hasta que un día salen en forma de sonido y ya no vuelven más.

Yo, ignorante, hablo para ti, ignorado, y solo sé que compartes conmigo, con todos los otros ignorados, el aire que juntos respiramos, la necesidad de que alguien alguna vez nos escuche, este inadvertido cansancio que me pongo por los hombros y que no es hastío ni tristeza, tan solo el desayuno que estoy dispuesto a compartir contigo cada domingo hasta que un día o tú o yo nos cansemos más de la cuenta y pongamos fin a esta historia de complicidades.

SIGLO XXI

Definitivamente, no parece que este sea mi siglo; me encuentro aquí... no sé explicarlo bien, un poco de prestado, como invitado por cortesía de la vida — más que por verdadera amistad— a habitar un mundo que no me pertenece estrictamente y me resulta de alguna forma extraño.

En este desconcertante festín que es el siglo XXI no encuentro mi lugar; miro la distribución de las mesas, como en las bodas, pero mi nombre no aparece; no tengo asiento reservado. Busco una habitación en hoteles de lujo o en pensiones oscuras pero la vida está en temporada alta y no queda ni un chamizo donde dejar tanto equipaje como vengo arrastrando después de medio siglo XX.

Así que el problema no debo ser yo, sino tanto baúl desvencijado ya, tanta mochila descosida, tantas maletas en las que vamos metiendo cosas y más cosas que en realidad son innecesarias, todas esas cosas que no se tiran «por si acaso algún día», lo que guardamos porque «qué pena, esto, con la ilusión que me hizo», y esto tampoco «porque tal vez nuestros hijos...».

Pero nuestros hijos ya tienen medio llenos sus trasteros con cosas que ya les sobran de media vida ya vivida. Lo del «por si acaso» sabemos que nunca llega el caso y aquello que un día nos hizo tanta ilusión está desportillado por los años, igual que tantas cosas del pasado cuyo brillo se fue apagando con el tiempo lo mismo que se va apagando la memoria.

Y luego está esa recua que arrastramos de dioses y de estatuas que ya no sirven, de héroes que no lo fueron, de falsos mitos que se han ido deshaciendo como arcilla con las lluvias.

No es el siglo XXI, no soy yo. Es todo lo que llevo arrastrando años y años. Hay que parar, parar y abandonarlo casi todo, descansar de ser hombre y despojarse de una vez de tanto pasado inútil.

CONTACTOS

No ha sido mi Siri la que me lo ha dicho sino un pantallazo amenazante que me anuncia que apenas me queda sitio en el teléfono. Bien. Habrá que hacer limpieza general. Pero la cosa no es sencilla. Quitas músicas que siempre fueron contigo; borras correos que una vez fueron urgentes y que ya están pochos y quitas aplicaciones que ya no usas porque el gato respondón con el que hacías muchas risas con los nietos hace tiempo que ha dejado de interesarles por completo. Fuera gato. Fuera el cuentapasos porque no cuenta nada y encima me regaña. ¿Brújula? En la vida la he necesitado, hace mucho tiempo que perdí el norte. Fuera brújula.

Fotos. Eso ya es más complicado. ¿Cuáles borro? Seguramente todas tuvieron una razón de ser pero la mayoría han perdido el sentido: mil puestas de sol, ese milagro que se repite cada ocaso. Mil mares que son siempre el mismo mar. Mil ruinas que parecen mil selfis. Adelgacemos las fotos que no son sino viejas realidades enjauladas y ya en desuso.

Pasemos al teléfono. Es increíble, pero no sé quiénes son la mitad de los nombres guardados. Hay muchas iniciales sin dueño, apuntados con prisa ni se sabe cuándo y muchos números que ya ni siquiera existen.

Y vas pasando uno por uno y la única alternativa que te da el móvil es casi grosera: «¿Eliminar este contacto?». Tampoco es eso. El verbo eliminar suena mal, es excesivo y llamar contacto a tanta gente con los que has tenido historias de amor o de amistad resulta demasiado frío. Deberían dar más posibilidades: ¿mandar a la luna grande a este amigo que se fue y con el que tanto quisiste? ¿No despertar a esta mujer que te llenó de música y cariño? ¿Olvidar este nombre de una vez para que no te desordene el alma?

Ahora que ya no tenemos agendas, hacer «clic» en el botón de eliminar a alguien, es solo una formalidad sin vuelta atrás, el tiro de gracia. Se pueden

borrar los números, pero quién borrar los recuerdos de un tiempo seguramente hermoso.

SALAS DE ESPERA

Esto no es lo que era; tal vez sea mejor, seguro, pero el jueves se me deshizo la fascinación que sentía por las salas de espera. Era una fascinación nada metafórica, ya está muy manido eso de que la vida no es más que una sala de espera. Me fascinaban porque eran lugares como improvisados, fugaces, añadidos extraños en la arquitectura del mundo.

Debe ser esta rara atracción que siento por lo finito, por la fugacidad, por las habitaciones de hotel, por las pensiones que alquilaban dormitorios a viajeros y estables.

Pues las salas de espera igual, pero en plan más trascendente.

Hay una soledad compartida en las salas de espera, una soledad contradictoria que es a la vez fría y cercana.

En las salas de espera nos miramos todos de reojo como adivinando quién sabe qué, todos tan distintos, tan extraños y a la vez tan unidos en esa espera de algo o de alguien.

Me fascinaban las salas de espera de las estaciones pequeñas. Ya no quedan apenas. Tenían bancos de madera como de iglesia y uno trataba de imaginar si aquellos seres silenciosos esperaban el tren para marcharse o contaban los minutos para abrir los brazos y besar a alguien que llegaba.

¿Y por qué se van los que se van? ¿Qué dejan atrás? ¿Qué han salvado del naufragio guardándolo en las maletas?

Y están las salas de espera de los hospitales, de las urgencias, tan llenas siempre por gentes tan distintas: hay quien llora en silencio en una esquina y un grupo que habla muy alto y hasta se ríe a carcajadas y cada risa es como un puñal en la angustia del que espera noticias de quien trajo y que desapareció tras una puerta donde el dolor se juega a cada instante.

Pero todo ha cambiado. Ahora pantallas enormes te avisan de todo con un pitido insoportable, eres una letra y un número esperando a que sea la técnica,

en lugar de la señora que tienes al lado, quien te dé la vez o el recién llegado pregunte quién es el último.

En las salas de espera ya no se hacen amistades fugaces, solo se cogen tortícolis de tanto mirar y volver a mirar la pantallita que te dé paso al andén o al doctor.

NADA NUEVO

Para variar, no sé de qué hablar este domingo de palmeras y azules. Si echo la vista atrás —esa vieja costumbre que se acrecienta con los años—, me doy cuenta de que abro estas mañanas pocas veces con ira y muchas con cansancio. No quiero repetirme ni acongojar a nadie con mi hastío que no es desesperado ni angustioso ni tan siquiera triste. Es lo que queda después de haber vivido más de setenta años con sencillez y sin estrépito.

Alguien me dijo un día: «Te quedan bien esas pocas ganas que pretendes para casi todo», y remató la descripción con mi asombroso parecido a un charco de invierno. Literatura, solo palabras que hoy traigo aquí en un ejercicio de vanidad muy perdonable. Pero no.

Yo soy igual que tú, igual que tantos, igual que casi todos; no hay pose —postureo se llama ahora— en todo lo que hago o lo que digo. Pero la vida ha elegido para mí este oficio de decidor de sentimientos y es verdad, como una vez dijo mi nieto, que a veces las letras se cansan de estar colgadas en las palabras y se caen igual que los membrillos de los árboles.

No cansa juntar letras y hacer una cadena de palabras y juro que pongo muchas ganas en hacerlo; el problema es encontrar ese chispazo, la iluminación, la idea, encontrar en ese charco de invierno al que, según dicen, me parezco, aunque sean cuatro gotas no usadas de alguna lluvia nueva para ensamblar estos minutos.

No sé de qué hablar este domingo, a no ser de mi impotencia para descubrir en lo cotidiano un rincón nuevo digno de vosotros. A veces pienso que ya está todo sentido y mil veces repetido. Hay que inventar un nombre para este desamparo, para esta vaciedad heroica de haber vivido más de setenta años con sencillez y sin estrépito.

Seguramente no hay nada nuevo que contar salvo confesar humilde y públicamente que no hay nuevo que contar.

ALEGRE

Un compañero del control me dijo hace tiempo que a ver cuándo decía algo alegre en estos minutos y le prometí que lo haría. Hace un par de domingos me lo recordó: «Me debes algo alegre», y me puse a hacer memoria porque creía que no todo han sido soledades y ausencias, cansancio y vejez en la poesía de la vida. Pero debe ser que he llegado a ese momento en el que incluso lo que yo entiendo como feliz o como alegre no suena así cuando lo cuento. No sé, debe ser el tono, o la hora, o que es domingo y el rojo de los calendarios se destiñe en mi voz sin que apenas me dé cuenta.

Quiero decir... confesar aquí públicamente que, pese a las apariencias, soy feliz, moderadamente feliz, porque tampoco conviene exagerar y quiero decir y repetir por enésima vez que aunque el mundo que nos ha tocado vivir no es necesariamente justo ni bello, sí es posible vivirlo dignamente. Y no hace falta buscar ejemplos universales, no hace falta acudir a la lista, siempre bajo sospecha, de los premios Nobel de la paz.

La felicidad, mi felicidad al menos, es mucho más cotidiana, más inocente, más pequeñita, pero igual de cierta que la que esos grandes nombres propios, auténticos héroes en un mundo egoísta.

La felicidad, mi felicidad, reside en la armonía de lo normal, en la luz del membrillo, en el sonido de la lluvia, en el color —solo en el color— de una sandía, en una música que, sin saber por qué, nos llena el corazón de bálsamo y girasoles. Y la felicidad es naturalmente ella, y ellos, los míos, los nuestros, los de antes que recordamos en sus pequeños gestos y el futuro que nos pregunta cosas para las que no tenemos ya respuestas.

La felicidad, mi felicidad, es llegar cuanto antes a las doce de la mañana porque mis días siempre son peores que mis noches y soy feliz pensando que aún puede que sea necesario para alguien. Hay tanta gente que necesito yo...

Bueno, después de todo lo dicho creo que he cumplido y que he pagado mi promesa. Reconozco que en ocasiones me puede la nostalgia, pero ¿qué tenéis contra la nostalgia? Como decía no sé quién, es la única distracción posible para quien no espera nada del futuro.

(Vaya, creo que lo acabo de estropear; por favor, no lo tengáis en cuenta, borrad el último párrafo, ¿vale? Gracias).

CIERRES

Hay cosas —pocas— que cuando salen bien no deberían cambiar nunca; nos acostumbramos tanto a ellas que su desaparición nos deja como huérfanos, como náufragos, habitantes de un mundo —que es el barrio— al que de pronto le sale un socavón sentimental que nos desorienta. Parece una bobada, pero no lo es.

Lo decía Sabina en una canción: que no te cierren el bar de la esquina. A mí me ha pasado y es un desajuste; cerraron la pequeña cafetería de siempre a la que entrabas y sin necesidad decir una palabra, ya tenías el cortado sobre la barra, la frase amable, la conversación sabia.

Luego me cerraron el quiosco, traspasaron la farmacia, el ayuntamiento retiró el banco en el que depositaba mi cansancio y desde el que veía pasar la vida, se llevaron el buzón de correos y el estanco es ahora un chino que vende disfraces absurdos y salsa de soja.

Todo esto ya es un problema enorme de por sí —hablo de mí, claro—, que me pierdo en estas cafeterías con wifi y que vocean tu nombre para darte el cortado, que no sé dónde echar una carta de verdad ni dónde comprar un sello, que entro en las nuevas farmacias y parece que me miran como con desconfianza. Pero si esto, como decía, ya es un problema gordo, ni te cuento el drama que supone que se jubile o cambie el doctor o la doctora del centro de salud.

Hace años decidí no parcelar esta antigüedad que es mi cuerpo y renunciar a los especialistas —salvo la cosa prostática que es de mucha enjundia— para entregarlo, junto a mi espíritu, todo en uno a la doctora o doctor de atención primaria y que decida con su sabiduría cuándo la cosa merece subir un escalón.

Y no sé si he tenido suerte, pero casi lloré con la jubilación de la primera que me tocó porque yo y mis neuras éramos transparentes frente a su sonrisa

y mucho más que a por recetas acudía a ella en busca de palabras. Ahora ando con otro que me escucha sin prisa, me habla de cine —su otra gran pasión— y con el que me confieso de vez en cuando sin necesidad de que me absuelva ni me imponga demasiada penitencia y, además, con escasa convicción: que haga ejercicio y que ya total deje los 2,6 pitillos que me fumo cada día.

Me gustaría dedicar esta reflexión de hoy a todos ellos utilizando como ejemplo a la que ha sido elegida nada menos que la mejor médica de familia del mundo por organismos internacionales: la doctora Verónica Casado, de Valladolid. A ella, a todos, gracias.

EN BLANCO

Te lo he anunciado alguna vez y hoy ha llegado el día. No tengo nada que decir y mucho menos quiero convertirme en portavoz de los sentimientos de otros. He utilizado mi corazón, mi rabia, mi ternura... siempre «mi», siempre yo. Y estoy cansado de este protagonismo impúdico. Déjame que hoy te deje mi silencio en blanco, que te deje la música de siempre como telón de fondo y atrévete a rellenar por mí este medio folio. Escribe lo que quieras, pierde el miedo y el respeto a las palabras, protagoniza desde donde estés esta página de un libro que es la tuya. Solo puedo regalarte esto a cambio de tantas cosas. Yo dejo de escribir ahora, recoge tú el testigo de la palabra. Cuando quieras...

[illegible]

Nunca sabré lo que has escrito pero gracias. Ha sido bonito.

Itinerarios

Estos itinerarios, que son solo una sugerencia de lectura «ordenada», siguen las diferentes temáticas de las poesías. El número corresponde al de los poemas.

Itinerario 1. DE PALABRAS Y SILENCIOS: 1, 2, 4, 5, 6, 7, 39, 43, 79, 103, 169, 184, 185, 187

Itinerario 2. DEL AMOR Y EL DESAMOR: 15, 20, 31, 35, 38, 40, 78, 81, 86, 104, 116, 123, 125, 130, 137, 138, 141, 145, 147, 153, 165

Itinerario 3. DE LA SOLEDAD Y OTRAS EMOCIONES: 8, 11, 12, 14, 30, 92, 99, 101, 111, 114, 127, 134, 176

Itinerario 4. DEL TIEMPO Y SUS ESTRAGOS: 10, 18, 24, 27, 37, 51, 67, 68, 90, 91, 96, 122, 124, 128, 132, 140, 148, 152, 172, 173, 174, 181

Itinerario 5. DE LA VIDA Y SUS BALANCES: 32, 41, 52, 57, 65, 69, 72, 80, 83, 84, 112, 119, 126, 139, 142, 143, 146, 149, 155, 162, 168, 171

Itinerario 6: DE LOS RECUERDOS Y LAS COSAS: 21, 44, 49, 56, 64, 73, 74, 75, 76, 77, 82, 107, 177, 182

Itinerario 7. DE LA NATURALEZA Y LOS PAISAJES: 13, 23, 28, 45, 53, 55, 63, 66, 89, 93, 105, 109, 115, 133, 135, 144, 151, 167, 170

Itinerario 8. DEL DOLOR DEL MUNDO: 26, 33, 46, 48, 58, 59, 60, 61, 70, 71, 98, 108, 110, 117, 120, 121, 156, 157, 164, 166

Itinerario 9. DE AMIGOS Y OTRAS CELEBRACIONES: 17, 29, 42, 54, 62, 85, 88, 94, 102, 118, 154, 158, 159, 160, 163, 175, 178, 180

Itinerario 10. CABOS SUELTOS: 3, 9, 16, 19, 22, 25, 34, 36, 47, 50, 87, 95, 97, 100, 106, 113, 129, 131, 136, 150, 161, 179, 183, 186



ANDRÉS ABERASTURI (Madrid, 1948). Es periodista y en su ya dilatada carrera profesional ha trabajado en todos los medios —prensa, radio y televisión— dirigiendo y presentando programas e informativos. Columnista en varios periódicos, es también autor de *Cómo explicarte el mundo*, *Cris*, y *El libro de las despedidas*, de algunos ensayos y libros de poemas, entre los que cabe destacar *Un blanco deslumbramiento*.

En la actualidad colabora en el programa *De Pe a Pa* que dirige Pepa Fernández en RNE.